LA SOLUCIÓN

DEL

GRAN PROBLEMA

DEL DIA

Ó

MANERA PRONTA Y SEGURA
DE LLEGAR AL MEJORAMIENTO DEL CAMBIO
Y AL ENRIQUECIMIENTO DEL PAIS

POR

SAMUEL VALDÉS VICUÑA

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN ROMA
BANDERA, NUM. 19

1895

LA SOLUCIÓN

DEL

GRAN PROBLEMA DEL DIA

Ó

Manera pronta y segura de llegar al mejoramiento del cambio y al enriquecimiento del país

PRIMERA PARTE

I

Cuando al despertar de hoy vimos, en el diario de la mañana, el cambio bancario fijado el día de ayer á 12¾ peniques, no experimentamos la más leve sorpresa, de tal manera considerábamos el hecho como natural, y dentro de la lógica de los sucesos que han venido desarrollándose entre nosotros hace nueve años de la fecha. Desde la terminación de la guerra del Pacífico, no se ha necesitado una vista demasiado perspicaz para notar que principiábamos á desviarnos del buen camino que hasta entonces habíamos seguido, y á sufrir las consecuencias de la brusca transición que Chile había experimentado en sus condiciones rentísticas y económicas. No abrigamos el pensamiento de entrar á juzgar actos públicos ó privados, ni á medir responsabilidades entre los que pueden haber contribuido á labrar este oscuro abismo en que nuestro crédito comercial y nuestros haberes se van hundiendo

más y más cada día. Bastará para nuestro propósito con reconocer que el hecho existe; y lo consideraremos como el resultado de leyes naturales ó de una fuerza mayor imposible de eludir.

Así como en el mundo material un desarrollo demasiado rápido trae consigo la anemia y la debilidad en el organismo de los seres; así también en el mundo social es difícil que sea un buen administrador de sus bienes un joven inexperto que, por herencia ó por otro título cualquiera entra de improviso en posesión de una cuantiosa fortuna: el estudio, la prudencia y los sabios consejos en este último caso, así como el buen régimen higiénico en el primero, deben considerarse como los únicos medios de evitar un desenlace funesto.

Es esto lo que nos alienta á llevar nuestro pequeño contingente, nó de ciencia, sino de larga observación y estudio de los negocios, á la solución del gran problema de salvar á Chile de la crisis económica que á todos nos afecta tan de cerca y que tan desmedidas proporciones ha tomado ya.

No era presumible, ni en hipótesis siquiera, que pudieran llegar días tan amargos para un país tan pródigamente favorecido por los dones de la naturaleza. El proveer á las necesidades de una familia, hace muy pocos años era una tarea fácil de llenar; hoy esta misma tarea ha llegado á ser casi superior á las fuerzas de un hombre que no sea un rico heredero ó un favorito de la caprichosa fortuna. Y llama la atención la circunstancia de que este fenómeno se haya venido produciendo gradualmente y al mismo tiempo que los adelantos mecánicos, las vías terrestres y marítimas, y las comunicaciones postales, eléctricas y telefónicas, venían también facilitando los trabajos, y haciendo que hasta los productos menos valiosos pudieran buscar con ventaja los centros de consumo.

Tan extraña anomalía no puede ser el resultado de sucesos leves y de carácter transitorio; ¡nó!; hay aquí, sin duda, motivos graves y persistentes que han llegado hasta afectar, en el trascurso de algunos años, todos los intereses del país; así como el organismo animal más sano y robusto se siente en poco tiempo aniquilado por una gota de virus introducida en la sangre ó por causa de la tenia, que le arrebata los jugos alimenticios elaborados por el estómago. La Nación es pues hoy un sér enfermo de bastante

gravedad, y de cuya salud depende la vida y bienestar de los chilenos y de nuestros huéspedes. Consideramos, por tanto, que es un deber de todos procurar la salvación de tan preciosa existencia llevando á esta grande obra, no sólo los recursos de la ciencia, sino también, lo que es más eficaz, las enseñanzas que trae consigo una larga práctica en los negocios de estos países jóvenes en que vivimos.

Las perturbaciones económicas que hoy experimentamos y su influencia tan funesta sobre nuestro cambio internacional, han llegado á ser el tema obligado de discusiones y de charla desde las más altas regiones, hasta las últimas gradas de nuestra escala social: el banquero en sus grandes combinaciones, el alto comerciante, el pulpero, la verdulera de la plaza, todo el mundo, en fin, tiene á cada instante en los labios la palabra *cambio* para explicar el corto mercado que le es posible dar al comprador; éste, por su parte, no cesa de lamentarse levantando voces, á veces, contra el Gobierno; otras veces, contra los agiotistas; otras, contra los extranjeros que nos han llevado nuestras monedas; y no pocas veces, en contra de los capitalistas monopolizadores de artículos de primera necesidad.

¿Pero qué hay que extrañar que las gentes vulgares discurran de tan diversos modos sobre el origen del mal, cuando los mismos sabios no han podido hasta ahora ponerse de acuerdo sobre el mismo punto? Casi no hay día que la prensa no registre uno ó más artículos debidos á nuestros más inteligentes economistas y á las más aventajadas plumas de nuestro periodismo, trayendo siempre en su apoyo las opiniones de grandes tratadistas, y sin que hasta ahora hayamos visto producirse la uniformidad de pareceres siquiera entre dos de ellos. Todos discurren de distinta manera atribuyendo la baja del cambio: unos, á los *especuladores en letras;* otros, á la *depreciación de la plata;* otros, al *desequilibrio de la balanza comercial;* otros, á la subsistencia del papel-moneda y otros, á causas varias que sería ya ocioso enumerar.

II

Mucho se ha insistido en considerar la subsistencia del papel moneda como la causa más poderosa de la baja del cambio. Hace cinco años uno de nuestros hombres más notables por su ilustración y por sus vastos conocimientos mercantiles y económicos, en discursos que le merecieron muchas felicitaciones, sostuvo ante el Senado esta tesis, y por lo tanto la conveniencia de recoger el papel moneda en el menor tiempo posible. Esta idea hizo escuela; y sus adeptos han llegado hasta deducir de la depreciación del papel inconvertible, la falta de solvencia del Gobierno que lo ha emitido, y citan en su apoyo la teoría de Arnanue, que *un título de crédito no vale más que lo que vale el deudor.*

Esta última teoría, de una lógica incontestable al parecer, no la creemos aplicable al presente caso. ¿Cómo deducir de la depreciación del papel la falta de crédito del Gobierno? Para probar lo contrario bastará recordar, que mientras baja el papel moneda, los primeros bancos de Europa se disputaban la colocación á un alto tipo de nuestro último empréstito; y hoy mismo, por rara coincidencia, cuando el cambio se fijaba, con sorpresa general, á 12 $\frac{3}{4}$ peniques, el cable nos comunicaba que nuestros bonos habían subido en la Bolsa de Londres al 82 por ciento, ó sea á cuarenta peniques próximamente. Este hecho, según la teoría económica citada, vendría á probar que nuestro crédito valía tres veces más en las plazas europeas que en Chile mismo; lo que envolvería una irregularidad de todo punto inaceptable, casi un absurdo.

En cuanto al retiro del papel moneda de la circulación, aunque posible, creemos que razones poderosas se oponen á su realización en las condiciones económicas en que nos encontra-

mos. Si esta medida era considerada como conveniente cuando el cambio estaba á 24 peniques, es lógico suponer que habiendo descendido éste á la mitad, sería hoy, á los ojos de esas mismas personas, no ya una conveniencia, sino una necesidad imperiosa, la de llevar á cabo dicho retiro; y en tal caso la ley de conversión sería para ellos la realización de un ideal acariciado desde tanto tiempo. Aunque dominados por idéntica ambición, creemos, no obstante, que esta ley ha sido poco meditada, y simplemente la expresión práctica de un deseo general; la consideramos prematura, de resultados contraproducentes y hasta algo depresiva del honor nacional.

Esto último se desprende del texto mismo de la inscripción grabada en cada billete que dice: *convertible en oro ó plata por el Estado conforme á la ley.* Si al emitirse el papel se contrajo la obligación de convertirlo, por igual valor se entiende, en oro ó plata, no era de esperar que otra ley viniese á rebajar ese valor á la mitad, pagándolo en moneda de 24 peniques: resultará que al hacerse la conversión, al que lleve cien pesos, sólo se le entregarán cincuenta; al que lleve diez, se le darán cinco; y al que lleve dos, se le entregará solamente un peso en oro. Los que han estimado ese papel á la par, el día de la conversión verán, pues, su caudal reducido á la mitad, en virtud de dos leyes contradictorias.

Si antes de efectuarse la conversión, por un incidente cualquiera subiera el cambio de 24 peniques, palparíamos mejor los raros efectos de una ley tan ligera; veríamos entonces el extraño fenómeno del *billete feble* que tuvo Bolivia hace quince años; el papel moneda sería rechazado por el comercio y por las mismas oficinas fiscales; y las aduanas solamente lo recibirían con un recargo superior al del billete bancario.

Que la ley de noviembre del 92 es prematura y de resultados contraproducentes, se verá muy claro con sólo suponer que ha llegado el día de su ejecución. Durante los treinta meses que faltan aún, muchos de los fondos que deberían remitirse á Europa con un cambio tan bajo, buscarán en plaza la mejor colocación esperando que el cambio suba ó que llegue el fausto mes de julio del 96: los dividendos correspondientes á socios extranjeros de las compañías comerciales, de minas, de seguros, de vapores, de fe-

rrocarriles, etc., etc., y todos aquellos fondos desocupados, se irán acumulando hasta la gran feria; habrá en esos meses un movimiento febril entre los cambistas negociando letras y libras esterlinas; la demanda sobrepujará luego á los 28 millones de papel; y antes de seis meses esta suma habrá sido remitida totalmente á Europa y Estados Unidos, á un cambio medio que la especulación hará bajar probablemente á menos de 18 peniques; y nos habremos quedado sin papel moneda, sin oro y con 28 millones menos de capitales extranjeros que buscaban colocación en el país. Las consecuencias no son difíciles de prever; vendrá una crisis monetaria; el circulante quedará reducido á los billetes de banco que no llenarán la mitad de las necesidades del país; el interés subirá considerablemente; y las perturbaciones comerciales que traerá consigo este orden tan irregular de cosas, nos obligarán á emitir nuevas cantidades de billetes bancarios ó de papel moneda; y tendremos que volver forzosamente al régimen de la inconvertibilidad como el único medio de tener el circulante que necesitamos. Se creerá tal vez que el mal quedaría remediado con dictar una ley que prohibiese, bajo severas penas, la exportación de la moneda metálica; pero la práctica ha probado ya que esta medida no hace más que estimular el contrabando, siendo del todo impotente para contener la extración de dicha moneda: mientras existió esa ley en el Perú, bajo pena de comiso, la Casa de Moneda de Lima no cesaba de sellar, y los soles apenas se veían en las vidrieras de los cambistas. A esto se agrega, que en un país productor de metales preciosos como el nuestro, una ley semejante sería del todo ineficaz, puesto que la moneda podría exportarse convertida en barra, en ejes ó bajo otra forma cualquiera.

Ningún país ha podido entrar á la conversión de su papel, sin contar antes con los elementos y especies necesarias para su abastecimiento, y para ir pagando al extranjero el valor de sus importaciones sin necesidad de recurrir á su moneda metálica. En prueba de esto nos bastará citar lo que ocurrió en los Estados Unidos en circunstancias análogas á las nuestras: terminada la la guerra separatista, aquella república tenía 983 millones de papel en circulación con un precio en oro de 35 peniques por peso; comenzó su conversión en el 65, y sólo la pudo completar en el 79, mediante un esfuerzo poderoso de producción nacional

que llegó casi hasta la plétora, y mediante también las sabias y prudentes disposiciones dictadas en cada año por el Congreso y el Ejecutivo simultáneamente. Ocurre ahora preguntar ¿si aquella gran nación necesitó 14 años de tiempo y de trabajo industrial para llevar su papel sólo de 35 hasta 48 peniques; podremos nosotros llevar el nuestro desde 12 hasta 24 peniques en dos años y medio de tiempo y con nuestras fuentes de riqueza empobrecidas casi hasta el infinito?

No hallándose Chile en las favorables condiciones de aquel país, la conversión que se va á intentar será de efectos contraproducentes; sin darnos el circulante metálico que buscamos, sólo servirá para estimular nuevamente la importación por el mejoramiento pasajero que el cambio experimentará con la introducción en plaza de los 14 millones en oro que hará el Gobierno.

Es natural que el comercio haya recibido con júbilo esta ley, así como un pulmón enfermo recibiría un poco de aire puro que le permitiera respirar con libertad, aunque más no fuera por algunas horas.

A pesar de todo lo expuesto anteriormente, somos de parecer que la conversión del papel moneda debe llevarse á cabo en el menor tiempo posible, como la única manera de levantar nuestro crédito á los ojos del extranjero y de normalizar la marcha comercial del país.

Esto lo creemos posible y aún fácil de ejecutar; pero no será la obra del corto período de dos años, ni tampoco del paso violento de nuestro peso de once peniques á otro peso de veinticuatro, como lo dispone la ley: será necesariamente la obra de algunos años y del trabajo de todos como ha sucedido en países más adelantados que nosotros. Nuestros primeros esfuerzos deben dirigirse al desarrollo de las viejas fuentes productoras y á la creación de otras nuevas; y con estas bases podemos ya ir mejorando año por año el valor de nuestro papel hasta igualarlo con el de la moneda metálica que pongamos en circulación.

Nunca hemos podido estimar sino como un falso miraje, aquél bajo el cual se dictó la ley de conversión. Y decimos esto porque consideramos una verdadera ilusión el creer que podremos ver en dos años más circulando en nuestro comercio la libra esterlina, el cóndor, el águila americana ú otra moneda de oro cual-

quiera de nueve décimos de fino: siendo esta la pasta codiciada por el extranjero, la veríamos emigrar del país en poco tiempo y no tendríamos oro con que reemplazarla. Además, el público no se acostumbraría á estimar el cóndor por veinte pesos; la libra, por diez pesos ocho centavos: el águila por veinte pesos sesenta y siete centavos, y así todas las demás. La moneda de oro seguiría siendo una mercadería como lo es hoy, á no ser que la fabricásemos especialmente con 45 centésimos de fino y el peso correspondiente al valor de 24 peniques que le asigna la ley. Sólo así podría circular con su numeración correspondiente; pero siendo de oro, no tardaría también en desaparecer de nuestro mercado.

No sucedería lo mismo si convirtiéramos nuestro papel en moneda de plata. Con el precio que hoy tiene este metal, será fácil fabricar con él una moneda de nueve décimos de fino y cuyo valor comercial sea el de 24 peniques fijado por la ley del 92. Pagando el Estado su papel con esta moneda, cumpliría honradamente, si no en el fondo por lo menos en la forma, con la obligación contraída de *convertirlo en oro ó plata;* dicha moneda podríamos fabricarla desde luego con elementos propios; tendría ley y peso legal; no sería tan codiciada por el extranjero como la de oro; y en caso de ser exportada, nos sería fácil reponerla teniendo en el país las materias que la componen.

Por otra parte, como productores de este metal y como americanos, debemos sostener el padrón de la plata en contra del monometalismo que hace escuela en el viejo mundo.

Esto tendría todavía otra ventaja á la cual le atribuimos una importancia capital, como es la de inducirnos á llegar pronto al deseado término de bastarnos á nosotros mismos y de independizarnos de los mercados extranjeros que nos dominan y nos empobrecen más cada día. Si llegáramos á tener como único circulante metálico la moneda de plata, las importaciones europeas disminuirían considerablemente, y nuestro oro y demás productos bastarían para pagarlas; pero, en cambio, las relaciones comerciales entre los países americanos que tenían la misma moneda, se irían estrechando más cada día; en vez del *mundo viejo* y del *mundo nuevo,* tendríamos entonces el *mundo del oro* y el *mundo de la plata;* sería éste un gran paso para la realización del ideal de

Monroe; y esta especie de deslinde de los intereses materiales haría más cordiales las relaciones políticas, alejando así para siempre todo temor de un rompimiento por motivos de especulación entre las naciones de ambos mundos.

Aceptando, pues, la idea de la conversión como uno de los medios de marchar al mejoramiento económico del país, las consideraciones anteriores nos inclinan al mismo tiempo á creer que habría conveniencia en cambiar la forma en que debe llevarse á cabo. A nuestro juicio debería procederse desde luego á sellar y á poner en circulación moneda de plata de 25 gramos de peso y de 9 décimos de fino y sus divisionarias; estos pesos tendrían hoy próximamente el valor intrínseco de 24 (1) peniques asignados al tipo de nuestra moneda futura; cada mes pondríamos en circulación medio millón de pesos de esta moneda, recogiendo é incinerando una cantidad igual de papel; y se procedería con tal objeto á comprar cada mes, por propuestas cerradas, la plata que fuera necesaria, principiando por sellar la que actualmente existe en nuestra Casa de Moneda.

Encerrando esta moneda una pasta cotizable en el extranjero, es natural suponer que ella sería exportada siempre que el cambio bajara de 24 peniques. Para evitar este inconveniente, se gravaría con un derecho de exportación proporcional á la depresión del cambio, ó sea, aproximado á la diferencia de valor entre el circulante fiduciario y el metálico. Esta apreciación se haría como se hace hoy la del recargo al impuesto del salitre, con arreglo á las oscilaciones del cambio durante el curso de cada mes: por un decreto se fijaría entonces el derecho de exportación que la moneda debía pagar en el mes siguiente, dejando siempre á favor de la moneda el valor de uno ó dos peniques; esta diferencia no sería bastante para estimular su exportación, y sí contribuiría á mejorar por grados nuestro papel que se vería circular simultáneamente con una moneda metálica siempre algo superior á él en valor. Un uso inteligente y discreto de esta facultad de parte de nuestros Ministros de Hacienda, daría sin duda los más saludables resultados.

Pero la ley que fijase el derecho de exportación de la moneda,

(1) Cuando esto se escribió, la plata valía 33 peniques la onza troy.

aunque fuese bajo pena de comiso, podría ser burlada fácilmente en un país productor de plata como el nuestro: para esto bastaría refundir la moneda y exportarla en barra, en ejes ó en otras formas análogas. Pero esto sería fácil de evitar; bastaría para ello con que el Estado se hiciese el comprador de toda la barra de plata que se produjera en el país, que es probable no alcanzaría para el entero de los seis millones anuales que deberían amonedarse; ó bien agregar á la liga de la moneda una proporción bastante apreciable de níquel, de estaño ó de otra sustancia que fuera fácil reconocer sometiendo á un ensaye todas las materias argentíferas que se remitieran fuera del país.

Si estas ideas llegaran á tener aceptación, sólo quedaría por resolver cuál sería la mejor inversión que convendría dar á los catorce millones de pesos oro que se están acumulando para realizar la conversión.

Si se quisiera hacer una obra patriótica y de verdaderos resultados económicos, bastaría destinarlos á la amortización de parte de nuestra deuda externa.

No creemos difícil negociar actualmente nuestros bonos del 4½ por ciento al 82 (1) en Europa; en cuyo caso, antes de dos años de la fecha habríamos amortizado 17 millones de los 46 que forman dicha deuda.

Con esta operación obtendríamos los resultados siguientes:

1.° En vez de los dos millones y cien mil pesos que hoy tenemos que pagar anualmente para el servicio de esta deuda, sólo tendríamos que mandar fuera del país un millón y doscientos mil pesos; haríamos entonces un ahorro anual de 180 mil libras, ó sea, cerca de cuatro millones de nuestra moneda de 11 peniques. Esto traería un mejoramiento inmediato en el cambio, por cuanto significaría una suma igual en letras á disposición de nuestro comercio.

2.° El segundo resultado, el más benéfico sin duda, sería el de hacer desaparecer de nuestras arcas esa reserva de fondos que, en hora desgraciada, se mandó acumular para los efectos de la Conversión: ellos en realidad no han hecho otra cosa sino establecer la absorción de las pequeñas por las grandes fortunas; elevar el

(1) Era el tipo cuando esto se escribía.

agiotaje de peor ley á las altas regiones de nuestro mundo comercial; y mantener durante un año, y por dos años más según se pretende, un elemento constante de perturbaciones sociales y políticas, una verdadera espada de Damocles colgada sobre nuestras cabezas.

Sometemos al estudio estas ideas como uno de los medios más prácticos de realizar pronto la Conversión de nuestro papel, y de sacar al país de la aflictiva situación económica en que hoy se halla.

III

Que los *especuladores en letras* que se ha dado en llamar *agiotistas* sean la verdadera causa de la baja del cambio, no es en manera alguna aceptable. La simple especulación del corto número de personas que forman este gremio, no podría producir bajas permanentes en el cambio, sino simples alteraciones de poca importancia en las vísperas de la salida de cada mala. Todas las cosas que se llevan para el extranjero ó para el cabotaje, son objeto de las mismas especulaciones que las letras de cambio á la salida de cada vapor: cuando se busca en plaza frutas, verduras, aves, etc., estos artículos siguen, con toda regularidad, las leyes de la oferta y de la demanda, y con la tendencia siempre á producir alzas en sus precios. Pero estos efectos nunca son permanentes; nuevas provisiones llegan al mercado, y éstas hacen bajar luego los precios hasta producir un nivel casi igual para todos los vapores. Sólo por escasez ó por agotamiento suelen algunos de estos ramos alcanzar precios excepcionales, que nunca son tampoco de larga duración.

No sucede lo mismo con las letras de cambio. No siendo éstas sino especies comerciables como cualesquiera otras, no se les ha visto sin embargo buscar un nivel, sino subir de precio de un modo casi constante desde hace ya algunos años. Esto prueba muy claramente que el artículo escasea y que no vienen abundantes provisiones de él á nuestras plazas, como vienen cebollas, papas y gallinas. Si el descenso del cambio ha sido desde tanto tiempo permanente y constante, y sigue siéndolo aun, es pues sin duda porque las remesas de letras á nuestro mercado

van siendo menores cada día por causa de la disminución y empobrecimiento de las fuentes que las producen. La simple observación de este hecho basta para que todas las especulaciones se hagan siempre á la baja, ya que la alza no tiene ninguna probabilidad en su favor. Este mismo hecho y en el mismo sentido se va repitiendo en cada quincena hasta llevar el cambio al grado de abatimiento en que hoy lo vemos.

Los corredores de letras sobre los cuales hace pesar el comercio toda la responsabilidad de los males que le afligen, no son, á nuestro juicio, absolutamente culpables; ellos especulan á todo riesgo; y no es raro verlos llegar á la ruina cuando buscan una modesta ganancia. Es tan imposible operar alzas en el cambio en nuestra situación comercial de hoy, que está fresco el caso de la fuerte pérdida que una simple tentativa en este sentido, le causó á uno de nuestros establecimientos de crédito; y la liga misma de todos los bancos, aún á costa de sacrificios, no fué bastante tampoco para detener, siquiera en 15 peniques, la marcha descendente del cambio. Los especuladores sólo serían responsables de la situación si ellos influyeran sobre los productores de las letras, para que éstos fueran disminuyendo cada dia sus remesas, lo que está muy distante de suceder.

Estas consideraciones sólo han tenido por objeto el tocar á la ligera el fondo mismo de la cuestión, pues ellas no eran necesarias para probar la inocencia de los *agiotistas* y los bienes que sus riesgosas especulaciones traen al país. En efecto: basta un momento de reflexión para reconocer que si un cambio bajo perjudica, nó al comerciante, sino al consumidor, por otra parte estimula al productor, ofreciéndole un alto precio y fácil colocación para sus artículos.

El comerciante es un individuo intermedio que sin ser productor, y sólo escaso consumidor, pasa los artículos de una mano á otra con un recargo tan considerable como le es posible en su precio. Mientras esta operación es de carácter puramente nacional, en nada influye sobre el enriquecimiento ó empobrecimiento de un país; pero cuando esta misma operación tiene por objeto vender una mercadería extranjera y hacérnosla pagar con oro, esto sí que influye directamente sobre el cambio internacional y sobre la economía del país. Es pues en estas relaciones mercan-

tiles con el extranjero donde debemos buscar especialmente las causas de nuestras perturbaciones económicas, y el modo de evitarlas, procurando, en lo posible, que no se nos traiga más mercadería que la que nosotros seamos capaces de pagar. A buscar este equilibrio indispensable es á donde van siempre las tendencias del cambio por su propia virtud, como un regulador del gran mecanismo comercial de un país, y nó por inflnencia de los pobres especuladores, cuya talla será siempre pequeña al lado de las grandes causas que obran en la materia. Si estos fueran los verdaderos autores del cambio internacional, en vez de censura serían hoy acreedores á la gratitud del país, ya que con su trabajo están impidiendo en lo posible la excesiva importación de mercaderías extranjeras, en gran parte superfluas, y estimulando el desarrollo de las industrias nacionales con la demanda y alto precio de sus productos.

Más grave será el caso contrario, es decir, cuando estos especuladores tengan que jugar á la alza (1) por efecto del mejoramiento progresivo del cambio; los perjudicados serán entonces nuestros industriales, por las dificultades de venta y baja de sus especies que irán en aumento cada día, y los tomadores de letras, que hoy tanto censuran la conducta de los agiotistas, serán, en ese caso, sus más entusiastas aplaudidores al ver que les abaratan en lo posible dichas letras.

Como resultado del desenfreno del agiotaje se asegura también que en la última mala hubo sobrante en plaza de letras de cambio. Esto no debe extrañarse, porque los capitales que están listos para emigrar del país, no quieren hacerlo bajo un cambio tan desfavorable como el actual, y esperarán su mejoramiento hasta el día de la gran feria de la conversión, si fuere necesario; y las pocas letras que seguirán entrando en plaza serán únicamente solicitadas, á cualquier cambio, por los comerciantes de corto capital, y sólo para llenar compromisos de carácter urgente. Mien-

(1) En obsequio de la claridad seguiremos diciendo, como se acostumbra entre nosotros, que *el cambio baja*, siempre que recibimos menos peniques por nuestro peso de papel; siendo que en verdadero lenguaje comercial, es *alza*, por cuanto tenemos que dar en cambio del oro mayor cantidad nominal de nuestra moneda de papel.

tras tanto las gruesas sumas de papel moneda que dichos especuladores mantienen ya, sin duda, ociosas en sus cajas esperando la lluvia de oro, hacen falta en la circulación y han traído la alza de los intereses, la restricción del crédito y la consiguiente tirantez que hoy se nota en el comercio.

IV

También se atribuye por otros el descenso del cambio á la depreciación de nuestro papel, y ésta á la gran *baja del precio de la plata* en todos los mercados del mundo.

En lo primero, no se hace más que confundir de un modo lamentable el efecto con la causa. Según hemos dicho ya, ningún país ha marchado al restablecimiento de su circulación metálica sin haber asegurado antes las especies con que debía pagar al extranjero sus importaciones sin necesidad de recurrir á la moneda. No encontrándonos en tan envidiable situación, en nuestros cambios de especies el extranjero tiene un saldo á su favor que nos lo cobra en oro; pero oro no tenemos, y nos vemos obligados á comprarlo con papel, elemento de cambio creado exclusivamente para nuestro servicio interno y de ningún valor para el extranjero. Como esta situación se prolonga y nuestra deuda comercial va creciendo, cada día tenemos que comprar más oro, y cada día también se nos exige por él mayor precio. A causa de las dificultades para nuestros pagos, que venimos experimentando desde hace algunos años, la suspicacia del capital extranjero principia ya á dudar de nuestras riquezas privadas, ó de las aptitudes y diligencias que empleamos para su aprovechamiento: en consecuencia dicho capital extranjero trata de emigrar, nuestro crédito comercial sufre, y en proporción se deprime también el valor de nuestro papel que es lo único que podemos ofrecer en cambio del oro que solicitamos. Esto no afecta en manera alguna al crédito del Estado, porque el extranjero, que estudia nuestras finanzas más que nosotros mismos, sabe muy bien que aunque la Na-

ción sufra hambre y el papel moneda se halle depreciado, el Gobierno tendrá siempre el oro necesario para hacer con puntualidad, como hasta ahora lo ha hecho, el servicio de nuestra deuda exterior.

De lo expuesto se deduce lógicamente que nuestro papel se deprecia en términos claros y concisos *porque no es oro*, que es materia comerciable, de usos industriales y elemento de cambio en el mundo entero. Mientras que nuestro papel, no encerrando materia comerciable ni de usos industriales en el exterior, es una moneda de valor ficticio, convencional y destinado sólo al uso interior del país. Para los chilenos, el papel moneda es nuestro oro. Esto se halla comprobado por el precio de la propiedad raiz que no es afectada por el cambio, pues vale lo mismo pagadera por papel de 12 peniques, que con oro sellado si tuviéramos éste en circulación.

Que las especies de valor local no son exportables, lo estamos palpando entre nosotros mismos: las fichas de carros urbanos, que son moneda corriente en Valparaíso, nadie las recibe en los demás pueblos de la República. Así también cuando éramos niños de escuela, les asignábamos un valor en plata á los botones de la ropa y aún á los huesos de algunas frutas que nos servían para nuestros juegos, pero nunca se le ocurrió al pulpero de la vecindad admitirnos hormillas de pantalón ni huesos de duraznos en cambio de su mercadería. Si esto pasa entre nosotros mismos, no hay pues que extrañar que el extranjero no quiera llevar nuestro papel, que para él valdrá tanto como las fichas de carro, los huesos de fruta y los botones de ropa vieja.

Si hemos planteado la cuestión en esa sencilla forma, es con el objeto de hacer ver la necesidad que el país siente de tener oro, entendiéndose por tal, no sólo el metal amarillo, sino también todo lo que por él puede cambiarse, porque, como reza el adagio, *oro es lo que oro vale.*

En otro capítulo trataremos más por extenso esta materia, indicando en él todos los medios prácticos y fáciles que tenemos en el país para adquirir este elemento tan necesario para nuestro bienestar.

Tratándose ahora de la influencia del precio de la plata sobre l del papel, dicen sus sostenedores, apoyándose en la teoría de

Smith, que «cuando coexisten monedas diversas, las de menor valor expulsan del mercado á las de mayor valor.» Esta teoría, sin duda muy sabia, no la creemos aplicable al presente caso, porque cuando principió el descenso de nuestro papel, éste no encontró ya casi ni plata ni oro que expulsar. Estas monedas habían salido del país por falta de retornos antes del 78, y de ahí la necesidad imprescindible de la ley de inconvertibilidad que se dictó ese año, y que dió al metal que quedaba, libre curso para Europa. El verdadero expulsador de la moneda del país es el comerciante extranjero, que para pagar sus importaciones elige las monedas que tienen un valor intrínseco, y deja sólo aquellas que fuera del país no tienen ningún valor. Por esta razón, siendo metálica, la misma moneda feble sale del país tan pronto como el cambio desciende hasta la ley de fino que ella contiene.

V

Otra de las causas que influyen en las alteraciones del cambio, es el *desequilibrio de la balanza comercial*. Esta es la opinión más generalizada y la que nos servirá de guía cuando entremos á estudiar las causas que, á nuestro juicio, han producido la verdadera crisis económica en que nos hallamos y los medios de salir de ella.

Que la balanza comercial es la que da el tipo del cambio y del circulante fiduciario de un país, es ya una verdad que no necesita demostración. Para confirmarla bastará citar, como dos casos prácticos, lo que actualmente pasa en Chile y en los Estados Unidos de Norte América.

Por más ilusos que seamos y por más alegres que hayan sido siempre nuestras cuentas, es la verdad que desde hace algunos años las importaciones vienen sobrepujando en Chile á las exportaciones en una cifra siempre creciente y que ha llegado á ser excesiva en los últimos tiempos. Simultáneamente con este fenómeno se notó la baja del cambio con sólo pequeñas fluctuaciones, hasta el grado en que lo vemos, y que es probable no sea aún su último término. La consecuencia inmediata de este desequilibrio es la necesidad que tenemos de oro para pagar el saldo de nuestra cuenta, y la consiguiente depreciación del papel, único elemento con que lo podemos adquirir. Si en vez de papel se nos admitiera tierras en cambio del oro, las tierras mismas bajarían de precio y llevaríamos el camino de convertirnos en una colonia europea.

Lo contrario ha sucedido en Estados Unidos: el excedente de la exportación sobre la importación, que llegó en el 89 á la res-

petable suma de 200 millones de dollars, ha llevado el cambio más allá de la par, es decir, hasta ponerlo á favor de los tomadores de letras sobre plazas extranjeras.

Los que siempre han insistido entre nosotros en creer que la balanza comercial se ha inclinado año por año en nuestro favor, sólo han exhibido como prueba los datos sacados de las aduanas sobre las especies entradas y salidas del país en cada año. Suponiendo que ahí estuvieran reunidos todos los elementos que obran sobre la materia, todavía dichos datos adolecerían de imperfecciones graves y casi siempre en contra nuestra.

Desde luego hay muchos artículos, y algunos de alto precio, sobre los cuales la acción de los Resguardos ha sido siempre impotente para hacerlos pasar por la aduana; de ellos no queda constancia en esas oficinas, pero su valor tiene que salir del país. Y en cuanto á la valorización que se hace de la mercadería extranjera para el cobro de los derechos es, á veces, equívoca y, con frecuencia, inferior á su costo; y este es, sin embargo, el único dato que se exhibe para estimar la importación.

En cuanto á nuestras exportaciones, éstas son fáciles de apreciar, y los datos que sobre ellas tenemos son casi siempre exactos.

La balanza comercial basada sobre el simple cómputo de las especies que entran y salen de un país, será siempre errónea; y sólo será exacta reduciéndolo todo á la especie metálica de valor universal y contando, moneda á moneda, *el oro que recibimos y el oro que gastamos*.

Estimada bajo esta forma nuestra exportación, ó sea, el oro que recibimos, estará representado muy aproximadamente por la moneda metálica y las letras de cambio que entran en nuestros mercados ó en arcas fiscales por percepciones de impuestos, por venta de productos nacionales ó por otra causa cualquiera.

En cuanto á la importación, ó sea, el oro que gastamos, estará representado por el valor de costo de las mercaderías que recibimos, sus fletes y seguros marítimos, y por los fondos que se remiten á Europa a nuestros compatriotas; á los socios extranjeros de las compañías comerciales, de seguros, de vapores, de minas, etc.; á nuestros acreedores para el servicio de la deuda extranjera; á nuestras legaciones para el pago de sueldos, compra de buques, de armamentos, de materiales de ferrocarriles, etc., etc., y mu-

chas otras adquisiciones que tenemos que hacer con oro y que sería largo enumerar.

De este balance anual, que es lo exacto, tenemos siempre un saldo en contra nuestra que viene haciéndose mayor cada año, hasta ponernos en las dificultades económicas en que hoy nos hallamos.

VI

Al considerar que esta penosa situación nace de un exceso en las importaciones, es decir, de la necesidad de oro para pagar al extranjero todos sus servicios, alguien, tal vez, repetiría lo que hemos oído en otros países de América en circunstancias análogas: «La culpa la tiene el extranjero que nos lleva nuestras riquezas». Esto no lo hemos oído en Chile una sola vez; y si alguien lo dijera, mil voces se alzarían para contradecirlo. Consideramos la colonia extranjera altamente progresista y benéfica para el país, y debemos procurar en lo posible que se aumente y se radique en nuestro suelo.

Esto mismo decíamos hace 17 años á un general boliviano con quien cruzábamos las aguas del Titicaca en dirección á la Paz. Este señor, notable por su ilustración y bellas prendas personales, nos dijo: «Acabo de visitar su país y vengo *encantado* de los adelantos que he visto en construcciones, en cultivos, en vías de comunicación y en todo lo que hace al buen gusto y comodidad de la vida; están ustedes cien años más adelante que nosotros: ¿cómo han podido realizar tanto progreso?» «Nuestro secreto, le contestamos, ha consistido en abrir las puertas del país al extranjero y en procurar que la permanencia en él le sea útil y agradable allí tiene posición social, plenas garantías en su persona é intereses, y dispensa de todo servicio gratuito al Estado ó á la localidad; tanto lo hemos halagado, que en Chile conviene más ser extranjero que ser hijo del país; esto no sucede en Bolivia, donde al que llega por primera vez, se le estima como á un sér sospechoso y no encuentra facilidades que lo induzcan á permanecer en el país.»

Hoy creemos que con el progreso alcanzado en los últimos años, aquel pueblo no será ya lo que era en la época á que nos referimos.

No opinamos como tantos otros, que el medio más eficaz para mejorar el cambio consistiría en *consumir menos y producir más.*

Esto último no se discute; es evidente en sí mismo: la fuerza productiva de un país no tiene más límites que los que le señalan su propio consumo y la demanda de todas las plazas comerciales del mundo.

En cuanto á las importaciones, somos de opinión que siempre deben tener las menos trabas posibles. Partidarios, como somos, de la contribución sobre la renta, como la única base equitativa y justa de todo sistema tributario, veríamos con gusto desaparecer la contribución de aduanas, tan desigualmente repartida en las clases sociales, y cuya percepción es irritante, imperfecta y en extremo costosa.

Creemos que los propósitos que debe perseguir toda nación para su engrandecimiento social, económico y político, están concentrados en la fórmula siguiente: *introducir mucho y producir más.* No dudamos que Chile llegará á realizar, en pocos años, este ideal, por el carácter de sus habitantes y por los elementos de progreso que encierra en su seno.

A pesar de todo lo expuesto, las circunstancias excepcionales por que atravesamos y las conveniencias manifiestas del país, nos aconsejan restringir hoy, en parte, las importaciones, aunque sea e una manera transitoria, para restablecer el equilibrio económico perdido, y evitar que este fenómeno vuelva á repetirse en lo sucesivo.

Dedicaremos más adelante un capítulo especial á esta importante materia, con la esperanza de traer al estudio algunas ideas que las consideramos esencialmente prácticas y de oportuna aplicación en el caso presente.

VII

En este momento llega á nuestras manos la presentación hecha al Presidente de la República, por un grupo de jefes del alto comercio de Valparaíso: documento bien intencionado, notable por muchos conceptos, y que revela en sus autores vastos conocimientos mercantiles, pero sólo un estudio ligero de la actual situación económica de nuestro país. Como personas dedicadas al comercio, han mirado la cuestión por este solo aspecto, aconsejando medidas muy serias, pero que tienden solamente á disminuir un dolor y no á curar de raiz la enfermedad que lo produce.

Este documento termina así:

«En mérito de los antecedentes expuestos, los infrascriptos se permiten someter á la consideración de V. E. los siguientes puntos fundamentales, para una ley que permita hacer el pago de los billetes de curso forzoso una vez que la situación comercial del país sea favorable para mantener la circulación metálica:

1.° Los derechos de importación se pagarán, desde el 1.° de enero de 1894, en moneda corriente con un recargo fijo;

2.° Desde la misma fecha el impuesto de la exportación del salitre se pagará totalmente en letras sobre Londres;

3.° Las letras sobre Londres que el Gobierno no necesite para atender á su presupuesto en oro, serán vendidas semanalmente en Valparaíso bajo las condiciones que al efecto determine la ley

4.° Mientras exista el curso forzoso de los billetes del Estado, no podrá haber emisión bancaria.

Los actuales bancos de emisión abonarán al Gobierno, en cuen-

ta corriente, el valor total de sus respectivas emisiones, las cuales serán pagadas al público por el Estado;

5.° Las £ 500,000 que actualmente hay acumuladas para el pago de los billetes fiscales y el producto total de las salitreras que se vendan en virtud de la ley de 29 de noviembre de 1893 y cualquiera otra que se dicte con el mismo objeto, serán depositadas en poder de los banqueros del Gobierno de Londres para formar el fondo de conversión;

6.° Se autoriza al Presidente de la República para completar este fondo de conversión contratando en el exterior un empréstito cuyo producto neto quedará asimismo depositado en poder de los banqueros del Gobierno en Londres;

7.° Después de efectuado el pago de los billetes de curso forzoso, el saldo que el Estado quede adeudando por el empréstito, será amortizado trimestralmente con el 10 por ciento de la renta del salitre en el trimestre anterior;

8.° En el mes de julio de 1896 se dictará una ley especial fijando la fecha del pago de los billetes de curso forzoso en la moneda establecida por la ley de 26 de noviembre de 1892.

Valparaíso, diciembre 9 de 1893.»

En la parte citada de este documento los señores firmantes son de opinión que con los puntos fundamentales que ellos exponen, «se dicte una ley que permita hacer el pago de los billetes de curso forzoso *una vez que la situación comercial del país sea favorable para mantener la circulación metálica.*»

Es para nosotros muy satisfactorio el ver confirmado, bajo firmas tan respetables, lo que antes hemos dicho: «que no se puede ir á la conversión del papel sin asegurar antes las especies ó productos con que pagar al extranjero sus importaciones sin tener que recurrir á la moneda en circulación.» No significa otra cosa, á nuestro entender, la *favorable situación comercial* á que se hace referencia.

En cuanto á las medidas que se aconsejan, creemos de dudosos resultados la de formar un depósito de quince millones en oro en el Banco de Londres para hacer la conversión total del papel cuando convenga.

Desde luego el nuevo empréstito de un millón de libras sería insuficiente si hubiera el Estado de hacer suya la emisión banca-

ria; sería preciso, en tal caso, elevarlo á dos millones y seiscientas mil libras, y esto algún gravamen, sin duda, impondría al Estado.

Tampoco veríamos el mejoramiento del cambio por una seguridad de pago tan positivo como significaría este depósito, porque, como ya hemos dicho, la depreciación del papel moneda no es efecto de la falta de crédito del Gobierno, sino de la *carencia del oro* necesario para pagar al extranjero lo que le pedimos.

La presentación no indica, por otra parte, ningún camino que pueda llevarnos al mejoramiento de nuestra situación económica actual; sus primeras conclusiones solamente facilitarán algo el rodaje del mecanismo comercial; y siendo ellas esencialmente prácticas y de resultados inmediatos, somos de opinión que habría conveniencia en ensayarlas.

VIII

Después de los siete capítulos destinados al estudio de las opiniones diversas emitidas por la prensa sobre las causas que nos han traído las pésimas condiciones del cambio y del comercio que hoy vemos y sobre el modo de remediarlas, y al ver que no las aceptamos, es posible que se nos considere como pesimistas, como ilusos ó como discípulos de Como, aquel maniático de la antigüedad, que nunca encontró nada perfecto. Pero procuraremos evitar estos calificativos trayendo algunas ideas nuevas que merezcan ser discutidas, y á cuyo estudio todos pueden llevar su contingente. Al efecto, sacaremos la cuestión del terreno teórico y del tecnicismo en que la han colocado todos hasta ahora; y como simples practicones, dejaremos el campo de la ciencia con los sabios Leroy-Beaulieu, Smith, Courcelle Seneuil, Cucheval-Clarigny, Arnanue y demás que tanto la honran, y colocaremos el problema en el terreno práctico, donde todos cabemos y podremos contribuir á su mejor solución.

Entrando en materia diremos que el mal que nos aqueja no es de índole comercial; lo consideramos, principal y casi exclusivamente, de carácter social: por consiguiente debemos buscar su origen y también los medios de curarlo, en nuestros hábitos, de los cuales no somos nosotros los únicos responsables sino también nuestros antepasados que, en mucha parte, nos los dejaron como herencia. Es, pues, en la educación y costumbres sociales donde debemos buscar las causas de nuestro empobrecimiento y la manera de marchar al bienestar general poniendo al alcance de todo el mundo los medios seguros de procurarse la subsistencia y de llegar á una modesta pero honrosa fortuna. La miseria, que

hoy vemos ya muy cercana, no debe existir en un país tan extenso, tan poco poblado y que tantas riquezas encierra en su seno.

No nos arredra la magnitud de la empresa. Ella será la obra de todos: de Gobierno y de pueblo, de ricos y de pobres, de grandes y chicos, de hombres y mujeres; todos marcharemos unidos y contentos al mismo fin; ganarán en ello la política, la educación, la moral, la salubridad, la riqueza pública y privada; y los gérmenes del anarquismo y del socialismo que van ya invadiendo el Viejo Mundo, no podrán echar raíces en nuestro suelo.

El medio de llegar á tan grandes fines no será el de la conquista, el de *enriquecernos á costa de nuestros vecinos,* como lo dice un señor ecuatoriano en un juicio crítico sobre las Repúblicas de Sud-América que ha salido á luz recientemente en Europa; nuestro secreto para llegar á tan feliz término será valernos de la gran palanca del *trabajo.*

Poniendo éste al alcance de todos, podremos producir en nuestro país para lo necesario y también para lo superfluo, sin necesidad de ocurrir á fuentes ajenas.

IX

Ya hemos dicho que la causa de la crisis económica que hemos llegado es: que la familia chilena, ó sea la Nación, ha empobrecido por exceso de sus gastos y falta de trabajo en su hacienda. Esto último es lo que debemos remediar: «Ponte zapatos de oro, cuando los ganes con tu trabajo; mientras los compres con plata de tu padre, úsalos de cordobán,» nos decía un hábil octogenario en nuestra niñez.

Entre nosotros el elemento productor es muy inferior al consumidor, es decir, son muchos los que consumen y pocos los que producen.

Consumidores somos todos.

Y como productores, sólo tenemos á los que sacan materias útiles de nuestra tierra, á los que las elaboran, y á los que enseñan y protegen estas dos ciencias. Fuera de Chile, hay también muchos productores en literatura, en bellas artes y en otros ramos del saber humano que trabajan para la exportación, y que no existen entre nosotros.

Los verdaderos productores se hallan repartidos en los campos, en los cerros minerales y, en muy corto número, en los centros de población; y bien considerado, sólo se podrá estimar su cifra en el diez por ciento entre los habitantes de los pueblos, y en el treinta por ciento entre los habitantes de los campos y minerales; los demás son seres que en nada contribuyen ni á la subsistencia ni al enriquecimiento del país. Estimando ahora, con los datos estadísticos, en setecientos mil los habitantes de los pueblos y en dos millones y trescientos mil los de los campos y cordilleras, resultarán setecientos sesenta mil productores para tres millones de

consumidores, ó sea, uno por cuatro próximamente. Desproporción muy notable y que nos da la razón del estado de empobrecimiento á que hemos llegado.

No sucede lo mismo en Europa y Estados Unidos: países agrícolas y poderosamente fabriles, que han hecho de sus campos y de sus poblaciones grandes fuentes de producción para su consumo y para el extranjero, y á cuya labor contribuyen el mayor número de sus habitantes, sin distinción de edades ni sexos. Puede decirse que, en ellos, más de la mitad de los pobladores cooperan al enriquecimiento nacional.

X

Doloroso es pero indispensable tener que describir, siquiera en parte, las llagas que corroen nuestro cuerpo social, para armarnos de una vez de la resignación y el valor necesarios para emprender la curación de un enfermo de tanta gravedad. El que crea que el mal puede desaparecer en pocas horas con una oblea de antipirina ó con una píldora de Kemp, se equivoca; si la enfermedad se ha venido desarrollando lentamente, sólo con lentitud podrá también ir desapareciendo. Creemos que será la obra de algunos años; pero también abrigamos la convicción de que el mal no volverá si le aplicamos los correctivos que más adelante propondremos, ú otros análogos.

Las costumbres que desde algunos años han venido haciendo escuela en nuestros pueblos principales y sobre todo en la capital, son en mucha parte culpables del mal que lamentamos. Los tres grupos sociales: el de los *ricos propietarios*, el de los *empleados*, y el de los *hombres de trabajo independiente*, viven en ellos en íntimo contacto.

Los hábitos de lujo se han venido desarrollando entre los ricos propietarios desde hace muchos años; y para precisar época diremos desde que se fundó la Caja Hipotecaria (1). Hasta entonces vivíamos en casas modestas y sólo regularmente alhajadas. Pero un rico edificó una casa de ladrillo en la calle de Huérfanos, y esta fué una voz sonora, una campana que llamó á los propieta-

(1) En 29 de agosto de 1855.

rios, nó á la oración, sino á la competencia y á la ostentación de la fortuna. Cerca de la nueva casa luego se construyó otra, procurando aventajar en lo posible á la anterior; á éstas se siguieron otras y otras, tratando siempre de sobrepujar en valor y en suntuosidad, hasta hacer de Santiago en el día una población que han dado en llamar la *Ciudad de los Palacios*.

En relación al costo del edificio, tenía que ser el menaje que se traía de Francia; y hasta la modesta calesa, tirada por una mula con el sirviente montado, fué preciso cambiarla por el coche de París, arrastrado por dos caballos, y con un cochero vestido con más lujo que los patrones. Aquellos señores que vivían antes en una casa que no les costaba nada, han pasado ya á ocupar otra que les cuesta diez ó doce mil pesos anuales de canon por los intereses del capital invertido, y otros quince ó veinte mil pesos que les cuesta sostener el rango correspondiente á la familia. Así el que acostumbraba vivir con los frutos que le traían de la hacienda y cuatro ó cinco mil pesos más al año, necesita hoy treinta mil á lo menos para sufragar los gastos de su casa.

Pero el lujo es contagioso y su pendiente en extremo resbaladiza. En medio de esta puja de los ricos para sobreponerse entre ellos, las otras dos clases sociales trataron también de subir de su propio nivel; sus familias sintieron la necesidad de mayor decencia para continuar sus relaciones y conservar la estimación de aquellas amigas colocadas á tanta altura. Y esto no tuvo límite: debía ocuparse una casa cara y tener un buen menaje; la familia debía vestir de seda y hacer sus recepciones; los niños debían educarse en los mismos colegios y pagar iguales pensiones que los ricos; y era preciso ir al teatro, salir á los mismos puntos en la temporada de verano, y así todo lo demás.

Y no se crea que citamos estos hechos con el propósito de reprobarlos; por el contrario, merecen nuestros más sinceros aplausos, porque ello contribuye al embellecimiento de los pueblos y á la distribución del dinero, y por ser también del más correcto criterio que el rico debe darse siempre todo el *confort* y las comodidades que le permita su fortuna. Esto es algo que, además, da importancia á un país á los ojos de los extranjeros y de las naciones que con él se tratan.

Este orden de cosas mantuvo la sociedad por algunos años en

un estado de tirantez y de equilibrio casi insostenibles; vino el desborde en los gastos y las consecuencias no se hicieron esperar.

Muchos de los ricos cuyas rentas les llegaron á ser insuficientes, se vieron obligados á vivir, no ya de los producidos sino del valor mismo de las tierras que poseían: las haciendas principiaron á entrar en la Caja Hipotecaria y esto fué cada día en aumento; los fondos que de ella se obtenían, se iban gastando casi siempre de una manera improductiva, y así fué como una institución tan hábilmente organizada, vino á ser, por el abuso, la causa principal del gran desarrollo que el boato y el lujo han alcanzado entre nosotros. Este espíritu de ostentación llegó á tal extremo que hemos visto en Santiago á un propietario cambiar un rico fundo de las inmediaciones por un edificio de ladrillo improductivo y que le daba sólo casa en que vivir. Todo esto se ha ido produciendo en tan vasta escala, que es ya incalculable el número de propiedades rústicas y urbanas comprometidas en los establecimientos hipotecarios, esos grandes *montepíos* donde es tan fácil entrar y tan difícil salir de ellos. Las dificultades para el servicio de estas deudas, se van haciendo mayores cada día; para salvarlas se necesita agregar nuevas hipotecas á las haciendas y á la casa en que se vive, y esta vía nos lleva, al fin, á esas grandes liquidaciones tan desastrosas para la fortuna privada y para la riqueza pública de un país.

Cuando el abuso ha llevado á los propietarios á tal extremo ¿cuál será la suerte de los otros dos gremios sociales?

Los empleados, sujetos á un sueldo fijo, amoldan á él sus gastos cuanto les es posible; si el sueldo crece por un ascenso ó por nuevos esfuerzos de trabajo, con él crecen también los gastos hasta absorberlo totalmente. La cuantía de éste es por lo regular muy baja y sólo una pobre compensación de los servicios; de aquí la imposibilidad en que los empleados se hallan de hacer economías y la práctica muy general ya entre ellos de gastar el sueldo del mes antes del día en que deben percibirlo. A pesar de todo, la condición de éstos, aunque modesta, es relativamente feliz por tener asegurada, contra todo evento, la subsistencia de ellos y de los suyos; pero la creemos enervante de gran parte de las inteligencias y de las fuerzas vivas del país, y en cierto modo

egoísta, por cuanto las comodidades de la familia desaparecen con la invalidez ó la muerte del empleado.

El tercer grupo social lo componen todos aquellos que, sin haber sido herederos, se buscan por el trabajo libre la fortuna y la subsistencia diaria de la familia. A él pertenecen los hombres de profesión, los comerciantes, los artesanos, los agentes de negocios y algunos otros. Estos llevan la peor parte en la tarea de la vida; son los que inventan, los que ejecutan, los que mueven los capitales, los que trabajan casi sin descanso, para ver pasar los provechos á las cajas de los Bancos y de los capitalistas y obtener, en cambio de tantos afanes, sólo una pequeña compensación y, á veces, ninguna. Éstos rara vez hallan la fortuna en su camino; y cuando la encuentran, la saben conservar.

A pesar de los pobres y dudosos resultados que estos individuos sacan de su trabajo diario, casi todos ellos tienen algunos seres que viven á sus expensas, y muchos una familia que sostener con el rango social que sus antecedentes le imponen.

Para estos últimos la vida no solamente es difícil, sino también sembrada de mil sinsabores y amarguras. Aunque las tareas del día hayan sido infructuosas, á la casa no se puede llegar sin dinero: habrá siempre un diario que gastar y alguna cuenta que cubrir. Esta es la marcha de todo el mes; pero, llegando el día primero, aquel dueño de casa ambiciona los tesoros de Creso para pagar tanta cuenta, salir de tanto compromiso y conquistarse siquiera una media tranquilidad; temprano aparecen los recibos del gas, del agua potable, del propietario de la casa, del director del colegio, salarios de sirvientes y muchos otros *que se pagan y se quedan debiendo,* según la feliz expresión de un dicho popular; y no vendrán las cuentas de la Pra, de las Novedades, del pan y de la carne, si se tiene la buena costumbre de comprar todo al contado. Si á esto se agrega en el curso del mes una asistencia al teatro ó á un sarao de la vecindad, ó el obsequio de una corona de flores artificiales para el amigo que murió, ú otra ocurrencia cualquiera que llega de improviso, se verá ponerse en movimiento á toda aquella familia y al papá en las más grandes dificultades para salir airoso de tales *compromisos sociales de que es imposible prescindir.* No es raro que se ocurra en tales casos al

terno de la señora para traer del montepío de la esquina el dinero que *tanto se necesita.*

Si este ha sido el andar de las cosas en tiempos normales, ya se puede imaginar lo que ocurrirá hoy día con el encarecimiento de todos los artículos de consumo, y las nuevas contribuciones que parecen calculadas para agravar la situación y traer un nuevo desequilibrio en los presupuestos de gastos, ya de suyo bastante desequilibrados.

En efecto: las contribuciones sobre haberes, demasiado subidas y que gravan nominalmente al propietario, caen con todo su peso sobre el hombre de trabajo que tiene que cubrirlas íntegras bajo pena de no tener casa en que vivir ni tierras que trabajar; los impuestos de la aduana sobre artículos de consumo indispensable, con el premio del oro y el recargo en los billetes, han llegado á duplicarse; y el alza en los pasajes y fletes de los ferrocarriles, dictada contra todo buen principio comercial y económico, ha venido á dificultar el tráfico y a entrabar los negocios cuando precisamente se necesita de más actividad y de mayor esfuerzo en ellos.

Entrando ahora á detallar, siquiera en parte, los gastos de una familia, llegaremos á cifras verdaderamente asombrosas; y para conocer la carrera tan rápida con que vamos á la ruina, nos bastará comparar la época presente, nó con la de nuestros bisabuelos y abuelos, sino con la de nuestros padres.

XI

En una época, pues, no muy remota y que hemos alcanzado tal vez la mitad de los que hoy habemos, la vida era fácil, algo patriarcal, y no llegó nunca á convertirse en una carga insoportable. Las deserciones del hogar y el suicidio no habían nacido aún entre nosotros. En esos buenos tiempos la subsistencia era barata y se ganaba con facilidad.

El comerciante pasaba mucha parte del día sentado en una silla de paja en la puerta de su tienda, conversando, fumando su cigarro, y en mangas de camisa si era verano; y en la noche tenía por toda luz algunas velas de sebo puestas en candeleros de cobre sobre el mostrador, y los más adelantados entre ellos, su lámpara de aceite. Un viaje a Valparaíso cada seis meses ó cuando llegaba algún barco de Europa, le bastaba para tener siempre un buen surtido.

El campesino viajaba á caballo, y sólo iba al fundo en las épocas de siembra y de cosecha, que eran cortas. Con este pequeño trabajo, si era arrendatario, tenía bastante para pagar el canon y hacer los gastos de su familia. Y estos últimos se reducían casi á cero cuando se vivía en la hacienda.

La vida de la ciudad era también en extremo barata.

La comida de la familia era abundante, sana y alimenticia: un lomo valía una peseta; una gallina, real y medio; una docena de huevos tres cuartillos; y un real de *recaudo*, significaba una canasta medio llena de verduras.

Los trajes de los adultos eran pocos pero de buenas telas, y alcanzaban para vestir con ellos á los hijos y á los nietos. El lujo de

esa época no consistía en edificios, ni en muebles, ni en coches; se limitaba á las ricas alhajas y á trajes de seda que duraban toda la vida.

Los trajes de los niños de poca edad se fabricaban en la casa, con sólo la excepción de los zapatos, que se compraban en la plaza, y que eran de cuero para los niños hombres y de cordobán para las niñitas. El traje de los primeros consistía en una gorrita de paño, un saco y calzoncito de género de algodón ó un mameluco (1), y su ropita interior: todo costaba cuatro ó cinco pesos, y sólo diez ó doce reales un par de calamorros (2) de cuero grueso y durable. El abrigo de invierno, que estaba al alcance de los menos, consistía en un capote de *barragán*, tela impermeable, con cuello de *astracán* (nombres comerciales) y forrado en balleta, colorada casi siempre. Diez pesos era dinero bastante para costear el traje completo de un niño de nueve ó diez años; y mucho menos en verano, que se les vestía de brin.

La escuela pagada, que entonces lo eran todas, costaba un peso al mes por cada niño; y sólo se pagaba dos pesos por tres alumnos cuando eran hermanos. Y en el Instituto la pension anual para los internos era sólo de cien pesos, con las mismas regalías que acabamos de citar para las escuelas. En la enseñanza imperaba entonces el rigor, que los buenos sistemas pedagógicos han llegado ya á desterrar en absoluto.

Los sirvientes de ambos sexos ganaban entonces tres ó cuatro pesos al mes, y eran casi siempre auxiliados por niños que se traían de las haciendas ó se sacaban de la Casa de Huérfanos.

El lavado se hacía siempre en la casa, y no había así ni mucho gasto ni desperdicio de ropa.

La moda imperaba poco y sólo cambiaba de tarde en tarde. El gremio de modistas casi no existía.

El tráfico dentro de Santiago se hacía, como lo aconseja la higiene, por lo regular á pie y pocas veces á caballo ó en calesa. Para el servicio público había tres ó cuatro birlochos viejos, que se situaban en la plaza de los tribunales, y cuyo conductor y caballos dormían casi siempre por falta de pasajeros.

(1) Pieza de vestir en que la chaqueta estaba unida con el pantalón y abierta en la trasera.

(2) Botines de cuero ordinario abrochados adelante.

Todos los servicios profesionales, eclesiásticos, de beneficencia, etc., tenían entonces estipendios muy módicos.

El servicio médico era prestado principalmente por tres doctores eminentes, verdaderos sabios, que andaban á caballo con un plumero en el verano y un capote impermeable en el invierno; iban á toda distancia y á toda hora á visitar sus enfermos, cobrando, como honorario, la pequeñísima suma de cincuenta centavos por visita á las gentes acomodadas; y á los pobres, nada.

Esto mismo sucedía con las demás profesiones; y hubo un hábil doctor en leyes que como único honorario por un escrito se conformaba, á veces, con recibir un cigarro.

La vida era entonces modesta; las cortas ganancias bastaban para el sostenimiento de la familia; aquellas casas eran centro de cariño y de respeto; la existencia se deslizaba en ellas tranquila, y el tiempo alcanzaba para todo, hasta para dormir una siesta todos los días, á puerta cerrada, á las dos de la tarde: en fin, eran aquéllos, hogares felices, donde el bienestar sólo se veía perturbado por la muerte de alguno de sus miembros queridos.

XII

Veamos ahora lo que hoy pasa entre nosotros. La *moda* y el *qué dirán* son los que legislan, y el *dinero* el que ejecuta todas las órdenes, las exigencias sociales, los caprichos, y hasta los delirios de una familia. Lo necesario es lo accesorio, y lo superfluo lo que predomina, tomando esto cada día mayores proporciones.

En el ramo de comida no entraremos á inventariar los platos que se ponen en una mesa ni la calidad de ellos: que el *menu* se componga de Acelga al gratin, Furbot sauce normande, Noix de veau piqué a l'italienne, Petit pâtés á la portugaise, Fartelette russe; ó de platos criollos como el charquicán, el valdiviano, los frejoles, las humitas ó la suculenta cazuela, da lo mismo para nuestro propósito. En este ramo es donde más puede lucir una dueña de casa sus dotes artísticas y de buen gusto: una cocina bien dirigida hace una comida abundante y exquisita con poco dinero; pero una cocina desatendida, es una verdadera calamidad en una familia. No sabemos dónde hemos leído que «la señora que quisiera ver contento á su marido, no necesita más que servirle todos los días en la comida un plato hecho de su mano.» Descuidado este servicio, la mesa resultará mala y cara, y todos los que puedan se irán de la casa al restaurant ó al Club, donde encontrarán siempre una comida de su gusto.

En esta materia creemos aceptable todo lo que sea de regalía y que se halle al alcance de la fortuna; sólo condenamos el exceso y el uso de materiales desconocidos.

Según la opinión de muchos extranjeros y de sabios doctores, en Chile se come tres veces más que lo que se necesita para alimentarse; y de aquí las enfermedades del hígado y del estómago

que se han hecho endémicas en el país. Debe también reprobarse el excesivo uso de la carne, como sustancia menos sana y menos alimenticia que las legumbres.

Pero de lo que más debemos cuidar en la preparación de nuestros alimentos, es de no usar materias desconocidas y que pueden ser peligrosas para la salud. Mucho se ha generalizado el uso de carnes en conserva como el *paté de foie*, *anchouy paste*, *han and chiken*, *patted game* y cien otros que podrían ser aceptables si se trabajasen en el país y bajo cierta vigilancia; pero el hecho de ser extranjeras, nos autoriza para dudar de la buena calidad de los elementos que entran en su confección. Muy buenas conservas podríamos también trabajar en el país para la exportación en la época en que las aves mueren por exceso de gordura. Pero saliendo de estas presunciones más ó menos fundadas, ¿no es posible creer que haya un germen nocivo en ese pastel trabajado con hígados que se les ha hecho tomar violentamente un gran desarrollo exponiendo por algunos días los gansos vivos al fuerte calor de una estufa?

Pero aunque la comida sea buena, sana y abundante, siempre valdrá menos que los licores, que han llegado á ser parte indispensable en una mesa.

¿Quién come hoy sin haberse preparado con un aperitivo y sin tener á la mano el vino que más le agrade? Tres clases de éste no bastan á veces para satisfacer el gusto de todos los concurrentes á una mesa.

El extranjerismo domina entre nosotros en este ramo lo mismo que en todos los demás. Aunque tengamos ya en el país vinos puros y exquisitos, y los mejores aguardientes, esto no obsta para que internemos anualmente más de un millón de pesos en adulteraciones ó simples imitaciones de estas especies: así, cuando creemos tomar jugo de uva en el frontignan, madera, grave, alicante, malvoise, tokai y el mismo jerez, sólo tomamos una mezcla de jarabe de papas con tanino, ácido tartárico y otras sustancias como cortezas de naranja, pasas de Málaga, yerbas de casio, reina de los prados y otros jugos que forman la diversidad de clases; y si los distintos chateaux que se nos trae fueran caldos de uva ¿en qué gastarían los extranjeros los 250,000 kilogramos de semilla de maqui que nos compran anualmente?

En resumen: si la comida ha costado diez pesos, el valor de los vinos y licores consumidos es dos ó tres veces esta suma; y si es preciso destapar algunas botellas de Champagne, la cuenta del almacén sube más que la espuma del mismo vino en la copa. Y todo esto para levantarnos después de cada comida, con una indisposición al estómago ó un fuerte dolor de cabeza que no cede ni al bicarbonato.

Los consumos ya excesivos de bebidas sólo de placer como el té, el café y las copas de licores diversos que se toma á todas horas, nos han traído gastos y enfermedades que no conocieron nuestros padres ni menos nuestros abuelos. La intemperancia es nuestro vicio y nuestra perdición.

XIII

En el vestir, la moda impera con verdadero despotismo. A ella nos sometemos con docilidad las personas de ambos sexos y sin distinción de edad ni de fortuna. La moda manda y todos obedecemos, bajo pena de pasar por extravagantes, ó por pobres, que es el defecto que hoy menos se perdona en sociedad.

Si es verdad que los hombres se someten á la moda y que sus piezas de vestir cuestan en el día una verdadera exhorbitancia, no obstante queda entre ellos un resto de tolerancia y libertad que les permite consumir todos sus trajes siquiera en las horas de trabajo. No sucede lo mismo con las señoras y los niños, que son obligados á seguirla en sus menores cambios y con todo su rigor.

Antes habia telas y aderezos distintos para las diversas edades y estados de las personas: la seda y los brillantes se reservaban únicamente para las señoras casadas. Pero tiempos llegaron en que las jóvenes solteras, y aun las de cortos años, vistieron rasos y terciopelos y en que se adornaban con brillantes cuando salian á paseo. Si de esta suerte iban vestidas las chicas, fácil es presumir cómo irían las de más edad y las mamás que las acompañaban.

Este gasto no reconoce ya límites. Solamente los libros de la Pra y C.ª podrían dar una idea de lo que ha llegado á costar el traje de una señora y de una joven de regular edad.

El traje de un niño de diez años, por ejemplo, ha llegado á un precio siete ú ocho veces mayor: lo que antes bastaba para vestirlo totalmente, hoy sólo alcanza para pagar el valor de su calzado. Y no es raro ver niñitos que dan sus primeros pasos, con cincuenta ó más pesos en telas sobre su cuerpecito.

Los vestidos de percal, tan sencillos antes, han dejado de ser económicos, tanto por su alto costo primitivo cuanto porque su forma y adornos hacen ya difícil su lavado.

Pero en lo que la moda ha llegado á los últimos extremos, es en materia de sombreros de señoras. Este gremio de modistas cobra precios subidísimos, y cambia las formas y los adornos con tal frecuencia, que en las casas de familia se ve formarse en pocos años montones de sombreros de moda pasada y que representan una buena suma de pesos.

En el ramo de vestidos, el extranjerismo es más absorbente que en todos los demás, y no obstante, nuestras compatriotas son bastante hábiles para imitar con perfección la moda francesa y muchas ahorran así bastante dinero á la familia con sólo un algo de buena voluntad.

XIV

En el ramo de instrucción, es preciso reconocer que hemos alcanzado ya un grado de adelanto bastante notable, y más en la primaria que en la superior.

La acción popular y la gubernativa, en noble competencia, han llevado á la primera los mejores métodos de enseñanza inventados hasta ahora, y lo que es más, han logrado ya ponerla gratuita y al alcance de todos.

En la superior, si los establecimientos para hombres llenan todas las condiciones apetecibles; los de niñas, por el contrario, dejan mucho que desear: las pensiones y exigencias son en extremo subidas, y los resultados pequeños y á veces nulos. Sería de desear que esos dos grandes poderes citados, el gubernativo y el popular, se aunaran para llenar este gran vacío de nuestro actual sistema de instrucción, obra que tanto reclama el progreso social de nuestro país.

XV

Los sirvientes de ambos sexos están cada día más difíciles de conseguir, y los salarios son hoy cuatro ó cinco veces mayores que en tiempo de nuestros padres. El personal del servicio es por lo regular excesivo en nuestras casas, lo que origina un crecido gasto en los salarios y en su mantención, y otros muchos inconvenientes que la práctica ha puesto ya muy de manifiesto. Puede sentarse como principio entre nosotros que *cuanto más sirvientes, peor servicio y más caro.*

El tráfico en las poblaciones se hace hoy en coches y tranvías, lo que, si bien trae comodidad, perjudica en gran parte la higiene de todos y el bolsillo de los dueños de casa: los niños deben ir en carro al colegio; y á un sirviente no se le manda á ninguna parte sin darle el pasaje correspondiente de ida y vuelta.

Los servicios profesionales, y en particular el de los doctores en medicina, el más esencial de todos, están ya casi fuera del alcance de los que no tienen una renta más que regular.

XVI

Tal cúmulo de circunstancias y tales exigencias de dinero agravadas cada día por la baja incesante del cambio, han llegado á crear una situación en extremo difícil para todos los que tienen gastos fijos é indispensables que atender.

Al propietario no le faltarán nunca recursos de que echar mano en toda situación.

El empleado tiene un sueldo seguro y siempre la esperanza de que éste le sea aumentado de una manera equitativa.

Muy distinta es la situación de los que viven del trabajo libre y que tienen que reunir forzosamente algún dinero para las exigencias diarias de la familia: su tarea será siempre fatigosa y, en épocas excepcionales, casi imposible de llenar. Supongamos por un momento al comerciante con sus ventas paralizadas, á los agentes sin despachos, á los abogados sin pleitos, á los médicos sin enfermos, á los ingenieros sin mensuras y á los posaderos sin huéspedes, y tendremos un desquiciamiento social y una situación muy semejante á la que hoy hemos alcanzado.

Por rara excepción la clase obrera se halla actualmente en mejores condiciones que todas las demás, por su escaso número y la gran demanda que de ella se deja sentir en todo el país: sus ganancias diarias alcanzan con desahogo para llenar sus necesidades, y nada justificaría hoy entre nosotros la realización de las huelgas que tanto se han temido.

Algunos creen ver en esta demanda de obreros y en el gran desarrollo que las construcciones han alcanzado en las principales ciudades del país, demostraciones de riqueza y síntomas seguros de progreso y de un próximo mejoramiento en nuestro

cambio. Nada de eso: todo es obra de la depreciación misma del papel, que mientras van empeorando los negocios con el extranjero, van mejorando los de carácter puramente interior, donde nuestro papel vale y podemos realizar con él las mismas obras que si fuera oro en circulación.

Si queremos formar un juicio, aproximado siquiera, de las condiciones sociales en que actualmente nos encontramos, con perdón de todos, séanos permitido, en obsequio de los buenos fines que perseguimos, salvar los umbrales de la casa de un hombre de trabajo en un día cualquiera y ver lo que en ella sucede.

El despertar es afanoso para la servidumbre y tranquilo para la familia. Sólo el dueño de casa, preocupado con su trabajo desde el amanecer, hará su almuerzo á las nueve de la mañana y se irá á las tareas del día, fuera de su casa, para no volver á ella sino á la hora de la comida. Al salir tendrá que dejar siempre dinero para el diario de la familia y para las compras y pagos diversos que habrá que hacer.

Los niños se irán también temprano á su colegio.

Sólo quedarán en la casa las mamás con las niñas grandes, y también con algunos niños ó niñas menores que no asisten ya á sus clases por motivos de salud, ó por simple condescendencia ó *regalía,* que es lo más frecuente. Algunas de estas personas suelen ocuparse de las tareas de la casa dando ejemplos de moralidad, de inteligencia y de trabajo muy dignos de imitarse. Pero esto es excepcional.

Lo que ocurre de ordinario es muy distinta cosa. La gran tarea de la familia consiste en encontrar todos los días en qué gastar el tiempo que dejan disponibles las horas del almuerzo y de la comida. Los programas son variados, y casi siempre consisten en buscar las distracciones *fuera de la casa*, en el paseo, en el comercio, en las iglesias y en mil otros puntos que la fecunda inteligencia de nuestras niñas sabe siempre encontrar: así es como esos seres que han sido creados para el encanto del hogar, hacen el encanto de la plaza y de la calle, con el gasto consiguiente de dinero que *la moda* y el *qué dirán* imponen. Muy lejos de nosotros está el hacerlas responsables de semejantes vicios; esto es la obra exclusiva de ese pésimo sistema de educación, de esa funesta carcoma que ha venido infestando lentamente todo nuestro cuer-

po social, y que ha hecho comprender á esos seres llenos de inteligencia y de aptitudes, que sólo han nacido *para el ocio y el placer.*

Pero al lado de estas criaturas inocentes y siempre adorables, se hallan aquellos jóvenes que apartados ya de los colegios, se creen todavía dispensados de entrar en las rudas tareas de la vida. En el afán diario de buscar en qué pasar el tiempo, ellos van más allá que las hermanitas en sus gustos y en las sumas que necesitan para satisfacerlos. Su imaginación es siempre fecunda en inventivas para encontrar los pasatiempos y dinero, lo que, con frecuencia, los lleva demasiado lejos del hogar y de las conveniencias sociales y de familia. Antes, cuando un niño, por casualidad, no llegaba una noche á su casa, bastaba con ir á buscarlo donde las tías ó las abuelas que lo regaloneaban; hoy será preciso buscarlo en mil puntos distintos, y feliz será el padre que logra encontrar al hijo perdido, aunque sea en el cuartel de policía, donde no es raro ya que muchos vayan á pasar las noches en buena compañía.

De esto los jóvenes no son culpables sino en parte. Cuando éramos niños de esa edad, sólo recibíamos como gran liberalidad de nuestros padres, un real para dulces los días domingos; y era raro ver pasar por nuestras manos algunas otras monedas como obsequio de los parientes ó de los amigos de la casa. Por consiguiente, ni nuestros vestidos ni nuestros recursos pecuniarios nos permitían llegar adonde iban los *grandes,* como llamábamos á los caballeros que pasaban de veinticinco años.

Hoy el estilo social es distinto: los niños salen á paseo con la familia; bien vestidos, con buen reloj y con dinero sacado del bolsillo del papá ó de la mamá y, á veces, de otras fuentes que se ignoran. Esta costumbre ha traído otras y otras más, que abren siempre nuevas vías para los vicios, estrechando más cada día las que conducen á la virtud ó al trabajo.

No hace mucho tiempo que un amigo que deseaba especular nos preguntaba qué negocio creíamos le podía convenir. Y en tono mitad jocoso y mitad serio le contestamos que la fortuna debía buscarse hoy por el camino de los vicios. Arrendó una viña, y un año después nos daba las gracias por tan *buen consejo.*

En realidad es ya difícil de contar en Santiago y Valparaíso,

por no ir más allá, el número de restaurants, de mesas de billar, de ventas de licores, y de mil otros establecimientos de puertas abiertas ó cerradas, que se hallan á cada paso, y que viven, en su mayor parte, de los dineros de esa juventud que principia la carrera de la vida. Con los billetes se van siempre la salud, la delicadeza y los nobles instintos del trabajo.

Esta costumbre de la juventud de buscar sus distracciones y placeres lejos de los hogares de familia, ha traído un cambio en nuestros hábitos sociales que es en extremo lamentable, y sobre el cual es preciso reaccionar cuanto antes sea posible.

Hace muy pocos años las casas particulares eran los centros de reunión, verdaderos puntos de cita de la juventud, donde las horas se deslizaban dulcemente en medio de los encantos de la hermosura, del talento y de la música. Condenadas ahora las familias al aislamiento, es natural que las jóvenes busquen en la calle lo que no encuentran en su casa, aquella sociedad y aquellas impresiones que son propias de su edad y de su sexo. Vivir de esta manera es vivir sin realidades y hasta sin ilusiones ó, más propiamente dicho, no es vivir. Muy de veras aconsejaríamos á los jóvenes de hoy que hicieran lo que era costumbre en nuestro tiempo, frecuentar los salones de familia, tan llenos de atractivo, y de los cuales se sale siempre sin pesares ni remordimientos y dominado por las más gratas impresiones que es difícil olvidar.

Una familia colocada en el pie que antes hemos indicado, como es lo general, absorbe en el año una buena suma de dinero que, aunque sea crecida, siempre será poco para llenar completamente sus deseos; en ella todos son consumidores, y el padre el único proveedor; todos son felices, y el padre el único para quien las horas de gusto y de placer son contadas. El gasto de la casa es su preocupación constante, casi ya una pesadilla; trabaja día y noche; todo lo ve, todo lo examina, todo lo intenta, hasta los medios más aventurados á veces; y será feliz si de tantos afanes resulta el dinero que debe llevar á la casa para llenar las muchas necesidades que siempre esperan. Creemos que hoy puede asegurarse con entera propiedad que, en los tiempos á que hemos llegado, el trabajo de un hombre no basta para el sostenimiento de una familia. No es esto falta de fuerzas ni de inteligencia ni de voluntad; es sólo falta de elementos de trabajo que no le dan

á cada uno el campo de acción que sus facultades le permiten, encerrándolo en aquel estrecho círculo que las necesidades diarias de su casa le limitan.

Colocado un padre en esta situación, no debe extrañarse que llegue hasta ambicionar un puesto que le permita disponer de una renta fija. Funesta consecuencia de una situación difícil, que borrando ya toda espectativa de fortuna y haciendo arrojar, como carga inútil, un verdadero caudal de conocimientos y de experiencia en los negocios, llega hasta hacerle aceptar la triste condición de saber que su familia tendrá la subsistencia mientras él viva; y después de sus días, nada.

También se busca por la juventud los puestos rentados, no ya por motivos de necesidad, sino por defectos de nuestra educación social, considerando más honroso estar sentado tras de un escritorio haciendo algo ó nada, que estar trabajando en el taller, en la bodega ó en el huerto. Este vicio de la *empleomanía* va tomando entre nosotros proporciones alarmantes, y que es preciso combatir si no queremos ver á tantos hombres inteligentes transformados en máquinas; y á las fuerzas vivas y productoras del país, adormecidas por los dineros mismos del Estado. También es preciso reaccionar contra esa preocupación propia de nuestra raza ibérica de que *la sangre noble está reñida con el trabajo;* y que no veamos repetirse entre nosotros ese raro fenómeno, que mientras los talleres carecen de obreros que ganan ochenta ó cien pesos de jornal, los ministros se hallan asediados por solicitantes de empleos que sólo tienen treinta ó cuarenta pesos de sueldo.

Todos estos son otros tantos factores que unidos á la política y á la tendencia usuraria del capital, sin duda los mayores de todos, han venido operando desde algunos años la demolición de nuestra riqueza y de nuestro organismo social hasta la triste situación á que hoy hemos llegado, en que, á semejanza de Tántalo, nos hallamos en un suelo rico y *pereciendo de necesidad*, como vulgarmente se dice.

No creemos que este mal tenga otro remedio que *el trabajo:* él es riqueza, virtud, amor, inteligencia, patriotismo, respeto; en una palabra: todo lo que hace grande la vida de un pueblo. Debemos, pues, levantarlo sobre todas las preocupaciones sociales; debemos dignificarlo, protejerlo, hacerlo parte de nuestra educa-

ción misma y, muy principalmente, ponerlo al alcance de todos. Esta es la parte principal de la tarea que nos hemos propuesto, y que desarrollaremos en la segunda parte de este modesto y mal pulido trabajo. Traeremos á la discusión algunas ideas nuevas, esencialmente prácticas, de conveniencia general, y que tiendan á cicatrizar, en el menor tiempo posible, las dolorosas heridas que hoy tanto nos afligen.



SEGUNDA PARTE

XVII

Persuadidos hasta la evidencia, como lo estamos, de que el trabajo es la poderosa y única fuerza capaz de levantar al país del estado de postración á que ha llegado, el término de nuestra tarea no será ya cosa difícil de alcanzar. Nos bastará para ello pasar en ligera revista las producciones principales de nuestro rico suelo, la manera como se explotan y utilizan y los cambios y reformas que en todo esto nos convendrá llevar á cabo.

Son tan claros los defectos de nuestro actual organismo político, social y mercantil, que no creemos difícil llegar á un acuerdo general en cuanto á los propósitos que perseguimos en este trabajo. En él no haremos sino bosquejar á grandes rasgos el cuadro que represente el ideal de nuestro porvenir, dejando los detalles para los especialistas en los diversos ramos que vamos á tocar.

Nuestra ambición quedará satisfecha si logramos interesar á todos en el estudio y en la ejecución de los temas siguientes: 1.°, reforma de nuestros hábitos elevando el trabajo sobre toda preocupación social y haciéndolo tan útil y agradable cuanto sea posible; 2.°, poner la propiedad raiz y los elementos de trabajo al alcance de todos; 3.°, tratar de independizarnos de los mercados europeos en cuanto á la elaboración de nuestras materias primas; 4.°, protección y fomento de nuestras industrias; 5.°, hacer que los inmigrantes y los capitales extranjeros encuentren colocación fácil, segura y lucrativa en el país; 6.°, abrir nuevas y provechosas inversiones á nuestros capitales; 7.°, poner el trabajo sobre el ca-

pital, provocando la oferta de éste á bajo interés; 8.°, hacer realizable toda empresa industrial dentro del país; 9.°, hacer que el país se baste á sí mismo y tenga sobrantes para la exportación; 10.°, combatir la empleomanía, avivar el patriotismo, abrir un nuevo horizonte á la ingeniería, asegurar el orden interno, y muchos otros fines tan benéficos y posibles de alcanzar como los anteriores.

Todo esto que para nosotros puede considerarse un sueño por la indolencia y el abandono en que hemos vivido hasta aquí, es una realidad en otros países que, con menos elementos naturales que nosotros, han logrado hacer tan hermosas conquistas.

Para llegar á la realización de tan bello ideal, se necesita de la cooperación de todos: de Gobierno, de capitalistas, de propietarios, de industriales, de hombres de profesión, de periodistas: de todos, en fin, ya que los frutos á todos alcanzan también.

No pertenecemos al número de los que creen que el Gobierno es el causante de todos los males que nos vienen; y que él es también el poseedor de todos los secretos y el dispensador de todos los remedios para curarlos. Pero, en las circunstancias presentes, el Gobierno puede ser voz, inteligencia, fuerza: el gran iniciador, en fin, de todas las medidas que conduzcan á la regeneración política, social y mercantil que el país reclama.

Nadie podrá negar la necesidad de la política para llegar al perfeccionamiento de las instituciones y á la más correcta administración de un país; pero el exceso debe condenarse en este ramo lo mismo que en todos los demás. La política entre nosotros ha llegado hasta el desborde, absorbiéndolo todo y con gravísimo perjuicio del enriquecimiento y bienestar general del país. Para tratar este asunto, á uno más experto que nosotros no le bastarían el papel, la tinta ni la caja de plumas que tenemos á la mano. Por nuestra parte creemos que aquella es una verdad que no necesita demostrarse; y que el patriotismo y las circunstancias aconsejan reaccionar cuanto antes, si no queremos que nos lleve á una completa ruina el camino que hemos buscado para nuestra salvación.

Tomando el Estado medidas que están á su alcance y dentro de los principios de buen gobierno, podrá mejorar la condición económica y social de todos los ciudadanos, y con esto traer los

demás bienes que son consiguientes. Pero se dirá: «el Estado no es padre de familia ni tiene rentas bastantes para dar sueldos y capitales de trabajo á todos los chilenos.» Nada de eso: somos de parecer que esto no solamente es correcto y posible, como lo probaremos más adelante, sino también un deber del Estado hacerlo en las circunstancias actuales.

En efecto: entre Gobierno y pueblo los intereses son tan correlativos en nuestro país, que si el pueblo empobrece, el Gobierno no tendrá rentas que gastar. Antes de la guerra del Pacífico pagábamos dieciseis millones de tributo para el sostenimiento de las cargas públicas; y hoy, si quitamos los veinticinco millones que el capital extranjero paga por la exportación de salitres, y algo que el Gobierno percibe por venta de terrenos fiscales, los treinta millones restantes que exige nuestro presupuesto, no son sino el producido de las contribuciones que pagamos los chilenos; es decir, que el tributo se ha duplicado en el período de diez años, lo que es una carga excesiva, ya casi insostenible, en los tiempos de penuria á que hemos llegado.

Puede haber quedado á fines del 93 un sobrante de cinco millones en tesorerías fiscales, como se informó á la Cámara en los *últimos días de diciembre: esto no es dinero, sino fatigas y angustias* de los contribuyentes. Pero ¿cree el señor Ministro de Hacienda que este excedente volverá á repetirse en la misma escala, como lo espera, en el año en curso? Lo dudamos, porque dinero no se puede sacar de donde no hay. La depreciación del cambio hará disminuir forzosamente las importaciones, y con ellas disminuirán también las entradas de aduana. Es posible que igual cosa suceda con la producción de los ferrocarriles, tanto por la paralización comercial, cuanto por el alza en los pasajes y tarifas de fletes, que siempre dan resultados contraproducentes.

Se dirá, tal vez, que somos pesimistas, seres fatídicos ó falsos profetas que nos complacemos en recargar de sombras oscuras el cuadro de nuestra situación. Pero ¿cómo ocultar las nubes que vienen apareciendo, desde algún tiempo, en nuestro horizonte, y cada vez más densas y más amenazantes?; ¿no se remató hoy los codiciados terrenos fiscales de la esplanada de Valparaíso por la mitad del precio que se habían rematado ayer?; ¿no puso este remate á las puertas de la ruina á uno de nuestros establecimientos

bancarios, perfectamente solvente, sólo por una exigencia repentina de algunos fondos que no tenía disponibles?; ¿no se ha visto fusionarse á los tres bancos principales del país para poder hacer frente á la situación?; ¿no vemos ya tener que retasar para su enajenación propiedades que antes se remataban por una cantidad mayor que la de su tasación?; ¿no se ve ya con carteles de arriendo en los grandes centros comerciales algunos almacenes que siempre han tenido interesados? Somos muy chicos en el mundo comercial y todo nos afecta de una manera grave y alarmante; pero si una enfermedad ligera pone á un niño en los umbrales de la muerte, algunas gotas de agua suministradas oportunamente bastarán para curarlo siempre que haya vida y robustez en su propio cuerpo.

A las presunciones anteriores sobre una posible disminución de las rentas del Estado en el año que principia, debemos agregar otra, de carácter más grave aún, y que es muy posible llegue á realizarse. Siempre hemos creído algo ficticia y espuesta á muchos peligros la renta producida por el salitre. El alto precio que el Comité ha fijado á este artículo, es un poderoso estímulo para la competencia: ya se habla de un descubrimiento de salitre en la costa de Chimbote; y creemos que no menos de diez químicos de los más afamados, se ocuparán hoy de abaratar en lo posible la fabricación del sulfato de amoníaco, abono artificial que puede llegar á disputar sus mercados al salitre en un tiempo no muy remoto. La suspensión de la venta del salitre por una guerra europea ú otra causa cualquiera, nos traería perturbaciones gravísimas y difíciles de salvar en nuestros presupuestos.

Un Gobierno está obligado á preverlo todo y á no contar con entradas eventuales para hacer gastos fijos, como el pago de la deuda, los sueldos de los empleados y demás. La paralización de gran parte de estos servicios por causa del agotamiento de las Chinchas, y el deseo de atenderlos nuevamente, en particular el de su deuda externa, hicieron cometer al Perú errores políticos y económicos que lo llevaron al estado de postración en que hoy se encuentra.

¿Se cree acaso que marchamos nosotros por mejor camino? Piénsenlo bien nuestros hombres de Estado y comprenderán la necesidad en que nos hallamos de enmendar el rumbo de la nave

si no queremos llegar al hondo abismo en que se hundieron nuestros desgraciados vecinos.

Un Estado como el nuestro, que sólo vive de contribuciones, debe procurar por todos los medios á su alcance el enriquecimiento de los ciudadanos, á fin de que sus rentas sean seguras, crecientes y capaces de resistir cualquier contratiempo repentino sin menoscabo de los servicios públicos. Y esto es tanto más hacedero en las circunstancias actuales, cuanto que vemos hoy coexistir, de la manera más extraña, un Pueblo pobre con un Estado rico; lo que prueba muy claramente que el Estado no saca hoy sus contribuciones de la renta, sino del capital mismo de los particulares; ó en otros términos, que el Estado se enriquece á costa de la fortuna de los ciudadanos. Cada día se ve enajenar propiedades raíces para vestir una familia, vaciando así gran parte del dinero que se obtiene, en ese descomunal abdomen de la aduana que absorbe siempre sin llenarse jamás. ¡Feliz aquel día en que viéramos reemplazada por otra la más pesada, más mal distribuída y más difícil de cobrar de todas nuestras contribuciones! Además, en un país tan poco poblado como el nuestro, ella ocupa multitud de inteligencias y brazos jóvenes que hacen falta en los ramos de producción, y por otra parte el perfeccionamiento en estos servicios ha sido imposible de alcanzar hasta en las naciones más adelantadas, de lo cual tenemos también nosotros pruebas muy recientes y en extremo lamentables.

Entraremos ahora á manifestar de qué manera podría el Estado, sin menoscabo de sus intereses, operar un cambio lento pero seguro en la economía del país, y llegar hasta influir sobre el mejoramiento de fortuna de todos los ciudadanos. Para realizar esta grande obra tendría que pedir su concurso á esas diversas corporaciones que se distinguen bajo los nombres de Cámara de Comercio, Sociedad de Agricultura, Sociedad Nacional de Minería, Sociedad de Fomento, Instituto de Ingenieros y otras que representan al gremio de artesanos. Todas ellas, compuestas de personas inteligentes, entusiastas y de buena voluntad, llevarían con gusto su valioso contingente á tan patriótica obra, y cada una en el ramo especial á que se ha consagrado.

XVIII

COMERCIO

La Cámara de Comercio se ocupará del estudio de todos aquellos mejoramientos y reformas que convendría introducir en los servicios de aduana, en los transportes de mercaderías por mar y tierra, en los cambios de moneda y en todo lo demás que tenga relación con el ramo comercial.

En el capítulo de contribución de aduanas consideramos dignos de estudio los aforos actuales; y dignos también de introducir en ellos algunas reformas, siempre en el sentido de rebajar mucho los derechos á los algodones y demás artículos de consumo general, y de recargar hasta el exceso las sederías, los hilos puros, las maderas nobles talladas, las porcelanas y cristales finos, y mil otros artículos superfluos y valiosos cuyo consumo convendría restringir.

No habría razón bastante justificada para prohibir la internación en el país de los artículos de lujo, por muy valiosos que ellos sean. Sólo debe procurarse con el alza de los derechos, ponerlos uera del alcance de las mediocres fortunas, que encuentran en ellos su vicio y su perdición. Objetos por lo regular de poco uso y que representan un capital considerable é improductivo, sólo deben ser adquiridos por aquellas personas cuyas rentas son excesivas y sobrepujan ya por mucho á sus necesidades. Estas constituyen, por lo regular, en los pueblos, una nueva aristocracia, la del dinero, que se distingue por el refinamiento de una ostenta-

ción y un lujo que, con frecuencia, no se hermanan bien con el buen gusto.

Los gravámenes de aduana deben también pesar con fuerza sobre aquellos artículos que son de puro placer ó que encierran algún elemento nocivo para la salud. Entre éstos se hallan el *té* y el *café*, que, sin ser materias alimenticias ni saludables, ni siquiera productos del país, les abrimos un consumo que nos cuesta ya más de un millón de pesos cada año.

Pero la cuestión que consideramos más digna de estudio entre las que se relacionan con la Aduana, es la de los derechos que deben imponerse á los artículos análogos á los que se producen dentro del país. Aunque partidarios de la libre internación, creemos que el *proteccionismo* no sólo tiene hoy oportuna aplicación entre nosotros, sino que se impone como una medida imprescindible para la protección de nuestras industrias nacientes. Apenas se concibe que tengan fácil importación, artículos como vinos, aguardientes, vinagres, quesos,ají, dulces, cáñamo, azufre, muebles, carruajes, cemento, plomo, sulfato de cobre y algunos otros que nos llevan dos millones cada año, siendo su producción sencilla, abundante y de buena clase en el país. Honrosos premios han obtenido algunos de ellos en las exposiciones nacionales y extranjeras.

Si un recargo en los derechos pudiera traernos alguna escasez, cierta alza en los precios y obligarnos tal vez á consumir artículos de mediana calidad, estos efectos serían pasajeros y los buenos resultados no se harían esperar: el capital nacional se sentiría estimulado para entrar en empresas lucrativas; y el extranjero, no pudiendo remitir estos artículos elaborados, nos traería sus capitales, sus operarios y sus mismas fábricas al país. Estas industrias tomarían entonces tal desarrollo, que abastecerían nuestro consumo y nos darían luego un sobrante para la exportación.

No á otra cosa deben los Estados Unidos aquella inmensa afluencia de capitales, de obreros y de buenos inmigrantes que tanto han elevado su nivel mercantil é industrial sobre las mismas naciones europeas. Dueños de un suelo rico, han sabido utilizarlo hasta llegar á mantener hoy, con desahogo, una población de más de setenta millones de habitantes; mientras que nosotros, dueños también de un suelo tan rico como aquel, no alcanzamos

á mantener tres millones escasos de estómagos, reducidos hoy á media ración, y amenazados de una miseria que se presenta ya con caracteres alarmantes á nuestras puertas.

Aquella fuerza poderosa auxiliada eficazmente por las medidas de Gobierno, llevó su producción en el 73 hasta el exceso, formándose depósitos de artículos y manufacturas que no encontraban ya colocación ni dentro ni fuera del país. Y ha seguido siempre su marcha de progreso, cuyas muestras exhibe hoy triunfante en ese gran torneo de Chicago.

La exuberancia y la audacia industrial de aquel país, no reconocen ya límites: el exceso de su exportación sobre la importación sube ya á una cifra fabulosa; los cambios internacionales están todos á su favor; los sobrantes en los presupuestos han llegado á formar en sus tesorillos depósitos de pastas metálicas que ya alarman al comercio, y que exigen disminución en los impuestos fiscales; y como prueba de una audacia extremada ¿no se le ha visto mandar fierro manufacturado á la misma Inglaterra? No hace dos meses aún que los cables trasmitían la resolución del Senado de los Estados Unidos, como la última palabra sobre el valor de la plata en todos los mercados del mundo: tal es hoy la supremacía comercial de esta nación sobre todas las demás.

Estos son los prodigios alcanzados por el proteccionismo sobre el sistema industrial de un país. En el tercero y quinto decenio del presente siglo, ensayaron los Estados Unidos algunas teorías del libre cambio aduanero con las demás naciones; pero la manifiesta decadencia del comercio interior que se hizo sentir en ambos casos, los hizo volver á los derechos proteccionistas que rigen hasta ahora. Si las medidas del libre cambio produjeron funestos resultados en un país tan productor y manufacturero como aquella gran república, ¿qué podremos esperar nosotros que tenemos tan poco que mandar y tanto que pedir al comercio extranjero? Si somos partidarios de la libre internación, como ya lo hemos manifestado, es, pues, sólo en el caso que nuestras producciones igualen ó sobrepujen á la internación.

Las partidas que más nos llaman la atención en nuestros actuales aforos de aduana son las siguientes, tomadas de la estadística del 90, que la consideramos como de carácter normal en el país:

IMPORTACIONES EN 1890

Mercaderías	Valores	Derechos
Algodón (tejidos varios)	$ 6.089,639	25 o/o
Almidón	» 24,909	25 »
Azufre	» 117,985	25 »
Aguardiente	» 293,472	$ 4 doc
Ají	» 83,358	25 o/o
Artículos para modistas	» 353,826	35 »
Barajas	» 26,024	35 »
Café	» 407,078	15 »
Cementos	» 382,014	15 »
Carruajes	» 26,293	35 »
Cáñamo (en hilos y jarcias)	» 175,079	25 »
Dulces	» 51,962	35
Flores artificiales	» 27,367	35
Guantes	» 48,056	35 »
Juguetes	» 62,270	35 »
Jabón de olor	» 38,256	35 »
Muebles	» 220,209	35 o/o
Perfumería	» 98,423	35 »
Pianos	» 166,223	35 »
Plomo en barras y planchas	» 23,277	libre
Papel de fumar	» 172,390	35 o/o
Quesos	» 29,396	35 »
Ron	» 8,424	$ 4 doc.
Recortes y tiras bordadas	» 106,045	25 o/o
Sulfato de cobre	» 28,679	15 »
Seda (tejidos varios)	» 486,362	35 »
Terciopelo de seda	» 60,718	25 »
Tripes	» 394,900	25 »
Té	» 779,657 cts.	75 kils
Vinos	» 765,251	varios
Vinagre	» 4,973	25 o/o
Yerba-mate	» 639,870 cts.	6 kils

Creemos que habría conveniencia en rebajar ó suprimir en absoluto los derechos sobre tejidos de algodón, reemplazándolos con recargos proporcionales en el café, té, flores artificiales, artículos para modistas, guantes, juguetes, jabón de olor, perfumería, recortes y tiras bordadas, tejidos y terciopelo de seda, tripes y yerba-mate.

Los demás artículos enumerados, somos de parecer que deben gravarse con derechos proteccionistas; en particular los vinos, aguardientes, cementos, cáñamo, pianos, carruajes y muebles.

Todos estos recargos llenarían con exceso la rebaja que se hiciera en los tejidos de algodón.

XIX

Otra cuestión que consideramos digna de llamar la atención de la Cámara de Comercio, es la relativa á los transportes de mercaderías por mar y tierra, buscando para ambos el mayor abaratamiento posible.

Tratándose de los transportes terrestres, creemos cuestión primordial la de resolver si habría conveniencia en que los Ferrocarriles del Estado pasaran á manos de empresarios particulares, por enajenación ó simplemente por arrendamiento.

Si se llegara á resolver que los Ferrocarriles debían de quedar en manos del Gobierno, se estudiaría entonces la conveniencia de la compra ó de la expropiación de las demás líneas que no le pertenecen.

En uno y otro caso deberá estudiar el sistema de tarifas y pasajes que deben regir más en armonía con la conveniencia general, que es también la del país, que con la producción misma de las líneas, si éstas pertenecieran al Estado.

Y en cuanto á cambio de moneda, la misma Cámara indicará aquellos derechos que convendrá cobrar en oro ó en billetes; y la forma en que el Estado debe hacer sus compras ó ventas de oro en plaza para producir las menos perturbaciones posibles en el cambio.

XX

AGRICULTURA

Este es el tema por excelencia, es nuestro ideal, es el resorte que consideramos más eficaz para llegar á la solución qne buscamos. El comercio, las letras, las artes, la minería, todo cambia, todo envejece, todo muere; sólo la agricultura es estable, imperecedera y siempre generosa para remunerar todo trabajo que en ella se hace.

En medio de esa guerra colosal que sostuvo la Francia con las grandes potencias de Europa coaligadas, el gigante del siglo, aquel hombre de la paz y de la guerra, del talento y del valor, el Emperador Napoleón, decía un día á sus generales que lo rodeaban: «La Inglaterra se ha propuesto arruinar á la Francia, y no lo conseguirá, porque la Francia tiene la riqueza en su propio suelo». Esta gran verdad ha venido confirmándose hasta nuestros días y siempre de una manera constante, asombrosa y casi inverosímil. ¿Conocía acaso la Alemania los tesoros que encerraba su vecina?; ¿no suscribió el patriotismo francés en pocos días diez mil millones de francos para pagar los cinco mil de contribución que se le impuso?; ¿no ofreció rescatar con dinero sus dos provincias cautivas?; ¿qué heridas sensibles han producido en las fortunas de aquel país los fracasos recientes de la Deuda Peruana, del Comité del Cobre y del Canal de Panamá? La liquidación misma de las cuentas, después de las guerras de Napoleón, hizo ver que mientras la Francia quedó gravada con una deuda de diez mil millones de francos, la deuda de Inglaterra subió al do-

ble de esta suma, por el solo motivo de tener que comprar afuera lo que no era capaz de producir su suelo.

Después de tantos contratiempos de fortuna, y después de haber visto acarrear sus tesoros por trenes especiales de París á Berlín, hoy la Francia es el país más rico de Europa, y que más caudales tiene disponibles para la realización de grandes empresas.

Pero se preguntará ¿dónde está el secreto de aquel país para realizar tantas maravillas, mantener tanta población y acumular tantas riquezas en tan corto período de años?

Este gran secreto estriba únicamente en la *subdivisión de la propiedad rural, que pone allí el trabajo al alcance de todos.*

Hé aquí el gran mal que á nosotros nos afecta y que, cual otro pecado original, tuvo su nacimiento en la primitiva distribución de las tierras, siendo después reagravado por la institución de los mayorazgos y por las tendencias propias de nuestra raza.

En efecto: el axioma español de *casa cuanto quepas y campos cuantos veas*, se planteó de lleno entre nosotros, siendo seguido instintivamente por nuestros abuelos, por nuestros padres, y hasta hoy por nosotros mismos. Las supresiones de los mayorazgos y de la Ley de la Alcabala, hechas con los más laudables fines, no han dado sino pequeños resultados, prevaleciendo siempre la tendencia de seguir agrandando en vez de subdividir las propiedades rurales.

Verdadero asombro causa conocer las dimensiones de los fundos que se hallaban vinculados y con prohibición de dividirse por su misma institución. Muchos de ellos comprendían departamentos enteros ó grandes fracciones de provincias; y según la expresión feliz de nuestro pueblo, no faltaba alguno que se extendiese *de mar á cordillera*. De la división de algunos de estos que conocemos, han resultado hijuelas de setecientas y más cuadras, demasiado grandes aún para hallarse en una sola mano.

Las demás propiedades rústicas siguieron el ejemplo de los mayorazgos. Siendo grandes en su origen, se las ha visto ir acreciendo posteriormente; y sólo las dividen por motivos de herencia y siempre lo menos que les es posible. A las puertas mismas de Santiago tenemos la hacienda de San José de Maipo, propiedad municipal que limita al norte casi con la provincia de Acon-

cagua, al sur con la provincia de O'Higgins, al este con la República Argentina y al oeste con haciendas de Santiago.

Los inconvenientes de estas propiedades tan extensas son fáciles de comprender. En la mayor parte de los casos los dueños mismos no conocen sus límites ni las diversas clases de terreno que ellas encierran. Los trabajos se reducen al cultivo de las tierras que rodean las casas y á pocos trechos muy privilegiados que se hallan á mayor distancia. La manera de aprovechamiento de estos terrenos se limita á las siembras de trigos y cebadas; y una pequeña parte se arrienda por cuadras á los cultivadores de legumbres, verduras y frutas. Al rededor de las casas hay por lo común huertos de árboles frutales sólo para el consumo de la familia y, á veces, una pequeña viña vieja, del país, mal plantada y peor cuidada, y cuyo fruto se gasta en hacer chichas, chacolíes y otros licores ordinarios y de poco precio. Las viñas francesas se han extendido poco aún y no producen los vinos necesarios para el consumo del país: su alto precio no los pone al alcance de la generalidad.

En estos cultivos no se hace uso todavía de abonos artificiales á pesar de tenerlos abundantes y á bajo precio en el país. Esto es efecto de la fuerza de hábito por una parte; y por la otra, de la gran extensión de los terrenos que cada uno trata de sembrar. Lo más que se hace para mejorar la calidad de éstos es barbecharlos, es decir, dejarlos descansar un año después de arados y dispuestos para la siembra en el año siguiente.

Los demás terrenos de la hacienda son á veces utilizados en parte con pastos artificiales para engorda; y los demás con pastos naturales de crianza, ó con nada.

Repartidos en todo el campo se hallan los inquilinos que son los que hacen el servicio de la hacienda. En cambio se les da un pequeño terreno de cultivo donde fabrican su rancho de paja para vivir, y también se les permite criar algunas ovejitas y, tal vez, unas cuantas vacas si es mucha la liberalidad del patrón. Estas posesiones pasan con frecuencia de padres á hijos, constituyendo especies de prendas de familia, aunque en terreno ageno. Esto da á esos empleados un carácter particular: obligados á vivir dentro de un terreno que no les pertenece, tienen que ser forzosamente humildes, sencillos, obedientes y sumisos hasta la humi-

llación á esos patrones que, en cierto modo, tienen sobre ellos facultades de vidas y haciendas. Con dolor hemos oído fuera de nuestro país hacer una severa y justa crítica de esta triste condición de la gente del pueblo en nuestros campos, y comparar á los propietarios con aquellos señores feudales que tanta sangre costó á la Francia desarraigar de su bellísimo suelo. Y dicen más: que mientras no desaparezca este orden de cosas, Chile no podrá levantar á buena altura su nivel industrial.

Debemos confesarlo con franqueza: nunca intentamos rebatir estas apreciaciones por encontrarlas perfectamente razonables y fuera de toda discusión. Sin que tengamos un átomo de socialistas, y conocedores como somos de nuestro país, debemos declarar, que entre el hombre del norte y el de nuestros campos del sur, hay tanta diferencia, como entre el cóndor y la paloma, entre el león y el cordero, entre el señor y el siervo.

El hombre del norte tiene la conciencia de lo que vale por su fuerza y por su inteligencia; sabe muy bien que él es el que labra las fortunas, y pide la participación que considera justa. Su tarea es dura, y procura hacerla lo más independiente posible. De aquí los trabajos á contrato, á destajo ó á pirquén, tan generalizados y tan convenientes en las faenas del norte, y que el operario los prefiere á los buenos salarios. En este sistema, ellos aparecen como dueños de la obra, libertándose así de toda odiosa vigilancia; han elevado su nivel casi á la altura del patrón, tratando con él *de hombre á hombre* como se dice vulgarmente; han modificado considerablemente sus hábitos sociales, gustando ya de las comodidades de la vida, y comiendo y vistiendo casi tan bien como los superiores: todo esto tiene ya su orgullo satisfecho, y los induce á poner precio á sus servicios siempre que se ven solicitados.

El inquilino del sur sabe que su primera obligación es la de dar gusto á sus patrón hasta en sus menores exigencias y caprichos; recibirlo en su pobre choza es para él un gran honor; no va á buscarlo á las casas sin un motivo muy justificado y llevando casi siempre algún regalo; y trabaja el año entero con celo y honradez en cuidar y mejorar en lo posible los intereses de la hacienda. Y todo esto en cambio de una miserable choza, de una pobrísima comida y de un escaso vestido para él y su familia.

Así nacen, así viven y así mueren aquellas pobres gentes sin haber conocido más mundo que la hacienda y sin haber ejercitado, por falta de oportunidad, sus fuerzas y su inteligencia sino en trabajos de una importancia secundaria.

Si comparamos ahora los resultados de los trabajos de unos y otros, llegaremos á las siguientes conclusiones: que treinta hombres ocupados en una faena minera ó salitrera del norte, dan productos que pesan mucho en la faena de los negocios, de la fortuna particular ó de la riqueza pública; y son también treinta fuertes consumidores de artículos nacionales y extranjeros. Estos mismos treinta hombres, ocupados en las faenas actuales de una hacienda, producirán sólo para el sostenimiento de una familia con cierto rango en el pueblo y tal vez algo más; y sus consumos pesarán también muy poco en la balanza comercial del país.

También en el servicio militar ¿vale acaso lo mismo un soldado nuevo de los campos del sur que uno sacado de las faenas del norte?; ¿no era el regimiento Atacama el llamado siempre en la guerra del Pacífico á desempeñar aquellas comisiones que exigían mayor fuerza de espíritu y de cuerpo de parte del soldado?

Y no se crea por esto que son séres de distinta raza: unos y otros pertenecen á la misma familia; la misma sangre araucana y española corre por sus venas; son capaces de las mismas pruebas de valor y de patriotismo; y el hombre del norte no es sino el mismo del sur, trasplantado allí, y sometido, por algunos años, á esa nueva escuela de trabajo y de vida para la cual parecen haber nacido todos los chilenos.

XXI

Las consideraciones anteriores deben llevarnos á meditar seriamente sobre la situación actual y las expectativas de porvenir de la gente de trabajo de nuestro país. Empeñados en traer colonos extranjeros, debíamos pensar antes en asegurar nuestra propia gente dispuesta siempre á emigrar en busca de fortuna. Se dice del chileno, como en un tono reprensivo, que es muy aventurero. Y en realidad: nada más fácil que sacar gente de nuestro país; y obsérvese bien para nuestra enseñanza, que esta corriente de emigración tiene siempre lugar de sur á norte, y jamás en el sentido contrario.

Esto habla muy desfavorablemente respecto de la condición de nuestro pueblo en el sur del país; y no debe extrañarse que abandonen sin pesar, y sí con mucho entusiasmo, lugares á donde no tienen una propiedad raíz, ni una vida holgada, y ni siquiera el halago de un mejoramiento futuro. En el norte, por el contrario, encuentra siempre en todas partes trabajo fácil y bien remunerado, y, á veces, también la fortuna. Con hábitos de economía podrían aquellas gentes reunir en pocos años el dinero necesario para hacerse pequeños propietarios en el sur; pero son muy raros los que lo hacen, prefiriendo siempre esa vida llena de comodidades, de sensaciones y de encantos, á las penalidades de la vida del campo que ellos han conocido antes.

Podemos decir de la gente de nuestro pueblo que si bien tiene, por falta de educación, todos los vicios, también es, por naturaleza y por carácter, apta para todas las virtudes; siempre es fácil hacer de un chileno un soldado, un marino, un agricultor, un

minero, un mecánico, un acróbata, un cómico, un artesano cualquiera, y hasta un doctor, si se quiere; y en lo moral, ellos son unidos, patriotas, generosos, leales y mucho más todavía.

Esto hace que sean la codicia de los grandes empresarios que quisieran llevarlos á todas partes. De ellos decía el General Santa Cruz, con humorística exageración, que «él con veinte mil soldados chilenos se pasearía por la misma Europa». Meiggs decía: «que el chileno era el mejor trabajador del mundo, y que sólo necesitaba tres cosas, su *pago á tiempo*, *fréjoles* y *una mano de fierro*»: con este sistema se hizo querer de ellos, lo acompañaron á sus empresas del Perú, y lo habrían seguido hasta la Siberia ó el Japón si hubiera tenido que construir allí un ferrocarril. Pero Meiggs los pagaba, los halagaba, los gratificaba y, en cierto modo, los identificaba con sus mismas obras.

Otro tanto hacen los salitreros y mineros del norte.

¿Y hacen algo parecido á esto siquiera nuestros agricultores del sur?

En consecuencia de todo lo dicho, la costa occidental de Sud-América se hallaba, antes de la guerra, poblada de chilenos que hacían allí todos los servicios de mar y tierra; y grandes esfuerzos se hizo también por llevarlos hasta las mismas obras del Canal de Panamá, con mil halagos, hasta de pagarlos con moneda metálica chilena que se mandaría sellar á Santiago.

La emigración del sur llegó á ser tan numerosa en tiempo del Presidente Errázuriz, que produjo una gran alarma en el país; y el Intendente de Valparaíso entonces, señor Echaurren, con un celo patriótico que lo honraba altamente, llegó hasta dictar medidas que estaban algo fuera del alcance de su autoridad, sólo con el objeto de estorbarla en lo posible.

Posteriormente á esa fecha, nosotros mismos, en marcha para Mollendo en el vapor «Amazonas», tuvimos por compañeros de viaje mil y trescientos operarios enganchados en Valparaíso para las huaneras de Pabellón de Pica. Estos brazos que pierde la agricultura, no los recupera jamás; y si vuelven por una causa extraordinaria cualquiera, como sucedió con la guerra del Pacífico y la última revolución, ellos se regresan á su punto de partida tan pronto como cesa el motivo que los hizo salir de él.

Esto es en cuanto al pasado. Tocante al presente y al porve-

nir, nada vemos tampoco que sea lisonjero para nosotros. Los últimos ensayos que hemos hecho para fomentar la inmigración en nuestro país, han sido desgraciados, costosos y hasta desalentadores. Nada positivo tenemos en el día que ofrecer á los inmigrantes; y los pocos que se deciden á emprender viaje, vienen como simples aventureros á buscar qué hacer. Sólo hemos visto de nuevo en nuestras calles en los últimos tiempos, vendedores de helados al cuerno, de barquillos á la ruleta, de pan de dulce, algunas mendigas criando niños, y unas pocas celdas más ocupadas en nuestras cárceles y cuarteles de policía. Creemos que habría conveniencia en suspender estos servicios mientras llega el tiempo de hacerlos en condiciones más ventajosas, como lo indicaremos más adelante.

Al mismo tiempo consideramos una necesidad apremiante el dictar luego medidas que tiendan á impedir la emigración de nuestra gente en busca de trabajo bien remunerado fuera del país. Y este mal tiene caracteres más alarmantes que los que aparecen á primera vista.

La firme depreciación de la plata y del cobre en los mercados europeos, hacen decaer más todavía la producción de estos metales qne constituían antes la gran riqueza de nuestro suelo. La industria minera en el día tiene una existencia artificial entre nosotros, y debida únicamente á la excesiva baja del cambio. La ninguna expectativa de mejoramiento en este ramo, impide que se busquen nuevos depósitos, y que en las minas se sigan las obras costosas de investigación que siempre se han hecho. En consesuencia, los trabajos mineros puede decirse que hoy marchan *al día*, balanceando sus gastos con sus producidos, y sin abrir muchos campos de labor para el porvenir. Esta situación es, pues, en extremo vidriosa; y la más pequeña circunstancia puede traer á esos negocios complicaciones graves y difíciles de salvar.

Reciente no más está el caso de que la Compañía Inglesa de Panulcillo se viera obligada á parar sus minas y sus hornos, y á dejar sin ocupación tres mil obreros, sólo por una pequeña alza operada en las tarifas del ferrocarril que le presta sus servicios. El comercio de la Serena, de Coquimbo, de Ovalle y demás puntos inmediatos, se sintió justamente alarmado por este hecho: tal es la influencia de un acontecimiento de esta clase sobre la eco-

nomía de toda una localidad. Si estos hechos se repitieran, como sucedería con el mejoramiento de algunos peniques en el cambio, los miles de brazos que irían quedando vacantes, se irían á prestar sus servicios á las salitreras y á otros puntos de la costa del norte, ántes que venir á los campos del sur.

Estos últimos los consideramos todavía amenazados de otro peligro aún más grave, que es el de perder el mismo inquilinaje que hoy tienen. La terminación de una ó más vías férreas trasandinas, traerá una nueva faz para los negocios agrícolas de Chile; y ¡sabe Dios, la influencia que irán á ejercer sobre el valor mismo de nuestras tierras! Es muy seguro que los ramos de ganadería y mucha parte de los de siembra, serán relegados á los campos argentinos; y con ellos se marcharán también todos los inquilinos en busca de mejor vida y de otras expectativas que aquí no tienen. Esto no será la obra de muchos años: en estos tiempos de la electricidad y del vapor se anda muy ligero; y es muy probable que en lo que resta del presente siglo, veamos nuestros campos consagrados únicamenre al cultivo de las viñas, de las arboledas, de los trigos blancos, de las legumbres y de la alfalfa de aprensar ú otros ramos tan notables como estos.

Bueno sería que nos anticipásemos algo á esa época, abriendo luego un horizonte verdaderamente industrial en nuestros campos, y dando en ellos cómoda colocación á los inquilinos ántes de verlos pasar la cordillera por llamado de nuestros paisanos que tanto abundan ya en la provincia de Cuyo y otras de la República vecina.

XXII

Pero al hablar de industrias, con perdón sea dicho, ya nos parece ver fruncir el ceño á nuestros agricultores, y sentenciarnos á una celda del manicomio ó, con más benignidad, considerarnos tras de uno de esos problemas que no han tenido aún solución en nuestras ciencias. Nada de eso: solamente os pedimos con la más sana intención que nos dejéis hablar con franqueza, y que no olvidéis aquello del *camarón que se duerme...*; y tened muy presente que estos axiomas, ó pequeños evangelios como suelen llamarlos, encierran á veces verdades más grandes que el Templo de San Pedro en Roma, ó que la Torre de Eiffel en París.

Al proponer algo que sea verdaderamente práctico y adaptable á las condiciones generales de nuestro país, hemos creído oportuno inspirarnos en el ejemplo de la Francia, que es la nación de Europa que ha sabido elevarse, por su trabajo, á mayor altura industrial y agrícola que todas las demás. Sus terrenos se asemejan mucho á los nuestros; el trigo y el vino son sus principales producciones, lo mismo que en Chile; y es el país con que más congeniamos y que nos domina mercantil, social, é intelectualmente, desde que nacemos hasta que nos vamos de esta pobre tierra. Siguiendo tan hermosas huellas ¿por qué no habríamos de llegar algún día á ese alto grado de prosperidad material, teniendo nosotros igual ó mayor extensión de terrenos cultivables, tantos ríos caudalosos, y aventajándola considerablemente por la bondad de nuestro clima? Trabajemos industrialmente, traigamos buenos maestros y semillas, y el problema quedará resuelto.

Si el gran secreto de la Francia ha consistido en la subdivisión

de la propiedad, imitémosla, y dividamos también esos enormes cuerpos improductivos que se llaman *haciendas* y distribuyámoslas entre mil manos de una manera útil y conveniente para todos.

En Francia la Fortuna Mobiliaria ha permanecido con ciertos defectos de organización hasta nuestros días; de ahí la tendencia del capital á invertirse en la propiedad raiz que ha sido considerada siempre como la verdadera riqueza de aquel país. También han buscado colocación los capitales en las rentas del Estado y en los préstamos hipotecarios; pero lo primero repugnaba á muchos, y lo segundo no estaba exento de temores y peligros. En consecuencia: los fondos acumulados por el ahorro buscaron la misma inversión que los otros capitales, y de aquí la gran demanda y la consiguiente división de la propiedad territorial.

Otro tanto ha sucedido en Bélgica, en Holanda y algunos otros lugares del viejo mundo.

En aquellos países la fuerza de los cultivos ha marchado á la par con la subdivisión del terreno; y sólo así se comprende que siendo tan poblados, produzcan para su abastecimiento y también para la exportación.

La Francia mantiene y da vino barato á cuarenta millones de habitantes; y exporta anualmente para el mundo entero un valor de mil quinientos millones de pesos en licores, vinos y manufacturas, en su mayor parte trabajadas con materias primas del país.

La Bélgica, aunque con un clima frío, aprovecha bien sus tierras; es esencialmente agrícola y manufacturera; y á pesar de los estrechos límites de su territorio, proporciona vida holgada á seis millones de habitantes y hace cada año una buena exportación.

La Holanda, con ese suelo estrecho, húmedo, de difícil cultivo y disputado por el hombre á las aguas del mar y de los ríos, ha desarrollado bastante su agricultura y su comercio, mantiene cuatro y medio millones de habitantes, y le queda un sobrante de ganado que manda á sus vecinos.

Chile, con un territorio cultivable tan grande como el de la Francia, quince veces mayor que el de la Bélgica, veinte veces superior al de la Holanda, y capaz de dar las más ricas producciones, no proporciona alimento, bebida ni trabajo á tres millones de habitantes; y tiene que pedir cada año al extranjero cinco millones de pesos en azúcar, cuatro y medio millones en carne, un

millón en vinos y licores, y otras sumas considerables en víveres de varias clases.

Creemos que todos estarán de acuerdo con nosotros en que un fenómeno tan extraordinario merece un estudio muy detenido.

Ya oímos que se nos replica con aire de triunfo que *todo es efecto de nuestra falta de población.*

Para contestar este argumento, ya tan vulgar, comparémonos ahora, para nuestra vergüenza, con la humilde Suiza, que tiene los mismos dos millones y novecientos mil habitantes que nosotros; pero su territorio comprende sólo una superficie total de cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados, siendo el de Chile de setecientos cincuenta mil ó sea dieziocho veces mayor que aquél. País bastante frío en invierno y dominado, en su mayor parte, por las ramificaciones de los Alpes, cuyos picos principales pasan de cuatro mil metros de elevación. Para muchos de sus cultivos necesita elevar las aguas por medio de máquinas desde el fondo de sus valles; la ganadería y los renombrados quesos constituyen sus principales producciones; y como industria fabril, la relojería está allí muy adelantada. Pues bien, con tan pobres elementos, aquellos seres son diez veces más felices que nosotros: viven confortablemente; y han logrado realizar casi tantos kilómetros de vías férreas y de telégrafos como todo Chile, y hasta ascienden algunas de sus principales alturas en trenes á vapor perfectamente bien administrados. ¿Y el secreto de este prodigio? El mismo que el de los franceses: el trabajo de todos y la subdivisión del terreno.

XXIII

Entremos ahora á comparar la manera cómo se halla distribuida la propiedad rural en Chile y en otro de los países citados. Tenemos como superficies totales y cultivables de éstos las siguientes:

Países	Superficies totales Kilóms. cuads.	Superficies cultiv. Kilóms. cuads.	Hects.
Francia.....	528,572	300,000	30.000,000
Bélgica.....	29,455	20,000	2.000,000
Chile.....	750,000	300,000	30.000,000

Estos terrenos se hallan divididos (1) en *nueve millones* de partes en Francia, en *seis millones* en Bélgica, y en sólo *sesenta mil* partes en Chile. Luego, la propiedad tiene por término medio: tres hectáreas y un tercio en Francia; un tercio de hectárea en Bélgica; y quinientas hectáreas, ó sea, trescientas treinta y tres cuadras españolas en Chile.

La crecida demanda de terrenos llevó la subdivisión en Francia hasta el exceso, de tal manera que el valor de la propiedad sobrepuja hoy al que debía corresponderle por su producción. Este vicio ha llegado ya hasta suscitar dificultades á los cultivos serios en aquellos campos. Agotados los terrenos, los capitales franceses tendrán forzosamente que invertirse en bienes mobiliarios, ó buscar colocación fuera del país.

(1) Nos atenemos para este cálculo á datos recientemente publicados por no tener á nuestro alcance las fuentes originales.

¡Cuán distinta cosa sucede entre nosotros! En vez de buscar el capital los propietarios por la subdivisión y aumento consiguiente del producido de sus terrenos, los hipotecan en un cuerpo, y el dinero obtenido lo invierten en otros negocios, y no pocas veces en comprar tierras vecinas para acrecer su misma hacienda ya demasiado grande.

Esta mala distribución de la propiedad territorial en Chile, nos da la explicación de muchos fenómenos verdaderamente anómalos, extraños al parecer á nuestro carácter mismo, y que, en realidad, no son sino consecuencia natural de este defecto, que es el único origen de nuestras desgracias.

La concentración de la fortuna en tan pocas manos, trae como primera consecuencia aquel contraste, tan chocante en nuestros pueblos, entre el que tiene mucho y el que no tiene nada; entre el que vive bien sin trabajar y el que tanto trabaja para vivir; y que no obstante, ambos son obligados á vivir juntos y á someterse á las mismas costumbres. Si algo de esto sucede en todas partes, en ninguna la desigualdad es más monstruosa y menos justificada que en Chile, donde hay riquezas para todos sin tener que despojar á nadie de lo que legítimamente le pertenece.

Hallándose nuestro territorio dividido en sesenta mil partes, son sesenta mil personas solamente las poseedoras de la verdadera fortuna, sesenta mil los dispensadores de fondos, y un millón, á lo menos, los que lo solicitan para el trabajo: de aquí el despotismo del capital y su tendencia á buscar colocación en la usura antes que en los ramos industriales. Esto no es la obra del capricho, sino la consecuencia natural del mismo orden de cosas que hoy existe entre nosotros. Los propietarios buscan para sus ahorros aquellas colocaciones que siendo bastante productivas, son, más que todo, seguras y fáciles de administrar. De aquí la tendencia del capital á buscar las instituciones bancarias antes que las industriales, que desconocen y las creen trabajosas, inseguras y de muy dudosos resultados.

Hay todavía otra razón más poderosa que las anteriores. Hallándose el dinero en pocas manos, tiene que ser considerable la cuota que cada uno está obligado á subscribir cuando se trata de la planteación de algún establecimiento industrial de cierta importancia. La industria no prosperará, pues, entre nosotros,

mientras no subdividamos la propiedad, para obtener así, por pequeñas cuotas, el capital necesario, como se hace hoy en todos los países manufactureros y empresarios del mundo.

Es verdad que el orden de cosas á que hemos hecho referencia nos ha traído, como consecuencia inmediata, el desarrollo de la minería y las grandes riquezas que de ella hemos obtenido. El anhelo por la propiedad, hizo que los que nada poseían en el sur se marcharan al norte, donde, por disposición del Código de Minas, bastaba una hoja de papel para convertirse en propietario. Pero en nuestras apreciaciones no deben entrar las minas, por ser una propiedad en cierto modo ficticia, y no constituir una fuente segura de riqueza como la agricultura. La minería es una industria del país que merece todo género de protección de parte del capital y de las autoridades; pero no aconsejaríamos á una familia se fuera á vivir á un suelo árido y á buscarse la subsistencia en el trabajo de una mina. No obstante: el atractivo de la propiedad es tal entre nosotros, que es más difícil sacar á un hombre de las incultas serranías del norte, donde es dueño de una pobre mina, que de los fértiles campos del sur donde nada posee.

XXIV

La manera de aprovechamiento de los terrenos deja también mucho que desear en nuestro país. Extendiéndose Chile desde el grado 17 hasta el 56 de latitud sur, tiene casi todos los climas y los productos que á éstos corresponden. Las zonas de cultivo son ya bien definidas; y sin embargo los trabajos abarcan hoy extensiones relativamente pequeñas. En las provincias del norte, los cultivos se limitan á las márgenes de los ríos. En las del centro, comprenden todo el llano intermedio, los valles transversales y gran parte de las cordilleras de la costa; solamente los valles de los Andes permanecen incultos. Y en fin: desde el grado 38, ó sea, desde la provincia de Arauco hacia el sur, no se ve tierras labradas sino de trecho en trecho, y en medio de aquellas selvas casi impenetrables. En muchos puntos importantes de la mejor zona agrícola del país, los bosques naturales ocupan todavía buenos lienzos de terreno que convendría ya entregar al cultivo.

Los vejetales arborecentes y herbáceos, propios de la región cultivable del que se ha dado en llamar El Viejo Chile, auguran un porvenir altamente lisonjero para nuestro país.

Arboles para madera.—Entre los árboles indígenas que suministran buenas maderas de construcción, se cuentan como los principales: el roble, el ciprés, el alerce, el cohihue y el laurel; y para maderas de ebanistería, el algarrobo, el litre, el guayacán y el raublí.

Como árboles exóticos, son de fácil cultivo el nogal, el acacio, el álamo y la encina.

El nogal crece fácilmente hasta alcanzar notables dimensiones entre los grados 32 y 35, es decir, desde Aconcagua hasta Talca.

El acacio, que crece en las tierras más áridas y exige poca agua, se usa para fabricar carruajes, y se ha aclimatado muy bien en las provincias centrales.

El álamo italiano, muy abundante hoy en las provincias intermedias, se cría bien y suministra casi todas las maderas para las construcciones ligeras.

La encina crece con notable rapidez, muy principalmente en las provincias de Santiago, O'Higgins y Colchagua. Es el árbol que convendría más para repoblar las partes ya arrasadas de la costa entre Valparaíso y el Maule.

El olmo se cría perfectamente en Chile y da una madera preciosa por su resistencia y elasticidad.

El castaño es también árbol que merece ser objeto de grandes plantaciones por su fruto y por las notables cualidades de su madera. Más que el valle central, convienen para su cultivo las colinas graníticas de la costa.

Arboles para frutas.—En árboles frutales no poseía Chile originariamente sino el piñón, el avellano, el covile, el maqui y las vainas azucaradas del cohihue; pero hoy tiene casi todos los frutos de Europa y algunos de los trópicos. El naranjo, el limonero, el cidro, el granado se crían muy bien en las provincias del norte y hasta la de Talca, en el valle central y en los transversales. En la misma zona se cría muy bien el olivo, que podría formar una gran fuente de riqueza si se cultivase en grande para la fabricación del aceite.

La higuera se da bien en Chile hasta en la provincia de Atacama: se la ve desde la costa hasta la altura de 1,300 metros. Da dos frutos exquisitos, haciéndose con el segundo, después de seco, un comercio considerable.

A estos árboles oriundos del mediodía de Europa y Asia, debe agregarse dos especies propias de la América tropical: el chirimoyo y el lúcumo. Estos árboles no se crían más allá del grado 34, ó sea de la provincia de Colchagua; pero sólo dan buen fruto en lugares abrigados y húmedos como Quillota y la Ligua.

Los árboles frutales de las regiones templadas de Europa, se cultivan principalmente en las provincias del centro y sur de

Chile. El durazno ó melocotón es uno de los primeros introducidos aquí, donde se ha multiplicado de un modo extraordinario: su fruto es excelente, y gracias á sus muchas variedades, se puede cosechar desde diciembre hasta marzo. Se hace de él ya un buen ramo de negocio secándolo ó poniéndolo en conserva.

El albaricoque y el almendro crecen perfectamente en las provincias centrales. El manzano, el cerezo y el ciruelo pueden extenderse más hacia el sur hasta el grado 42, ó sea la provincia de Llanquihue, donde se producen bien.

El peral, el manzano y el membrillo se crían igualmente en las provincias del centro. El cultivo de las variadas clases de peras se ha extendido mucho en Santiago, donde se producen de muy buena calidad. El manzano, mejor que en el norte se da en el sur, donde se ha multiplicado de una manera extraordinaria, no sólo en los lugares habitados sino también hasta en el interior de los bosques: la manzana de estos árboles silvestres se emplea sólo para fabricar cidra; pero las de los árboles cultivados son hermosas y excelentes, sobre todo las de Valdivia y Llanquihue.

Viñas.—Éstas se crían en Chile desde el valle de Copiapó hasta el Bío-Bío; pero la calidad de sus productos varía considerablemente con la latitud; y bajo este punto de vista hay pocas regiones que puedan ofrecer tan gran variedad de vinos. En las provincias de Atacama y de Coquimbo, las variedades del mediodía de Europa son las que mejor éxito tienen y las más apropiadas para vinos generosos, como el Oporto y el Jerez. En las provincias de Aconcagua y de Santiago, se dan muy bien las plantas de Bordalés y de Borgoña, siendo estas especies las que forman hoy la base de las grandes exportaciones vinícolas. Sin embargo tienen que luchar con dos dificultades. Donde las lluvias son escasas, las viñas no pueden crecer sin riego; la abundancia de agua aumenta la producción pero perjudica la buena calidad del vino; y por otra parte la frescura de las noches retarda la madurez de la uva, impidiendo así el desarrollo de la materia sacarina.

La parte de Chile de donde se puede sacar mejores vinos, es aquella donde la viña puede crecer sin riego, como es la zona comprendida entre los paralelos 35 y 37. Los cambios de temperatura son en ellos menos bruscos; en los parajes al abrigo de los vientos del sur, la uva se desarrolla con mucha rapidez, como su-

cede en los valles del Maule y del Itata, ya famosos por la excelente calidad de estos productos.

Dice el señor Pissis, de cuya Geografía Física de Chile, fuente la más autorizada, extractamos todos estos datos, lo siguiente: «La uva no se emplea sólo en la fabricación del vino, pues los valles del Huasco y de Coquimbo producen pasas superiores á todas las especies conocidas. Estas uvas, secadas al aire libre y sin ninguna preparación, conservan su color, transparencia y todo su aroma. Si tomara esta industria más desarrollo, no cabe la menor duda que sería para aquellas provincias una verdadera fuente de riqueza; pero hasta ahora los productos que ha dado bastan apenas para el consumo de Chile, y no se conocen en los mercados extranjeros.»

Lo mismo que los árboles frutales, posee Chile todas las plantas cultivadas, y éstas, con la diversidad de climas, hallan todas las condiciones necesarias para su desarrollo; pero la base de las grandes culturas la forman los cereales, las papas, los fréjoles y la alfalfa. Los cereales que se cultivan en grande escala son: el trigo, la cebada y el maíz.

Trigo. Se cría muy bien desde el grado 30 hasta el 40, es decir, desde Coquimbo hasta Arauco inclusive. Pero su cultivo es muy limitado en el norte por los riegos que necesita y depende, por consiguiente, de la cantidad de agua de que puede disponer cada localidad. La siembra se hace generalmente en junio y julio, después que las primeras lluvias han humedecido la tierra; y las cosechas en enero y febrero. En las provincias de Aconcagua y Coquimbo es donde el rendimiento es mayor: las buenas tierras producen de 18 á 20 por uno; pero á medida que se avanza hacia el sur, la producción disminuye, siendo sólo de 8 á 10 en los mejores puntos de la provincia de Concepción.

En el sur de la provincia de Aconcagua conserva el suelo en algunos puntos bastante humedad para poder prescindir de los riegos, como sucede en las vertientes de las montañas y en las serranías de la costa: el rendimiento es allí menor; pero los producidos ganan en calidad, porque faltando las malas yerbas que llevan consigo las aguas de los riegos, crecen los cereales más espesos y contienen menos semillas extrañas.

El trigo se cultiva al sur del grado 40, en los departamentos

de Valdivia y Osorno; pero las cosechas son allí inciertas porque la abundancia de lluvias impide muchas veces la madurez.

En fin, cerca del grado 42 el tallo se queda herbáceo y el grano no puede formarse, lo que equivale á decir que aquel es el límite de la cultura de este cereal.

Cebada. Esta se cría, más ó menos, en los mismos lugares que el trigo; pero prospera en el sur algo más que éste.

Maiz. Éste, al contrario, no pasa mas allá del grado 36, ó sea, la provincia del Maule; en las inmediaciones de Concepción se da ya muy mal. Donde más prospera es en las provincias de Coquimbo, Aconcagua y Santiago, llegando á tener allí los tallos dos metros de altura.

De algunos años á esta parte se ha introducido el cultivo de la avena y del alforfón en las provincias de Valdivia y de Llanquihue. Estos dos cereales se crían allí bastante bien, sobre todo el último, que parece que no sufre con la continuación de las lluvias.

Papas. Después de los cereales ésta ocupa el lugar preferente en los grandes cultivos; y aunque se cría bien en todas partes, en el sur es donde estos tubérculos alcanzan toda su perfección. Las de Valdivia y Chiloé gozan de una justa celebridad, y puede decirse que *la papa está allí en su tierra.*

Esta planta, cuyo origen ha sido incierto durante mucho tiempo, se cría actualmente en diversas partes de América, sobre todo en la región media de los Andes, donde se la encuentra silvestre, tanto en Chile como en Bolivia. Las plantas en su estado natural no producen sino tubérculos muy pequeños; y sin duda á la cultura (conocida ya en tiempo de los Incas) se debe el mejoramiento de sus especies, varias de las cuales conservan aún el tipo primitivo, como son la papita dulce de Valdivia y la papa violeta de Bolivia.

Fréjoles. Estos son también objeto de grandes cultivos y forman el primer alimento de los habitantes de los campos. Su producción tiene principalmente buen éxito en las provincias del norte y del centro. Las heladas tardías que se dejan sentir con fuerza al sur del grado 36, hacen allí algo incierta la cosecha y los reemplazan por las arvejas, que resisten más las heladas.

También se producen bien en Chile la garbanza y la lenteja, esta última la más alimenticia de las materias que se conocen.

Alfalfa. Es la única planta forrajera que tenemos en Chile y cuyo cultivo alcanza cada día mayor extensión, desde que se introdujeron las máquinas segadoras. Limitada en un principio al consumo de las grandes poblaciones, es hoy un ramo importante de comercio. Secada y aprensada, se la envía á toda la costa del norte, donde constituye, con la cebada, el alimento de los numerosos animales empleados en el laboreo de las minas y en el transporte de las mercancías á distancias de la costa. Donde este cultivo ha tomado mayores proporciones es en las provincias de Aconcagua, Santiago y Colchagua; en las demás pace el ganado en las praderas naturales. La suavidad del invierno y la gran extensión de los campos hacen inútil la cosecha del heno; y como la vejetación no se halla nunca enteramente suspensa, los ganados encuentran siempre qué comer. Por esta misma razón los forrajes-raíces son aquí casi desconocidos; en las provincias del sur la quila que crece en las orillas de los bosques les suministra abundante pasto todo el año.

Hortalizas. Las plantas de hortaliza se crían perfectamente en todo Chile. Las sandías, los melones, los zapallos, se cultivan en grande escala en las provincias del norte y del centro. Vienen en seguida el espárrago, la alcachofa, la col y la lechuga. Estas últimas se crían también, y aún de calidad superior, en Punta Arenas, á 53 grados de latitud sur.

Las plantas industriales que se cultivan en Chile son aún poco numerosas, siendo el cáñamo y el lino las únicas que se producen en regular escala. El cáñamo se cría perfectamente en las tierras ricas y profundas del valle longitudinal, sobre todo en Aconcagua. El lino, cultivado principalmente como planta oleaginosa, se cría bien en las provincias del sur, donde crece naturalmente, pero hasta ahora no se le ha cultivado como planta textil.

Varios ensayos hechos para cultivar el algodón han demostrado que esta planta se cría muy bien en toda la parte de Chile situada al norte del grado 33.

Ninguna otra planta oleaginosa, excepto el lino, se ha cultivado aún en Chile; y los aceites de alumbrado se sacan muy principalmente de las semillas que se distinguen con los nombres de navo y rábano, que se producen espontáneamente en los barbechos.

La remolacha no se cultiva aún más que como planta de hortaliza, y su producción sería de la mayor importancia en Chile, donde el consumo de azúcar es considerable. A pesar de que los dos ensayos que se han hecho para la fabricación del azúcar no han dado buenos resultados (1), no hay que deducir por eso que esta industria no conviene en Chile, pues la remolacha es aquí á lo menos tan rica en azúcar como en las regiones más privilegiadas; pero las dos condiciones para tener un buen éxito en la fabricación del azúcar, como la elección de un terreno adecuado y la época oportuna de la cosecha, han sido siempre descuidadas.

Aunque en Chile no se cultivan plantas tintóreas, pueden, no obstante, ser buenos ramos de exportación la corteza del quillay y las plantas ricas en tanino, que se producen expontáneamente.

En fin, Chile produce multitud de plantas de las cuales se hace uso diariamente en la medicina.

(1) Un tercer establecimiento, aunque más en pequeño, planteado en Los Guindos por los señores Matte, parece que ha sido más feliz, pues continúa funcionando con cierta regularidad.

XXV

En cuanto á la fauna de Chile, lo único que interesa para este trabajo es la de los animales y aves domésticas.

Animales. Entre los más útiles de los introducidos al país, se cuentan el toro, el caballo, el asno, el carnero, la cabra, el cerdo y el conejo. Sólo omitimos el perro por no ser comerciable.

El toro, animal tan útil para la agricultura, se cría bien en Chile desde Atacama hasta la Tierra del Fuego. Vive bien suelto en los campos, á causa de la suavidad del clima; y se propaga mucho, principalmente en el sur, donde la humedad del clima conserva en buen estado excelentes pastos. Los más corpulentos son los de Valdivia y Llanquihue.

La producción de ganado excedía mucho, antes, á lo que Chile podía consumir: hoy tiene que introducir fuertes cantidades de la República Argentina para proveer la costa del norte.

Casi todos los caballos de Chile son de raza andaluza y algo modificados por el clima que los ha hecho más fuertes: un caballo chileno hace con facilidad, en el día, una jornada de veinte leguas por terreno algo escabroso. El del norte es más resistente que el del sur. En los últimos años se han introducido en Chile el caballo inglés y el percherón, muy útil este último como animal de tiro.

La mula y el asno abundan en el país, y prestan buenos servicios principalmente en los minerales.

El carnero se introdujo en Chile en la época del descubrimiento. Daba antes lana muy ordinaria; pero posteriormente ha mejorado esta mucho con la mezcla del merino y del Rambouillet.

La cabra se cría bien en Chile: no requiere ningún cuidado y aprovecha los arbustos que se crían en los terrenos más áridos. Es en el norte la compañera inseparable del hombre que utiliza su leche, su carne y su piel. Convendría introducir en Chile las especies que dan las hermosas lanas del Thibet y la Cachemira.

El cerdo existe en Chile desde los primeros tiempos de la conquista. Su carne es muy estimada; y en ciertas localidades del sur, como la isla de Chiloé, vive casi en estado salvaje y es el principal recurso de los habitantes.

El conejo no se conoce en Chile sino en el estado doméstico. Se propaga extraordinariamente y puede sacarse de él mucho provecho.

La mayor parte de las aves domésticas de Europa, la gallina, el pavo, los patos, el ganzo, las palomas, están muy esparcidas en Chile. Hay también algunas gallinas de la China. Entre las especies que convendría aclimitar, debe citarse al faisán y á la pintada; sobre todo esta última, oriunda de Africa, sería un recurso para las provincias del norte donde la gallina resiste poco á la acción prolongada del calor y de la sequía.

Hace pocos años que Chile ha adquirido dos insectos útiles: la abeja y el gusano de seda.

La abeja está hoy muy propagada; da bastante miel y cera para hacer un regular comercio de exportación. La suavidad del invierno y la abundancia de las flores favorecen mucho la apicultura en el país.

El gusano de seda no ha tenido tan buen éxito: los capullos son pequeños y la seda de mediana calidad; pero esto depende, quizás, de las localidades donde se han hecho las primeras pruebas. En la llanura de Santiago, situada á 600 metros sobre el nivel del mar, el aire es muy seco, las hojas del moral pierden su agua de vegetación, y no pueden suministrar sino un alimento de mala calidad. Las provincias del sur, principalmente las del Maule y Concepción, serían bajo este punto de vista mucho más favorables; la frecuencia de las lluvias mantendría una humedad conveniente, y no siendo necesarios los riegos, costaría mucho menos el cultivo de la morera.

XXVI

Hemos considerado necesaria esta ligera revista de la flora y de la fauna chilenas para hacer una comparación entre el estado actual, nada satisfactorio, de la agricultuaa de Chile, y las brillantes espectativas que nos ofrece para el porvenir.

Siendo tan vasta la región cultivable de nuestro territorio, y tan variados y tan nobles los producidos que de él pueden obtenerse, nuestras cosechas son pequeñas y muy limitado el número de artículos que las componen. Estos se reducen á trigo, cebada, lanas, miel, cáñamo, algarrobillo, papas, ají, quesos, legumbres, vinos y animales vacunos y caballares.

Pero, doloroso es decirlo, aún de estos pocos artículos no obtenemos siquiera lo bastante para nuestro propio abastecimiento, y tenemos que pedir al extranjero, cerca de un millón de pesos en vinos y licores, cuatro y medio millones en ganado, ochenta y tres mil pesos en ají, veintinueve mil en quesos, ciento sesenta y cinco mil en cáñamos y todavía algunos miles en trigos, harinas y cebada. Agregando el azúcar, que podría producirse en grande escala en el país, la estadística nos hace las tristes revelaciones de que hemos pedido al extranjero en materias alimenticias nueve millones y medio en 1885 y más de diez millones en 1887. Y se dice desde los asientos de la Cámara que nuestra agricultura prospera. ¡Sí! De este progreso á la mendicidad no hay más que un paso.

Veamos ahora lo que la reina de nuestras industrias nos da para la exportación:

	1885	1886	1887
Animales cabalgares. .	$ 87,230	9,520	5,230
Algarrobillo.	21,949	149,347	50,690
Ají en calabazos. . . .	8,448	49	
Id. en vainas.	11,056	2,357	14,464
Cebada común. . . .	217,031	341,699	173,743
Cáñamo en bruto. . .	7,802		
Harina flor	369'404	407,311	196,347
Huesos de animales. .	17,915	10,362	15,674
Lana común.	224,564	650,380	395,616
Id. mestiza.	2,981	74,273	12,000
Id. merino.	128,319	81,574	71,914
Miel.	105,572	118,660	69,032
Trigo	3.971,846	4.886,390	5.693,337
—	—	—	—
—	—	—	—
—	—	—	—
—	—	—	—
Totales	$ 7.927,346	$ 9.710,747	$ 9.369,247

Resultado: que todo lo que exporta la agricultura no alcanza para pagar al extranjero lo que le pedimos para completar nuestro pobre rancho. ¡Y nos sorprendemos de tener el cambio á doce peniques!

Si queremos, de paso, tener también una idea de la fuerza manufacturera de nuestro país, quitando el artículo suela, la exportación de productos fabriles de Chile fué en los años citados:

	1885	1886	1887
Manufacturas. . . .	$ 77,452	$ 66,521	$ 46,081

¡Y no queremos que nuestros obreros pidan protección!

¿Queréis ahora saber lo que da para la exportación el trabajo de los desheredados de la fortuna, de esos locos y aventureros del norte, incluyendo también aquellos campos de salitre mirados con tanto desdén por nuestros capitalistas? Tuvimos en esos mismos años:

1885	1886	1887
$ 39.764,702	$ 37.869,630	$ 44.786,449

La cifra de la agricultura, que debía, pues, figurar en primera línea, sólo representa una sexta parte del total de nuestras exportaciones. ¿Y nuestras manufacturas? Uno en ochocientos ¡¡ó nada!!

XXVII

La manera de sacar á la agricultura de la infancia ó postración en que se halla, y de elevarla á la altura que merece como industria chilena, no es otra que la de *subdividir la propiedad y llamar á todo el mundo para su cultivo.*

La demasiada extensión de las heredades impide toda proligidad, toda atención especial á los diversos ramos de cultivo de que son susceptibles. Visitantes de los laboratorios químicos, muy rara vez hemos visto ensayar tierras vegetales; lo que nos autoriza para creer que serán muy pocos los propietarios que conozcan las riquezas en materias azoadas, fosfatadas, calizas, albuminosas y arenáceas de los diversos terrenos de su hacienda. Por regla general: los viñedos y arboledas se colocan al lado de las casas; y las siembras de cereales y de alfalfas se distribuyen como mejor cuadra al administrador ó al dueño de la hacienda. El mayor interés consiste en que la siembra sea lo más extensa posible, aunque no haya tiempo ni personal bastante para regarlas, desmalezarlas ni atenderlas como es debido.

Esta misma extensión ha impedido hasta ahora el uso de los abonos, tan abudantes y variados en el país, y que tanto enriquecen las tierras. Y en realidad es imposible emplear éstos en tantos centenares de cuadras de terreno mal nivelado y mal preparado para la siembra.

Las ventajas de la subdivisión se han hecho notar siempre, aún sin llevar los cultivos á tales grados de perfeccionamiento. Las hijuelas en que las haciendas se dividen producen siempre más, y, á veces, diferencias considerables con lo que producían cuando

se hallaban en un cuerpo. Esta no es la obra de los abonos, sino de la mayor atención de los mismos cultivos que antes se hacían. El dueño conoce ya bien su propiedad y puede atender fácilmente odos sus trabajos. Pero de aquí al perfeccionamiento hay todavía mucha distancia.

Este no se alcanza sino llevando más allá la subdivisión. Las hijuelas de quinientas cuadras darán, proporcionalmente, más que la hacienda de seis mil; las de cien darán también, en proporción, más que las de quinientas; y así irá creciendo el rendimiento á medida que va disminuyendo la extensión del terreno que labramos. No teniendo todavía entre nosotros el terreno la excesiva demanda y el alto precio que ha alcanzado en Francia, no habría necesidad de llevar á tal extremo la subdivisión. También podría variar la extensión de la propiedad con la clase de cultivo de cada lugar: así, más terreno necesitaría el que va á dedicarse á trigos, cebadas, cáñamo, linaza, morera ó maíz, que el que ponga viñas, árboles frutales, tabaco ú otras especies igualmente laboriosas y de difícil cultivo. Como un término medio creemos que se podría adoptar el de *diez hectáreas*, o sea, próximamente, siete cuadras superficiales de nuestra vieja medida. Consideramos que esto sería bastante para la labor, la subsistencia y el porvenir de una familia.

Esto parecerá algo exagerado, acostumbrados, como estamos, al vicio del terreno. Sin embargo, sin salir de la América latina, en el pueblo de Arequipa hemos visto, en parte, realizarse esta teoría y con resultados bastante lisonjeros. La propiedad es allí muy reducida pero bien cultivada.

Veinte topos (4 cuadras) de terreno bastan en aquel lugar para sostener una familia. Los cultivos se suceden con rapidez unos á otros; mientras se levanta una cosecha, se está preparando el te rreno para poner otra semilla distinta; y, cosechada ésta, se suele poner una tercera. A favor, pues, de la bondad del clima y del terreno y también de la abundancia de las aguas y del uso constante de los abonos, esas tierras dan dos y á veces tres cosechas en el año sabiendo combinar las semillas que se plantan.

Hace algunos años don Silvestre Ochagavía, rico propietario de los alrededores de Santiago, entregó al ciudadano francés señor Bertrand, agricultor inteligente, 18 hectáreas de terreno para

su labranza. Aquella pequeña heredad se convirtió luego en un verjel: viñas, hortalizas, esparragueras, planteles de oblón, de mimbres, colmenas y muchas otras cosas tuvieron allí su instalación y su esmerado cultivo. La plaza de Santiago veía llegar diariamente de ese punto un carretón cargado de las más exquisitas verduras; y al fin del año se hacía la cosecha de los vinos, de la miel y de la cera, del oblón y de muchas semillas. La fabricación de orejones, de pasas de ciruela Reina Claudia, de canastos de mimbre y otras pequeñas industrias tenían su lugar allí. De esta manera, aquella pequeña extensión de terreno daba subsistencia y trabajo á muchos seres; suministraba dinero diariamente; y al fin del año su producción total resultaba ser superior á la del resto de la propiedad que era bastante extensa.

En pocos años, el señor Bertrand se volvió con la familia y rico ya, á su país natal. Habiendo empleado allí la fortuna en malos negocios de otro género, regresó á Chile y arrendó otras doce cuadras de terreno algo abandonado, camino de Pirque, á cuatro kilómetros de Santiago, de propiedad de don Desiderio Pérez, y por un canon muy subido para la época. Volvió á plantar viña y hortaliza y se hizo rico nuevamente. Tal es el camino para tener la subsistencia segura y llegar á la fortuna.

Para comprobar una vez más lo que produce un ramo pequeño de cultivo bien atendido, nos bastará citar lo que decía hace poco un comerciante notable: «que en un año le había producido más su jardín de Viña del Mar que su almacén de Valparaíso.»

Un pequeño lienzo de terreno que hemos visto plantado de hortaliza al lado de la misma población de Viña del Mar y regado á mano, con agua de pozo, producía, según se nos dijo, á razón de dos mil pesos por cuadra. Y no hay que extrañarlo desde que la acelga se cosecha allí cada ocho días, los rabanitos cada quince, y así en lo demás, y todo con excesiva demanda.

La cercanía de las vías férreas y de los grandes centros de consumo, hacen, pues, inmensamente productivo este ramo de cultivo, con tal de tener al especialista y de realizarlo en participación con él.

XXVIII

La manera de halagar á todo el mundo para que se dediquen á este género de trabajo, nuevo entre nosotros, será hacerlos á todos propietarios y procurarles los elementos que necesiten para su instalación y primeros cultivos. Y creemos que esta es una obra fácil de realizar para el Gobierno y de grandes provechos para los propietarios y los capitalistas.

El gran secreto consistirá en realizar en los campos lo que, con tan buen éxito se está haciendo en los terrenos urbanos: dividirlos en pequeñas secciones y vender éstas para ser pagadas en condiciones hipotecarias, á largo plazo y con derecho á rescate.

Habrá en esto un buen negocio para ciertos propietarios que subdividan algunos lienzos de terreno para venderlos bajo estas condiciones; y para los capitalistas que quieran realizar buenas ganancias, y constituir rentas seguras y á largo plazo.

Para llegar á estos resultados, es preciso dictar medidas gubernativas que tiendan á estimular la subdivisión de la propiedad, á facilitar el trabajo á los nacionales y á obtener de una manera eficaz la inmigración útil y voluntaria.

Este es un punto muy digno de estudio para la Sociedad de Agricultura.

Por nuestra parte, creemos que no debe buscarse tal estímulo en la reagravación de los impuestos territoriales hasta hacerlos excesivos en los fundos que pasaran de ciertas dimensiones.

Estos medios compulsivos é irritantes, no pertenecen á nuestra escuela.

El camino que consideramos más corto y más conducente á

tales fines, sería el de crear bajo el patrocinio del Gobierno, un banco especial ó, simplemente, una sección más en la misma Caja Hipotecaria.

Esta nueva institución tendría por objeto: 1.° prestar fondos únicamente sobre propiedades rústicas cuyas dimensiones no excedieran de diez hectáreas superficiales; 2.° suministrar el dinero indispensable para costear las casas, los cierros y las primeras plantaciones que fueran necesarias; 3.° estos préstamos no tendrían más garantía que el terreno y las obras anexas en que hubieren sido invertidos; 4.° adquirir propiedades para subdividirlas y entregarlas, al costo, á los compradores; 5.° hacer todas estas operaciones con la intervención de los ingenieros que se nombraren al efecto; 6.° no cobrar cuotas de intereses y amortización de los préstamos, sino un año después que se hubieran hecho las primeras plantaciones; 7.° hacer concesiones especiales á los deudores siempre que fueran justas á juicio de dos ingenieros; 8.° formar una biblioteca agrícola y procurarse todos los datos posibles sobre los adelantos en cultivos, maquinarias, elaboraciones, precios y fletes sobre todos los productos agrícolas, nacionales y extranjeros; 9.° atender todos los pedidos de abonos que hagan los deudores, suministrándolos á los más bajos precios que fuere posible obtenerlos; 10.° recibir en pago productos agrícolas, vendiéndolos por cuenta del dueño; 11.° encargarse de las ventas, para el interior ó para el extranjero, de las cosechas que se le encomendaren; 12.° hacer en el interior ó en el extranjero las compras de maquinarias y útiles de labranza que solicitaren los deudores; 13.° mandar al extranjero, cuando creyere conveniente, algún comisionado para hacer nuevos estudios, traer colonos ú otros servicios análogos; y 14.° dictar los reglamentos sobre las visitas que los ingenieros deben hacer á los fundos siempre que se trate de la ejecución de nuevas obras con préstamos del banco, ó de vigilancia de las antiguas mientras el fundo sea deudor: sobre turnos de agua, sobre vías de comunicación, sobre policía local y demás disposiciones conducentes á la seguridad, comodidad, aseo, educación y hábitos de buen gusto en todos esos centros industriales que se irán formando.

El abuso que se ha hecho de las instituciones hipotecarias es causa muy principal, como ya lo hemos dicho, de la lentitud de

nuestros progresos materiales y de la penosa situación á que hemos llegado. Faltó en los Estatutos de la Caja Hipotecaria una disposición que habría sido altamente benéfica; pero nunca es tarde para hacer algo bueno, y creemos que debía dictarse hoy mismo una ley que dispusiera que *ningún terreno sería admitido en garantía sino bajo la condición de que el dinero obtenido se empleara en beneficio del mismo terreno hipotecado ó en otros servicios análogos á juicio del prestamista*. Con esto es cierto que algo sufriría nuestro amor propio; pero estas disposiciones tutelares, también es cierto, que tienen hoy su oportunidad, y que convienen á pueblos jóvenes que no están preparados para servirse de instituciones propias de la edad madura.

Dictada esta ley, todo préstamo hipotecario llevaría envuelto un principio de progreso: en los campos, significaría un mejoramiento en los cultivos; y en los terrenos urbanos, una obra nueva que sería negocio, comodidad y ornato de la población.

Cuán distinta cosa es lo que se ha hecho y se hace todavía entre nosotros: se hipoteca una propiedad para emprender negocios de comercio ó especulaciones de bolsa; y no pocas veces para comprar un rico menaje ó para darle á un hijo á fin que realice, *en honor de la familia*, un viaje á Europa, dispendioso y de puro placer. Este es el camino que conduce derechamente á la ruina de las fortunas.

Para evitar este mal, nuestros antepasados establecieron los mayorazgos. Institución sana en su origen, se convirtió, en la práctica, en un verdadero vicio social, que hizo indispensable su abolición. La ley que hemos indicado sería de más general aplicación y sus buenos efectos los principiaríamos á palpar desde luego.

Para los propietarios, la subdivisión de sus haciendas sería un negocio lucrativo, fácil de realizar y conveniente bajo muchos conceptos. Supongamos que uno de ellos separa de su propiedad un lienzo de 200 hectáreas (129 cuadras) de terreno, con su dotación de agua, y las vende en veinte hijuelas de diez hectáreas cada una. Si quiere recibir luego su valor, no le será difícil obtener un veinte, un treinta ó más por ciento del precio de tasación para ser pagados con letras hipotecarias. Y si él quisiera constituirse una renta segura á un largo plazo, entonces podría buscar

en la venta una ganancia de un ochenta ó ciento por ciento más que el precio de tasación.

Pero no sería ésta la mayor de las ventajas que el negocio le reportaría. Estableciendo al lado de su hacienda un gran centro industrial, esto daría mayor valor al resto de la propiedad y llevaría á sus terrenos una colonia firme, numerosa, consumidora, progresista y útil para todo servicio. Sus tierras seguirían siendo solicitadas y ofreciéndole cada día mayor precio por ellas.

Los capitales tendrían también un vasto campo en qué buscar gruesas utilidades, realizando obras de fomento y de progreso en vez de estar matando la agricultura, á fuerza de cobrar intereses bancarios que los campos no pueden pagar. Mil empresas dignas de los capitalistas se podrían realizar en el país adquiriendo, á bajo precio, terrenos eriazos, dotándolos de agua y subdividiéndolos para su venta. Las fuerzas hidráulicas repartidas de esta manera, darían también nacimiento á muchas industrias que encontrarían fácil vida entre nosotros. Por estos medios los capitalistas obtendrían pingües ganancias; caudales extranjeros vendrían al país; y la ingeniería misma tendría un estímulo de que hoy carece entre nosotros.

Pero se exclamará: ¡ilusiones! ¡delirios! ¡demencias de un cerebro enfermo!

Al que tal cosa dijere, le rogaríamos nos acompañara á una rápida excursión por el expreso del sur, y que en ese corto trecho de la parte más rica de nuestro territorio, contase cuántas leguas hay de terrenos que no se cultivan, y cuántos ríos que encierran caudales de agua y millones de caballos de fuerza que se pierden eternamente en el mar.

Si nuestro amable compañero de viaje no se marea, tomemos el vapor en Lota y trasladémonos á las provincias de Valdivia y Llanquihue. Difícil nos será recorrer esos territorios á causa de la espesura de sus bosques mantenidos por la abundancia de las lluvias. En pastos y en maderas se encierran allí riquezas fabulosas, que hacen la prosperidad de una colonia extranjera que nos da ejemplo de trabajo, viviendo confortablemente y exportando más de lo que interna para su consumo. La salubridad y los encantos de aquellos lugares hacen que el viajero los abandone siempre con pena.

De aquí nos volveremos. No iremos ¡por Dios! á Magallanes donde veríamos cosas que nos oprimirían el corazón. El chileno allí casi no existe. Sólo veremos algunos centenares de extranjeros, acumulando una fácil fortuna en aquellos campos sembrados de tesoros, y mirados por nuestros capitalistas y aún por nuestros gobiernos, con la más glacial indiferencia.

XXIX

Los arreglos y disposiciones á que hemos hecho referencia, nos llevarán lógicamente á la realización del ideal que tanto ambicionamos en materia de colonias, como es la *inmigración libre.*

Desconocemos las leyes dictadas, los reglamentos, los formularios de instrucciones; en una palabra, todo el mecanismo del servicio de colonización, que forma uua sección especial de uno de nuestros ministerios. Pero hemos visto figurar siempre con este objeto en los presupuestos anuales, una buena partida de pesos, y mantener constantemente en Europa un agente activo y celoso en el desempeño de su cometido. Y, no obstante, en este ramo, en vez de avanzar, hemos ido perdiendo más y más terreno cada día.

Los primeros pasos dados hace cuarenta años en este camino fueron felices, y nos hicieron concebir buenas espectativas para el porvenir: de ellos resultó la colonia de Valdivia y de Llanquihue, ya segura, bien poblada y convertida hoy en un centro de industria y de progreso que honra altamente á nuestro país.

En los años posteriores nada parecido hemos podido realizar sin que haya faltado el dinero necesario, los buenos propósitos, y el esfuerzo combinado de Gobierno, Sociedad de Agricultura y comisionados competentes mandados á Europa con tal objeto. ¿Qué misterios encierra tan extraño fenómeno? ¿Por qué sin salir de nuestro territorio, lo que tuvo un éxito feliz en otra época, ha ido degenerando hasta dar en nuestros días los más funestos resultados?

Del conocimiento de algunas localidades y del trato con los colonos mismos, no es difícil deducir los motivos que han podido traernos tan lamentables consecuencias. Concentrando nuestro pensamiento en las menos palabras posibles, diremos que la colonización no dará los resultados que apetecemos sino bajo las condiciones siguientes:

1.ª Asegurar al colono que llegue al país, casa, subsistencia, trabajo bien remunerado y una espectativa próxima de ser propietario;

2.ª Si viene con familia, hacerlo, desde luego, propietario, entregándole una hijuela y los elementos de trabajo para ser pagados á largo plazo;

3.ª Publicar, en los idiomas que convenga, folletos que contengan: 1.º noticias generales del país y de sus producciones; 2.º una carta geográfica de éste, con demarcación de los terrenos que se ofrecen á los colonos, sus productos especiales y condiciones de venta; 3.º tarifas de fletes, precios y demás pormenores sobre las vías férreas y centros de consumos inmediatos;

4.ª Anticipar á los colonos el valor de los pasajes y de los útiles de trabajo que quieran traer, para pagarlos á largo plazo como la propiedad.

Creemos que estas condiciones y algunas propiedades rústicas bien elegidas, podrían servir de base á un nuevo sistema de colonización, que nos llevaría á resultados más felices que los anteriores. La elección de los puntos del país donde convendría plantear las nuevas colonias, sería decisiva en cuanto á los resultados que de ellas deben esperarse. A nuestro juicio, la misma Colonia de Valdivia adolece de un gran defecto, cual es, el de haber sido colocada en un lugar muy apartado de nuestro territorio, y cuyas vías de comunicación con los principales centros comerciales del país, son lentas y costosas.

Colocadas las nuevas colonias en parajes situados á pocas horas de distancia de los puertos y otras ciudades importantes, tendrían venta fácil para todos sus productos, abaratarían los mercados de todos esos pueblos, y serían verdaderas escuelas modelos de cultivo y de industrias repartidas en distintos puntos del país. Dos de estas colonias establecidas en terrenos subdivididos y bien situados de las provincias de Atacama y de Coquimbo, y dos ó

tres más, repartidas á lo largo de la línea férrea de Santiago á Concepción, bastarían para hacer en poco tiempo la subsistencia más barata en las secciones más pobladas de nuestro territorio.

Esta no es la obra de los gigantes ni de los siglos; bastaría que el Gobierno tomara la iniciativa con la seguridad de que los propietarios no tardarían en seguir su ejemplo. Instalados los colonos en puntos ventajosos, con su gran caudal de labor y de industria que ellos poseen, no tardarían en realizar buenas ganancias y en sentirse bien colocados dentro del país; nuestra misión de gobierno á pueblo, se reduciría entónces á cooperar á la prosperidad de esas colonias por todos los medios que estuviesen á nuestro alcance, facilitándoles en lo posible sus trabajos, y prefiriendo sus productos á los de otras procedencias extrañas.

¿Sabéis cuál es el resultado inmediato de este sistema? Con experiencia podemos decirlo: que los colonos ya establecidos, escriben á sus parientes y amigos de los demás pueblos de América y de Europa misma, llamándolos para que vengan á ingresar en las colonias de que ellos forman parte.

Único medio de llegar á la inmigración libre que, no sólo nos trae personas útiles y sanas, sino también los pequeños haberes de que ellas pueden disponer.

Cuando una de estas corrientes inmigratorias se establece, ella misma se fomenta y desarrolla hasta alcanzar proporciones, á veces alarmantes. Las aspiraciones de los colonos son ya tan limitadas, que una conveniencia pequeña pero segura, basta para hacerlos salir de su país. Uno de ellos, de nacionalidad italiana, nos decía: «que la ambición de sus compatriotas, cuando salían de Italia, quedaba satisfecha con poder regresar á su país con 800 pesos oro, suma que bastaba allí para tener como ganarse la subsistencia en lo sucesivo, simplemente con el cultivo de hortalizas. Con tal fin, se venían ellos á Buenos Aires á trabajar en cualquier cosa, trayéndose ropa bastante para todo el tiempo que podía durar su ausencia; se reunían en grupos, se instalaban y vivían con la más severa economía, y después de dos ó tres años de trabajo, podían ya volver á su patria con los ahorros que les había sido posible reunir.»

La falta de una propiedad raiz, les permitia, sin duda, desprenderse con facilidad del país en que habían labrado su fortuna.

Esto mismo nos sucederá á nosotros con los colonos de Magallanes. Simples arrendatarios de terrenos, no se sienten atraídos por el halago de la propiedad y abandonarán el lugar tan pronto como sus ambiciones de fortuna se encuentran satisfechas. Y tienen de esto tal convicción, que impiden, en lo posible, que sus hijos aprendan el idioma del país y los mandan á educarse á Europa siempre que sus recursos se los permiten.

Cargo difícil de desempeñar nos ha parecido siempre el de *agente de colonización* de Chile en el extranjero. No conocemos el pliego de instrucciones que éstos han llevado; cualesquiera que éstas hayan sido, y cualesquiera que hayan sido también el celo y actividad con que ellos se han desempeñado, los resultados han dejado mucho que desear.

Nos imaginamos las muchas publicaciones hechas por los diarios, sus continuos viajes, sus diligencias en cada lugar y sus esrfuerzos de todo género para realizar una propaganda feliz. Habrá sido aquello algo como andar á caza de hombres y mujeres, y sin muchos escrúpulos en cuanto á las calidades de estas personas. Pero todos estos arbitrios y muchos más, acompañados de grandes esfuerzos de elocuencia, serán siempre insuficientes para persuadir á las personas útiles, á que abandonen su patria para ir á tierras lejanas, sin nada seguro y en calidad de simples aventureros. Gentes aburridas hay en todas partes, y son las que están siempre dispuestas á emigrar bajo cualesquiera condiciones que se le propongan.

Mucho ilustraría esta cuestión un censo exacto de los colonos que hemos traído en los últimos años y de los que nos quedan en el país. Los agricultores no han podido utilizarlos porque ellos no aceptaban la triste condición actual del inquilino; sus servicios no eran necesarios en fábricas que no tenemos; y la servidumbre doméstica no era apropiada para gente de calidad como industriales, comerciantes, modistas y hasta abogados que nos venían del exterior. En tal situación, algunos se marcharon al norte en busca de trabajo: partidas de vascos hemos visto pasar por el pueblo de Calama y llegar hasta los minerales de Bolivia, donde encontraban ocupación fácil y bien remunerada; á muchos de ellos los hemos visto volver luego hambrientos y andrajosos por no haber podido soportar la dureza del clima; otros con me-

nos recursos han atravesado, á pie á veces, nuestras cordilleras, llevando á los campos y pueblos argentinos un caudal de fuerzas y de inteligencias que no habían tenido aplicación en Chile. Tal ha sido de triste la situación del inmigrante en nuestro país; y de tal manera hemos estado poblando con nuestros dineros los países vecinos.

La misión de un agente en Europa bajo el nuevo sistema de colonización, sería un puesto honroso y fácil de desempeñar. Por cada mala llegarían á dicha agencia pedidos concretos de tantos vinicultores, tantos hortelanos, tantos fabricantes de quesos, tantos elaboradores de conservas, etc., etc., y con las condiciones de subsistencia, de sueldo ó de participación en los negocios que cada uno quisiera ofrecer. Para que fueran revestidas de toda seriedad, estas peticiones se harían por conducto del Banco ó Caja Colonial, quien garantizaría el cumplimiento de todo lo que se ofrecía. Creemos que estos puestos serían allí muy solicitados; las familias con el halago de venir á ser propietarias, echarían empeños para ser preferidas; entre muchos, sería entonces fácil escoger lo mejor, y esa agencia, en poco tiempo, llegaría á ser innecesaria, porque se produciría la inmigración libre en la forma que ya hemos indicado.

XXX

Para obtener un préstamo de la Caja Colonial Hipotecaria, que así llamaríamos á la nueva institución, será necesario presentarse por escrito, expresando la suma que se solicita, el terreno que se ofrece en hipoteca, y las obras de construcción y de cultivo que en él se quiere realizar. Un ingeniero del banco visitará la propiedad, apreciará la extensión y calidad del terreno haciendo en él varios barrenos, verá su dotación de agua, y estimará su valor y el de las obras que se proyecta llevar á cabo. Con el informe de este ingeniero, y de un segundo también si fuese necesario, el consejo del banco resolverá si accede ó no á la solicitud, sujetándose á los reglamentos que obren sobre la materia.

Acordado el préstamo, se pondrá al solicitante en posesión del terreno y se le obligará á proceder inmediatamente, con recursos propios ó del banco, á construir las casas y los cierros en conformidad á los planos y reglamentos, y bajo la vigilancia de los ingenieros nombrados.

Bajo las mismas condiciones anteriores, se procederá á ejecutar en el terreno las plantaciones que se proyectan en el momento que la obra de los cierros lo permita.

Mientras el banco sea acreedor, tendrá derecho de vigilar los cultivos; con cuyo motivo los ingenieros se constituirán en visitas en los fundos hipotecados siempre que lo crean necesario, sin cobrar al dueño ningún honorario por este servicio.

Las plantaciones serán libres, con tal que se amolden á las con

diciones productoras de la localidad y á los reglamentos que rijan sobre la materia.

Todo colono está obligado á tener siempre tres personas por lo ménos residentes á firme en las casas principales ú otras accesorias de su propiedad, y á ocuparse constantemente del cultivo de su terreno. La falta de cumplimiento de estas obligaciones, merecerá una reconvención de parte del Banco hasta en tres ocaciones distintas. Si esto se repitiese por cuarta vez, se estimará como un abandono de la propiedad, el Banco tomará posesión de ella judicialmente, y la sacará á remate en el término de un mes: del valor de la subasta, se pagará el Banco de lo que se le adeudare y el resto será para el último poseedor ó sus herederos.

El Banco podrá suministrar al nuevo propietario para sus trabajos las cantidades que solicite hasta el entero del valor de tasación de la propiedad.

No dará fondos el Banco para compras de ganados, de maquinarias, ni de otros objetos que no pasen á formar parte de la propiedad raíz, con excepción de los instrumentos de labranza.

Todo deudor moroso al Banco, incurrirá en el pago de intereses penales y en las otras penas que se establezcan por los reglamentos ó estatutos correspondientes.

Se dictará, con el carácter de transitoria, una ley que declare que las propiedades raíces de los colonos no están afectas al pago de deudas contraídas con anterioridad al dia en que adquirieron la propiedad.

Estará también dentro de las atribuciones del Banco Colonial, ayudar con sus fondos á la planteación de un establecimiento de cada clase de los que convenga para el aprovechamiento general de toda una colonia, como ser, una máquina de aprensar pasto, una fábrica de azúcar de betarraga y otras de licores, de frutas en conserva, de quesos, de elaboraciones de carnes y demás que sean propias de cada localidad.

Las utilidades de este Banco se irán invirtiendo en el fomento de las colonias ya establecidas y en la creación de otras nuevas.

Una tercera parte, por lo menos, de los miembros del Consejo Administrativo del Banco, se compondrá de personas que tengan intereses radicados en las colonias.

Todos los negocios de artículos nacionales y extranjeros que

se establezcan dentro del recinto de una colonia, serán propiedad exclusiva de los colonos, de sus hijos ó de personas que tengan por lo ménos tres años de residencia en la localidad.

El Consejo acordará un premio anual para todo colono que haya aclimatado una planta exótica nueva y de reconocida utilidad en la colonia; otro para el que haya planteado una nueva industria; y un tercero para el que haya alcanzado mayor éxito en los cultivos ordinarios del lugar.

XXXI

Toca ahora su lugar al tema de mayor importancia, sin duda, de la sección de agricultura, cual es, la manera de aprovechamiento de los terrenos bajo la nueva forma que se le va á dar a la propiedad rural. Para tratarlo, quisiéramos tener un caudal de noticias, de experiencia y de conocimientos prácticos para darle todo el desarrallo que merece. Pero esto sería invadir la propiedad ajena y pretender con escasísimos méritos, disputar á la Sociedad de Agricultura el papel que legítimamente le corresponde desempeñar en la nueva era que ambicionamos para nuestro país.

Por otra parte, son tan claras y tan evidentes las grandes conveniencias que vamos á reportar de este nuevo orden de cosas, que bastarán los poquísimos datos que exhibiremos para hacerlas resaltar á los ojos de todos. Abandonaremos esas colosales fortunas, esas grandes y ricas propiedades, esos vastos campos que se pierden de vista en nuestro horizonte, para entrar en las humildes propiedades, en ese mundo de los detalles y de las pequeñeces, donde los *grandes* no podrían vivir, y donde los *chicos* han encontrado el secreto para hacerse *verdaderamente grandes*.

Este es, fuera de toda duda, el camino seguro de la fortuna; y sus grandes factores, el trabajo y el ahorro.

Para convencernos de esta verdad, nos bastará tender la vista á nuestro alrededor: siempre tendremos al frente alguno de esos modestos negocios que habiendo principiado con un pequeñísimo capital lleva, en pocos años, á su propietario á la fortuna.

Si nos vamos al norte veremos que los hombres del detalle, los llamados *pirquineros*, son los dueños de la verdadera riqueza

minera: con un trabajo en extremo penoso, recorren los vastos laboreos de las minas, y pinta á pinta y piedra á piedra reunen mazas de metal, que siempre valen algo y á veces sumas considerables. La fortuna es más para ellos que para los dueños de las minas; y si no se les ve ricos á centenares, es porque carecen en absoluto de los hábitos de economía.

Pero en ninguna parte se realiza este sistema con más facilidad y en ningúna parte es posible llevarlo á mayor grado de perfección que en las faenas del campo: no costando nada la casa, poco la comida, poquísimo el vestido, y dando cada semilla que se arroja á la tierra un fruto fácil que se cambia por dinero, es fuera de toda duda que por esta vía marcharemos más seguramente á la fortuna que por cualquiera otra. Por esta razón no hay familia que se haya consagrado por algunos años á las faenas del campo, que no se haya enriquecido, y, por supuesto, más fácilmente siendo dueño que arrendatario del terreno que ha trabajado.

Estos prodigios que tan fácilmente se realizan en las grandes haciendas, se realizan también en las pequeñas y en escala infinitamente superior, por obra del detalle y de la consagración personal á todos los ramos. Muchas cosas que en las grandes se miran con desprecio, en las pequeñas se utilizan hasta dar en su conjunto sumas que parecen increíbles: las maderas de los campos, la leche de las vacas, las frutas de los huertos, las aves del corral y muchas otras cosas que en nada estiman los grandes hacendados, se convierten fácilmente en ramos productivos en manos de los pequeños propietarios. Todos los ramos industriales caben en estas heredades, y los abonos tienen allí su más perfecta aplicación.

Muchos pretenden que nuestras tierras no necesitan todavía de abonos por hallarse en el primer período de su cultivo con respecto á las tierras de los países europeos. Pero la práctica prueba lo contrario, pues, campos que han rendido antes veinte ó veinticinco por uno, han ido decayendo hasta quedar hoy reducidos á una producción de siete ú ocho por uno solamente.

Cuando los riegos se hacen con aguas limosas, éstas van reponiendo las materias fertilizantes; pero en todos los demás casos, las tierras marchan al agotamiento, y es preciso abonarlas suministrándoles las materias que convenga, según la clase de cultivo á

que se las destina. Esto exige un reconocimiento químico de los terrenos, y una serie de pruebas prácticas ejecutadas con proligidad y esmero. Esto que es imposible realizar en los fundos muy extensos, se hace con facilidad en los pequeños, llegando á operarse, por este medio, los más grandes prodigios en el rendimiento.

Después de una larga práctica, se ha llegado á sentar en Europa como un principio: que *con el uso del abono de guano y de salitre, un campo da sobre la producción natural, tres veces el peso del abono empleado:* luego si una hectárea de terreno es capaz de dar treinta quintales de trigo ó cebada; empleando en la siembra media tonelada de abono, la producción se hará doble de la anterior. Por consiguiente, con el mismo trabajo y un pequeño gasto más, es fácil duplicar la producción de un terreno cualquiera.

Estos y otros elementos pueden llevarnos á obtener de todos nuestros cultivos, resultados muy ventajosos, casi inverosímiles á veces. Los principales abonos que la agricultura chilena puede usar económicamente, son: el yeso, los guanos azoados, los guanos fosfatados, el salitre, los huesos molidos, el negro de refinería, las cenizas, los abonos verdes, los residuos de cosechas, como paja, orujos, etc., y los guanos de corrales y establos.

Las conveniencias y condiciones de empleo de todos ellos, no caben en este pequeño trabajo; ellas serán objeto de estudios y de publicaciones para la Sociedad de Agricultura. Nosotros nos limitaremos á citar los resultados prácticos obtenidos con el menos conocido de todos ellos, el yeso, y que tanto abunda en las mismas regiones agrícolas de nuestro territorio.

Según informe de los más hábiles agricultores franceses á su Gobierno, «el yeso da buenos resultados aplicado al cultivo de las legumbres, la alfalfa, el trébol, etc.; pero sus efectos son nulos sobre los cereales y en los suelos húmedos.»

En las experiencias hechas posteriormente por M. M. de Villele en el Alto Garona, «el yeso duplicó constantemente la cosecha, empleándolo á razón de 500 quilogramos por hectárea; usado en mayor proporción, da menos.

El gran propagador de los abonos industriales y químicos, M. George Ville, hace entrar por cuarta parte el yeso en todas sus conocidas y generalizadas fórmulas de abono para el cultivo del

trigo, de la betarraga y de las papas; y casi por mitad en el de la vid.

Entre nosotros, los principales cultivos á que se puede aplicar con gran éxito el yeso, son:

1.° Las sustancias forrajeras, como alfalfa, trébol, etc.

2.° Plantas farináceas leguminosas, como fréjoles, arvejas, habas, lentejas, garbanza, etc.

3.° Plantas industriales y legumbres, como tabaco, lino, cáñamo, betarraga, zanahoria, etc.

4.° La vid.

En los tres primeros casos, la experiencia aconseja emplear de 200 á 300 kilogramos por hectárea; y en la vid de 1,000 á 2,000. En casos muy favorables, más.

El yeso puede emplearse sólo en los terrenos que han sido cultivados y que contienen desperdicios, abonos naturales y otras materias orgánicas azoadas. En el caso contrario, es preciso mezclarlo con salitre ó guano mineral.

El salitre y los guanos minerales, se emplean con buenos resultados en Chile en algunas viñas de la costa. El yeso no se ha experimentado aún.

Los resultados obtenidos en Francia con el uso de este último, son verdaderamente asombrosos.

M. Oberlin, vinicultor distinguido de Alsacia, en un terreno muy rico en materias azoadas y suficientemente provisto de elementos minerales, indispensables á la vegetación; el yeso solo, aplicado á la viña, ha dado los siguientes resultados:

	Kilogramos de yeso crudo, molido y por hectárea.	Kilogramos de uva cosechada por hectárea.
Primer ensayo	sin yeso.	4680
Segundo id.	240	22680
Tercero id.	2400	38000
Cuarto id.	4800	42000

Nuevos experimentos hechos por el mismo agrónomo en 1891 dieron:

1.ª Serie

	Kilogramos yeso por hectárea	Kilogramos uva por hectárea
Cepaje blanco dulce	sin yeso	4500
» » »	2000	9200
» » »	4000	16000

2.ª Serie

	Kilogramos yeso por hectárea	Kilogramos uva por hectárea
Cepaje moscatel del Bordalés	sin yeso	15000
» » »	2000	21200
» » »	4000	2560

Estos resultados, todos muy favorables, deben sus diferencias á la diversidad de los terrenos más ó menos azoados en que se han hecho las pruebas. Lo que hizo decir á M. Oberlin que no se debía abusar de este abono y resumió así su pensamiento: «*no emplear abonos azoados sin yeso, ni yeso sin abonos azoados.*»

M. Hoc, profesor de agricultura en Charlieu (Loira), Francia, ha efectuado el año anterior una serie de experiencias sobre los abonos aplicados á la vid, y los resultados obtenidos son también muy interesantes en cuanto al empleo del yeso; éstos son:

1.ª Serie.—Suelo rico en materias azoadas y minerales:

Kgrs. de yeso por hect.	Gastos en frs. por hect.	Kgrs. de uva por hect	Valor obtenido por hect.	Diferencia á favor del yeso, fran.
1 Sin yeso		8400	2940	
2 500	4	12360	4036	1096
3 1000	8	14640	5124	22184
4 2000	16	15000	5425	2485
5 2500	20	15003	5426	2406

2.ª *Serie.*—Suelo pobre en materias azoadas:

1 Sin yeso		6230	2186.50	
2 2500	20	6248	2186.80	0,30

Estos experimentos demuestran claramente:

1.° Que el yeso produce efecto notable en las tierras ricas en azoe.

2.° Que la cosecha aumenta progresivamente con la dosis del yeso empleado; pero que en las condiciones de estos ensayes, la proporción de 2,000 kilogramos por hectárea, ha dado el mayor rendimiento.

3.° Que en los suelos pobres en materias azoadas, el yeso no produce efecto apreciable en la cosecha de la vid.

Estos resultados y los que se han seguido obteniendo en los experimentos posteriores, han despertado gran interés entre los viticultores europeos; y este año el uso del yeso en los viñedos, va á emprenderse en grande escala y en circunstancias muy variadas.

XXXII

Hasta aquí los resultados alcanzados con el uso del yeso puramente, por ser el abono que podemos obtener con más facilidad, á más bajo precio y que tanto abunda desde el extremo norte de nuestro territorio hasta el grado 34 ó sea la provincia de Colchagua, y muy principalmente en las partes inmediatas á las cumbres de la cadena andina.

Hay también depósitos valiosos en ciertos cerros de la zona central, en la cadena de la costa, y en los desiertos de Atacama y Tarapacá.

Los depósitos más importantes son: los de la hacienda de Cauquenes, al interior, valle de los Piuquenes que forman montañas enteras y á 100 quilómetros de Santiago; los del río Barroso, valle de Maipo, en el portezuelo del Yeso cerca de las fuentes del río Las Leñas, y que forman capas de mucha extensión; los del río Juncal á 70 quilómetros de Santa Rosa de los Andes; los grandes yacimientos de Catapilco á 20 quilómetros de la estación de la Calera; los de Petorca, en que el yeso se halla diseminado en forma de cristales, en una capa de arcilla; los del boquete de Calderón en la provincia de Coquimbo; y los de la provincia de Antofagasta situados, uno á 10 quilómetros del pueblo de este nombre, y otro en Santa María. El fondo de aquella bahía está formado por un depósito de yeso.

XXXIII

Pero el empleo de abonos aislados, no es común: lo más frecuente es usarlos mezclados en condiciones apropiadas á la calidad de los terrenos y á la clase de cultivos que se va á hacer. Así M. George Ville, ha combinado muchas fórmulas de abonos, ya muy generalizados para las distintas plantas agrícolas, algunas de las cuales pondremos á continuación:

Abono completo núm. 1 para trigo:

Superfosfato de cal	400	kilogramos
Nitrato de potasa	200	»
Sulfato de amoníaco	250	»
Yeso	350	»
Por hectárea	1200	kilogramos

Abono completo núm. 2 para betarraga:

Superfosfato de cal	400	kilogramos
Nitrato de potasa	200	»
» de soda	300	»
Yeso	300	»
Por hectárea	1200	kilogramos

Abono completo núm. 3 para papas:

Superfosfato de cal	400	kilogramos
Nitrato de potasa	300	»
Yeso	300	»
Por hectárea	1000	kilogramos

Abono para la viña:

Superfosfato de cal.	400	kilogramos
Carbonato de potasa	200	»
Yeso	400	»
Por hectárea	1000	kilogramos

Hemos querido citar estas fórmulas hoy las más usadas, no sólo para que puedan servir de norma en nuestras faenas agrícolas, sino también para probar el gran esfuerzo que se hace en Europa, como ya lo hemos dicho, por espulsar nuestro salitre de aquellos mercados; así en los cuadros anteriores, el nitrato de soda, que sirve de base á nuestros presupuestos, sólo figura en uno de ellos y apenas en la proporción de un 25 por ciento de la mezcla; los abonos artificiales suplen lo demás.

Pero si nuestras materias fertilizantes corren riesgo de ir perdiendo terreno en los países europeos, lo que significará para nosotros muchos millones menos en las rentas fiscales, y la falta del principal artículo de retorno que tenemos, bueno será que desarrollemos en tiempo oportuno nuestra agricultura, donde llegarán dichas materias á tener una vasta y eficaz aplicación. Siendo dueños de los depósitos de abonos naturales más preciosos que se conocen, podremos variar sus mezclas y combinaciones hasta el infinito, obtener con ellas resultados superiores á los alcanzados hasta hoy; colocar á Chile á una gran altura como nación agrícola, y en vez de ser exportadores de abonos, ser exportadores de productos elaborados de nuestros campos, que vencerían toda competencia en los mercados extranjeros.

Es preciso no mirar como remoto el caso de que los nitratos de Tarapacá, puedan dejar de ser para nosotros fuente de riqueza. ¿No éramos, hace pocos años, los primeros proveedores de cobre del mundo entero, estando hoy relegados al último puesto sin que nuestros ricos depósitos se hayan agotado? ¿No vino en el momento menos pensado un cablegrama anunciándonos que ya nuestra plata, nada valía? Y, lo que es más elocuente aún, ¿no ha dejado el mismo guano de tener aplicación en los campos europeos que habían hecho de él un consumo de más de mil millones de pesos, y cuando este artículo se creía ya indispensable para aquellos cultivos? Debemos dejar algún día de confiar demasiado

en los mercados europeos y atenernos á nosotros mismos en todo lo que tenga relación con las producciones y el aprovechamiento de las materias que sacamos de nuestro rico suelo. Dejemos algún día de ser una colonia europea y no olvidemos lo del *camarón que se duerme.*

* * *

Consecuentes con este propósito damos á continuación todas aquellas fórmulas de abonos que con buen éxito podemos aplicar á nuestros cultivos, y que cumplen con la satisfactoria condición de hallarse formadas, en su totalidad, por elementos propios del país y muy fáciles de obtener. Reemplazaremos los sulfatos de amoníaco con nuestro salitre; los nitratos de potasa con nuestros nitratos de soda, cloruros de potasio, cenizas de vegetales, etc.; y los superfosfatos con nuestros guanos de Mejillones ó de Pabellón de Pica, con el negro animal de refinería y con los huesos molidos. En cuanto al yeso, ya se sabe la abundancia que de él existe en Chile.

Con estas sustancias tenemos el ázoe, el fósforo, la potasa y la cal, que son los cuatro elementos principales de todo abono. El guano de corral los contiene todos, pero no siempre en dosis conveniente; por eso se emplea para todo cultivo, pero ayudándolo con otros abonos que suplan lo que á él le falta. El salitre es siempre su auxiliar indispensable.

También conviene saber que el salitre desarrolla la parte leñosa, como el tronco, la caña, la hoja de la planta; y el fósforo desarrolla el fruto en general. Las mezclas que van en seguida prestarán ambos servicios y obtendremos con ellas plantas bien formadas y de abundante producción.

FÓRMULAS DIVERSAS

TRIGOS DE SÉCANO

I

	Por hectárea
Salitre	170 kilogramos
Huano fosfatado de Mejillones.	200 »
Yeso.	300 »

II

Salitre	170 kilogramos
Guano fosfatado	200 »
Cenizas de leña	1,000 litros

III

Salitre	170 kilogramos
Huesos molidos ó negro animal	300 »

IV

Salitre	150 kilogramos
Huano fosfatado, huesos ó negro animal	200 »
Yeso	300 »

Estas proporciones pueden variar algo para cada localidad, según lo indique la experiencia.

El salitre se esparce sólo, á mano, en la primavera, bien molido, en el piso húmedo, en dia fresco pero no lluvioso, y mezclado con arena ó tierra seca para hacer mejor la distribución.

Las demás sustancias se mezclan bien poniéndolas por capas, unas encima de otras, sobre un suelo duro y revolviéndolas con una pala. Esta mezcla se distribuye en el terreno al tiempo de sembrar.

TRIGOS DE REGADÍO

Estas mismas fórmulas, y usadas de la misma manera, pueden aplicarse á los trigos de regadío, con sólo disminuir en un tercio ó en la mitad el salitre, siempre que el trigo se haya sembrado en terreno ocupado antes por chacras, ó por alfalfa ó trébol, y abonádose en ambos casos.

Hay signos seguros en la vegetación para conocer las materias fertilizantes que contiene un terreno y las que le faltan.

Cuando el trigo, en tiempos normales, presenta una vegetación vigorosa, con hoja ancha, larga y de color verde oscuro, es indicio de que no faltan las materias azoadas en el terreno. Si, por el contrario, la planta es raquítica, falta el ázoe y se suministra por medio del salitre.

Cuando el grano es pesado, bien constituído, de superficie lisa y de buen color, es prueba de que la tierra contiene materias fosfatadas y azoadas á la vez. Los granos arrugados, mal constituídos, de mal color y de poco peso, acusan la falta de fósforo.

Es preciso evitar el exceso del salitre y de materias azoadas; porque la planta crece mucho, se tiende y da mucha paja con relación al grano.

Estos principios tan generales y de tan fácil aplicación bastan para guiar al agricultor en el uso de los abonos que debe emplear en las siembras de trigo y demás cereales.

Los trigos cultivados con salitre vegetan más ligero; resisten mejor la sequedad, las enfermedades y los insectos; y las malezas se sienten pronto ahogadas por ellos.

CEBADA

En este cultivo tiene muy buena aplicación el salitre. Como la cebada se siembra comunmente en terreno de sécano, el salitre, que es delicuecente, absorbe el vapor de aguá del aire y lo transmite al suelo, manteniendo éste siempre fresco y con cierto grado de humedad.

La fórmula de abono para este caso es la misma que la indicada para los trigos de sécano. El salitre se aplica siempre por separado; y cuando la siembra se hace en primavera, conviene poner la mitad de esta sustancia al tiempo de sembrar, y la otra mitad cuando la planta cubre el suelo.

PRADERAS Ó PASTOS NATURALES

Conviene mucho el salitre y se esparce en la primavera, en proporción de 150 ó 200 kilogramos por hectárea. Puede también agregarse con buen éxito guano fosfatado, guano de corral, cenizas de vegetales, etc.

CHACRAS Ó PLANTAS ESCARDADAS

Después del cultivo de la alfalfa ó del trébol, el terreno queda bien dispuesto para chacras.

Como abono pueden emplearse las fórmulas siguientes:

I

	Por hectárea
Salitre	100 kilogramos
Guano fosfatado	550 »
Yeso	350 »

II

Salitre	100 kilogramos
Negro animal ó huesos molidos	650 »
Yeso	350 »

III

Salitre	100 kilogramos
Yeso	350 »
Cenizas	3000 litros

IV

Salitre	100 kilogramos
Yeso	350 »
Guano de corral ó de establo	15,000 litros

La manera más eficaz de emplear estos abonos consiste en mezclar las tres sustancias y aplicarlas al tiempo de la plantación ó siembra.

Conviene siempre incorporar el abono uniformemente en el terreno. Sólo por excepción se puede adoptar la aplicación por líneas ó al pie de cada planta y durante la vegetación en los cultivos de maíz, de cáñamo, sandía, melón, zapallos, etc. Estas especies, como también la papa, la betarraga, el navo y otras plantas raíces, utilizan muy bien los abonos azoados, y por eso conviene aumentarles al doble o triple la proporción de salitre en las fórmulas anteriores.

Para el cultivo de la betarraga sacarina conviene ajustarse á las siguientes instrucciones:

1.ª Cultivar una variedad rica en azúcar;

2.ª Emplear semilla de primera calidad;

3.ª Agregar al salitre abonos fosfatados;
4.ª Incorporar el salitre al suelo antes de la plantación;
5.ª Plantar las betarragas muy juntas y cultivarlas con esmero.

HORTALIZAS, LEGUMBRES, FLORES

Para los huertos y jardines conviene aplicar las fórmulas siguientes, según los casos:

I

Salitre	150 kilogramos
Guano fosfatado	300 »
Yeso	500 »
Ceniza de vegetales	2,000 litros

II

Salitre	250 kilogramos
Huesos molidos ó negro de refinería	600 »
Yeso	600 »
Ceniza de vegetales	2,500 litros

Las tres últimas especies se usan en mezcla íntima, y ésta se incorpora en las últimas labores de la tierra y antes de la siembra. El salitre se usa después solo: la mitad al tiempo de sembrar, y el resto después.

El salitre puede también aplicarse muy eficazmente disuelto en agua para humedecer el suelo y no la planta. La proporción es de un kilogramo de salitre por mil litros de agua, ó sea:

Salitre	1 gramo
Agua	1 litro

Veinte litros de esta disolución bastan para regar, por aspersión, un metro cuadrado de tierra. Esta operación se repite cada tres ó cuatro semanas durante el crecimiento de las plantas.

Este abono es muy activo, y produce gran efecto cuando el suelo contiene elementos fosfatados, potásicos y calcáreos.

Se emplea con muy buen éxito para los espárragos, repollos, apio, betarraga, etc.; y también para las plantas de flores, arbustos

y árboles frutales cuya vegetación es raquítica. Pasado el mes de enero, los árboles y arbustos de cierta edad no deben recibir más este abono para que los brotes del año tomen consistencia leñosa.

Este abono debe emplearse con precauciones: es preciso que el líquido no moje las plantas, sobre todo, las hojas y partes tiernas.

ÁRBOLES Y ARBUSTOS FRUTALES

Estos utilizan muy bien los abonos; y con ellos las cosechas son más uniformes, y el fruto más abundante y de mejor calidad.

Los árboles abonados también resisten mejor la sequedad, los insectos y la acción de los parásitos.

Lo mismo que en el trigo, la vegetación leñosa de los árboles y arbustos frutales indica bastante bien si el suelo contiene ó nó materias azoadas.

Si en tiempos normales los árboles y arbustos, chicos aún, manifiestan una vegetación raquítica, los brotes del año, cortos y delgados, y las hojas chicas y de color amarillento, son estos indicios seguros de falta de ázoe en el terreno. Conviene entonces la aplicación del salitre en fuerte dosis.

Por el contrario: si la vegetación es vigorosa, los brotes del año, largos y gruesos, y las hojas grandes y de color verde oscuro, el ázoe no falta en el suelo. En este caso se emplea poco salitre, y buenas dósis de sustancias fosfatadas, calcáreas y potásicas.

El salitre se usa solo ó con otros abonos para dar vigor á los árboles que vegetan mal. Empleado solo, se aplica á principios de primavera y en dosis de 100, 200, 300 y hasta 500 gramos para árboles de gran tamaño; y usado á la vez que otros abonos, el empleo se hace por separado y no en mezcla.

Para árboles de grandes dimensiones se usa la fórmula siguiente:

	Por planta
Salitre	400 gramos
Guano fosfatado	500 »
Cenizas	1 á 2 litros
Yeso	1 á 2 kilogramos

El salitre se aplica en primavera y las demás sustancias en otoño.

Se labra bien el suelo en toda la extensión que cubre la copa del árbol sin tocar el pie, se incorpora el abono y se entierra á poca profundidad.

En los verjeles se puede emplear por hectárea:

Salitre	300 á 400 klgs.
Guano fosfatado	500 á 600 »
Yeso	500 »
Cenizas	1,000 á 2,000 lits.

Como en el caso anterior, el salitre se aplica por separado y en la primavera; las otras sustancias se incorporan al suelo, en mezcla, y en otoño ó principio de invierno.

VIÑA

Ningún cultivo paga mejor que éste los cuidados y los abonos que se le prodigan.

El suelo de los viñedos se trabaja todo el año.

Y en cuanto á los abonos, las materias azoadas, principalmente el salitre, es lo que más les conviene: ellas desarrollan las hojas que deben considerarse como las elaboradoras del vino.

Los viñedos en Chile son de dos clases: del Maule para el sur casi todos son de sécano; y del Maule para el norte en su mayor parte son de regadío. En unos y otros los abonos son indispensables para obtener buenos resultados.

En Chile pueden usarse las fórmulas siguientes:

VIÑEDOS DE SÉCANO

I

	Por hectárea
Salitre	200 kilogramos
Guano fosfatado, huesos ó negro animal	600 »
Yeso	600 »
Cenizas	6,000 litros

II

Salitre.	100 kilogramos
Yeso	600 »
Guano de corral ó de establo	1,000 »

III

Salitre.	200 kilogramos
Guano fosfatado.	600 »
Yeso	600 »
Orujos (escobajos).	1,000 »

IV

Salitre.	100 kilogramos
Yeso	600 »
Cenizas	6,000 litros

Abono verde cada dos años.

VIÑEDOS DE REGADÍO

I

Salitre.	100 kilogramos
Guano fosfatado ó negro animal. . . .	600 »
Yeso	600 »
Cenizas	6,000 litros

II

Salitre.	100 kilogramos
Guano fosfatado.	600 »
Yeso	600 »
Orujos (escobajos)	1,000 »

III

Salitre.	60 kilogramos
Yeso.	600 »
Guano de corral.	1,000 »

Salitre. En todas estas fórmulas el salitre se usa siempre solo y cuando han pasado las lluvias: la mitad después de la poda y la

otra mitad durante el brote. Y para facilitar su distribución conviene mezclarlo con igual cantidad de ceniza, de yeso molido, de arena ó de tierra simplemente. La aplicación se puede hacer de dos maneras: cuando la labranza del terreno se hace á mano, se practica al rededor del pie de cada planta una escavación de m. 0.50 de diámetro y m. 0.10 de hondura; el salitre correspondiente se distribuye en el fondo, sin tocar el tronco, y luego se tapa con la misma tierra; cuando la labra se hace con arado ú otro instrumento análogo, se forma un surco de m. 0.10 de hondura en el centro de cada melga, se distribuye el salitre uniformemente y luego se tapa con rastra ó arado de caballo.

Otro método más sencillo y económico, y tan eficaz como los anteriores, consiste en esparcirlo sobre las líneas ó melgas, á mano, en la labra que sigue á la poda y al brote, y en taparlo en seguida. Esta operación conviene hacerla en día nublado y algo húmedo, si es posible.

En todo caso, debe calcularse bien la cantidad de salitre que corresponde á cada melga ó á cada planta, según lo que debe consumirse por hectárea.

Nunca debe regarse una viña sino dos ó tres semanas después que se ha puesto el salitre.

Otros abonos. Los demás elementos de las fórmulas se usan en mezcla, y como no son arrastrados por los riegos ó por las aguas de las lluvias por su falta de solubilidad, es fácil y conveniente acumularlos en el terreno con anticipación. Para ahorrar trabajo se puede dividir el terreno, por ejemplo, en tres secciones y abonar cada una de éstas cada tres años, en invierno y en la primera labor. A cada tercio debe ponerse entonces la tercera parte de las dosis que dan las fórmulas.

No sucede lo mismo con el salitre: á causa de su mucha solubilidad, el exceso será siempre arrastrado por las aguas de los riegos ó de las lluvias y, por consiguiente, es preciso renovarlo cada año.

Abono verde. Las plantas más á propósito en Chile para este servicio son: el trébol encarnado, la arveja vellosa, las habas chicas, el altramuz y otras. Se siembran en otoño ó principios de primavera, y cuando han adquirido todo su desarrollo herbáceo y antes de florecer, se tienden con una rastra ó palo y luego se

introduce el arado hasta dejarlas enterradas; la planta se pudre y da tanta materia azoada al terreno como el salitre. Este abono es bueno principalmente para los terrenos de sécano.

Preparación del terreno. La eficacia de los abonos depende, principalmente, de la limpia y soltura del terreno.

Como las malezas aprovechan de los abonos lo mismo que las plantas útiles, es preciso perseguirlas de todos modos antes de la siembra, y entresacarlas cuando las plantas que cultivamos están en su crecimiento. Un buen modo de limpiar el terreno es *derrastrojarlo:* para esto se sacan después de la cosecha, con azadón ú otra herramienta de mano, las plantas malas, se entierran, y cuando la semilla de ellas ha brotado, se aplica el arado y se entierran como un abono verde. Pero si la maleza es la grama, la acedera silvestre, el ballico ú otras plantas de raíces superficiales, conviene recogerlas todas y quemarlas.

En cuanto á la labranza del suelo cuanto más se repite es más provechosa. Un terreno suelto se nitrifica fácilmente; absorbe la humedad del aire, de las neblinas y del rocío hasta suplir en cierto modo el riego; y en él la distribución del abono se hará con bastante perfección.

La limpia, la vinazón (1) *y la escardadura* (2) del terreno son indispensables para el buen éxito de los abonos, y principalmente del salitre, que es el que más favorece el desarrollo de las malezas.

Como axiomas útiles entre los agricultores citaremos los dos siguientes: tres vinazones equivalen á un abono; y entre viñateros es un hecho reconocido que una vinazón equivale á un riego ó á una lluvia.

(1) Segunda reja ó labranza después del barbecho, ó segunda cava en las viñas.

(2) Extracción de las malezas de entre las plantas útiles.

XXXIV

Con gusto entramos á tratar del cultivo de la papa, que debe colocarse sobre todos los demás en nuestro país. Oriunda de Chile, la papa se ha hecho la reina de los campos en los países más adelantados y más populosos de Europa. Donde ella se produce, el hambre no aparece sino de una manera transitoria y cuando motivos graves y excepcionales han traído una mala cosecha.

Llevada á Europa, su propagación encontró dificultades de todo género.

Parece que la Inglaterra fué la primera que se prestó á su cultivo, principalmente en Irlanda, donde es casi el único alimento del pobre. Hoy la tranquilidad y el bienestar del pueblo inglés, están vinculados á las buenas ó malas cosechas de papas, y por esta razón el gobierno y los agricultores ingleses prestan á este cultivo los más solícitos cuidados.

Lo mismo ha ido sucediendo en Alemania, en Italia y en muchos otros países del Viejo Mundo.

Sólo Francia resistió tenazmente á su aceptación. Cuando en 1771 algunos especuladores en cereales, poco escrupulosos, produjeron el hambre en aquel país, la Academia de Bezançón ofreció un premio al que indicase la mejor manera de *reemplazar los cereales por los vegetales.*

El sabio químico Antonio A. Parmentier, obtuvo el premio. Probó en su memoria que el almidón era la parte más nutritiva de los vegetales; que la papa lo contenía en fuerte cantidad; y que, por consiguiente, podía competir con los cereales en sus propie-

dades alimenticias. Pero otros sabios empecinados y enemigos de toda innovación, salieron á rebatirlo y lo llamaron loco, mal ciudadano, que queria dar al pueblo un alimento propio para las bestias, siendo además la papa imposible de aclimatar en el país.

Luis XVI, el gran inocente culpable de aquella era, vino en auxilio de Parmentier y le concedió un mal terreno para que hiciera sus plantaciones, teniendo el gusto de que las primeras flores fueran cogidas por el soberano.

Desde entonces, la papa triunfó en Francia; el pueblo contó ya con un alimento seguro, de fácil producción, y le erigió á Parmentier estátuas de bronce como á un filántropo, cuya memoria debia ser inmortal. Hoy en Francia, como en los demás países, la papa no sólo es la mesa del pobre, sino también el forraje de invierno para los animales, el alimento de las aves de corral, y hasta la comida de los perros guardianes de la casa.

Es, pues, feliz la chosa del pobre que contiene un buen acopio de papas, porque la subsistencia está asegurada para todos los seres que forman aquel hogar.

Pero no es esta la única misión de este tubérculo; él sirve también para fabricar varios artículos comerciales que nosotros adquirimos para nuestro consumo á precios bastante subidos, como lo veremos más adelante.

Ambicionando para nuestro país todos los adelantos agrícolas alcanzados en otros, nos vemos obligados como á repatriar la papa y á tomarla, con verdadera novedad, no solamente en las variadas elaboraciones de que ella es objeto, sino también hasta en los primeros rudimentos de su cultivo: la traeremos á Chile; la pediremos que nos saque del atolladero en que nos hemos metido, y la declararemos nuestra huéspeda con la seguridad de que no extrañará el clima, sobre todo cuando la llevemos á dar un paseo por Valdivia y Chiloé.

Al tratar del mejoramiento de este cultivo entre nosotros, seguiremos en su camino á M. Aimé Girard, distinguido profesor de Química Industrial, el más sobresaliente de todos los que se han dedicado á estos estudios, y cuyas instrucciones se han generalizado ya en Francia con los más soberbios resultados.

Cuando M. Gerard principió sus experimentos en 1884, la papa sólo tenía un rendimiento común de 10 á 12 mil kilogramos

por hectárea y con ley de fécula de 13 á 14 por ciento. En Alemania este rendimiento subía de 22 á 25,000 kilogramos con ley de fécula de 17 á 18 por ciento. Y en Chile, la patria de la papa, donde ésta se da silvestre y donde la fertilidad de los terrenos es muy superior á la de Francia y Alemania, el rendimiento por hectárea sólo alcanza hoy mismo á 6,400 kilogramos con una ley de fécula que no se conoce aún.

A falta de datos estadísticos, esta última cifra sólo ha sido posible deducirla de estimaciones aproximadas hechas por algunos de nuestros agricultores; la producción exacta, ninguno la conoce, como tampoco la cantidad de fécula contenida. Ocupados de sus grandes siembras de trigo, el cultivo de la papa ha sido mirado por ellos con indiferencia; pero las variadas aplicaciones industriales que hoy tiene en otros países, su fuerte exportación para el cabotaje, y el gran papel que desempeña en la alimenteción de los pueblos, aconsejan elevar este tubérculo al rango de producto agrícola de primera importancia entre nosotros. Esto nos servirá de excusa para entrar en algunos detalles respecto á su cultivo, tomando la vía qua con tan buen criterio ha seguido la Francia en estos últimos años, y tratando de ahorrar la vergüenza de que nos venga la papa como lastre en los buques destinados al carguío del salitre, como ya se nos anuncia. Con ellos trataremos también de llevar á nuestros agricultores el convencimiento de que la verdadera riqueza de los campos, se obtiene por la subdivisión, la inteligencia y el trabajo, y no esperándolo todo sólo de la Providencia, del mayordomo y del vaquero.

Calidad de los terrenos.—Desde luego podemos anunciar que todos los terrenos son apropiados para el cultivo de la papa, como lo indica el cuadro siguiente:

DIFERENTES CLASES DE TERRENOS

TÉRMINO MEDIO DE LA PRODUCCIÓN POR HECTÁREA

Semilla Rechter's Imperator

Terreno arenoso	39,000	Kgrs.
" arenoso arcilloso	37,600	"
" arenoso calcáreo	38,050	"

Terreno arcilloso calcáreo	42,500	Kgrs.
» calcáreo	39,950	»
» arcilloso	36,300	»
» granítico	35,900	»

Esta es una de las mejores semillas que se conoce y que encierra 18 por ciento de fécula anhidra.

Los terrenos para papas deben contener azoe, cal, potasa ó soda y fósforo, bajo la forma de compuestos solubles que los haga fácilmente asimilables con el terreno. Cuando estas materias no existen, se suministran con los abonos; así, en las pruebas anteriores se empleó, además del guano de oveja, el superfosfato de cal, el salitre y el sulfato de potasa, según la calidad del terreno. Estos últimos en las proporciones siguientes:

Superfosfato de cal	225	kilogramos
Salitre	125	»
Sulfato de potasa	150	»
Por hectárea	500	"

Preparación del terreno.—La labor del terreno y la profundidad de los surcos hechos con el arado, influyen notablemenre sobre la producción.

Los siguientes son los resultados proporcionales obtenidos dc igual cantidad y calidad de semillas varias, sembradas en dos tetrenos distintos y á las honduras de 15, 40 y 75 centímetros debajo de la superficie.

	Tierra arenosa			Tierra arenosa arcillosa		
	m.	m.	m.	m.	m.	m.
Laboreo á	0.15	0.400	0.75	0.15	0.40	0.75
	kgs.	kgs.	kgs.	kgs.	kgs.	kgs.
Rod Skenneded	57.3	68.0	87.3	70.4	73.2	76.5
Hermann	58.5	65.0	72.6	57.5	60.8	66.3
Chardón	52.7	53.8	61.3	48.1	52.9	57.7
Hogmun bonnum	74.1	81.6	81.6	66.4	70.8	75.2
Richter's Imperator	66.5	75.2	93.7	97.8	100.0	104.0
Seuxy	47.8	51.6	66.5	56.0	60.3	66.4
Gelve rase	62.0	64.4	7.70	57.0	60.6	64.5

Como se ve; con la hondura del surco va subiendo el rendimiento de una manera progresiva, casi matemática; y junto con la cantidad, mejora también la ley de fécula en distintas semillas.

Pero siendo costoso llevar el arado hasta 75 centímetros, M. Gerard aconseja dar á los arados sólo 45 centímetros, lo que es fácil de practicar y que da ya un buen resultado en la producción.

Ensayes de abonos.—Aunque las teorías tienen un gran atractivo, á fin de ahorrar á los agricultores el gasto y el trabajo de llamar un ingeniero agrícola ó de mandar ensayar sus tierras a un labrador, les aconsejaríamos hicieran las pruebas siguientes en el mismo terreno que quieren dedicar á este cultivo.

Que tomen diez paños de terrenos, de cuatro metros cuadrados de superficie cada uno, y separados unos de otros; que la tierra se labre igualmente y hasta 40 ó 45 centímetros de hondura en todos ellos; que se siembren con igual peso de papas que sean también muy semejantes en forma y dimensiones; y que se ponga á cada cuadro uno de los abonos siguientes:

Cuadro	Gramos	
1.º—Guano	10,000	
2.º—Salitre	80	
3.º—Fosfato soluble de cal.	120	
4.º—Sulfato, cloruro ó nitrato de potasa.	100	
5.º—Cal	200	
6.º—Salitre	80	mezcla
Fosfato de cal.	120	
7.º—Salitre	80	mezcla
Sal de potasa	100	
8.º—Fosfato de cal.	120	mezcla
Sal de potasa	100	
9.º—Salitre	80	mezcla
Fosfato de cal.	120	
Sal de potasa	170	
10.—Sin ningún abono		

Las cantidades anteriores no son precisas, sino que algo pueden variar con la calidad del terreno; pero ellas son las proporciones indicadas por Gerard para cuatro metros cuadrados de tierra.

El desarrollo de las plantas dará luego una idea de la fertilidad; y extraída la cosecha con cuidado y pesada, tendremos el rendi-

miento por cuatro metros y, por consiguiente, por hectárea ó por cuadra.

Suponiendo que el cuadro núm. 2 es el que ha dado mejores resultados, es claro que á la tierra le falta ázoe y necesitará salitre solamente.

Si el 3.° es el mejor, la tierra necesitará fósforo, y se le suministrará éste poniéndole guano de Mejillones ó huesos quemados.

Si el mejor es el 4.°, al terreno le falta potasa, y se le puede agregar cenizas vegetales ó cloruro de potasio, que hoy abunda en Tarapacá.

Si los otros cuadros son superiores, bastará ponerles las mezclas ya indicadas.

Es M. Gerard el que aconseja emplear todos estos abonos en las circunstancias antedichas.

Proporción de los abonos.—Los más usados se emplean como sigue:

	Kilogramos por hectárea
Guano	25,000
Fosfato soluble de cal	300
Sal de potasa	250
Salitre (nitrato de soda)	200

Semillas.—Debemos suponer que los mismos mejoramientos de producción obtenidos con las diversas semillas europeas, se alcanzarían con las nuestras, como son la *morada*, la *blanca*, la *cambray*, la *doma* i demás que no conocemos.

Si algunos de nuestros agricultores quisieran encargar semillas á Europa, les indicaremos á continuación las clases que hoy están dando mayor rendimiento en cantidad y en la ley de fécula:

	Kilogrs. por hectárea	Fécula por ciento
Blanca Riesen	47,000	18.0
Aspasia	43,000	17.8
Richter's Imperator	42,000	18.2
Simson	36,000	20.4
Aurora	34,000	16.8
Canadá	33,000	14.8
Rosalie	33,000	13.5
Früe Mehlball	32,000	17.5
Merville d'Amerique	31,000	13.1
Readihg Giand	31,000	13.8

Este cuadro nos muestra claramente que es tan rápido el progreso que hace en Europa el cultivo de la papa, que en poco tiempo la Imperator ha sido relegada al tercer lugar; y que no sería extraño que la papa francesa invadiera luego nuestros mercados, si los agricultores chilenos siguen produciendo, como hasta ahora, solamente 6,400 kilogramos por hectárea.

De multitud de experiencias se ha deducido también que la papa pequeña suele dar soberbios resultados; pero que no es constante en sus rendimientos. La papa muy grande no desarrolla gran producción. La mejor es la papa media, sana y de buena forma, cuyos rendimientos son más constantes y seguros. Por consiguiente, es la que debe elegirse para semilla y no la más grande ni la más pequeña.

Las experiencias hechas con las semillas de papas cortadas, como suelen emplearlas nuestros campecinos, han dado en Europa los más pésimos resultados.

Siembra.—Del buen orden para la siembra de la papa depende, en gran parte, la cifra de su rendimiento. Ella no sólo necesita donde extender sus raíces, sino también el espacio necesario para la procreación de sus numerosos tubérculos. De aquí que la distancia en que se siembran influya en más de tres mil kilogramos por hectárea en el aumento de la producción. M. Gerard aconseja hacer surcos á distancia de 60 centímetros uno de otro, y colocar la semilla de 50 en 50 centímetros: así las plantas se criarán rodeadas de aire y los tubérculos tendrán terreno bastante para su desarrollo.

Con respecto al número de papas que deben sembrarse por matas, ó por metro cuadrado si se quiere, lo dará á conocer el cuadro siguiente que expresa el resultado de una de las pruebas de M. Gerard ejecutadas en el año 1891, colocando la semilla á 25 ó 30 centímetros de hondura.

RESUMEN DE LAS COSECHAS POR HECTÁREA SEGÚN EL NÚMERO DE TUBÉRCULOS SEMBRADOS

Cosecha de 1891.—Richter's Imperator.

Número de papas iguales	Quilogramos obtenidos por hectárea
1 Tubérculo por metro cuadrado.	22,100
2 " " "	24,600
3 " " "	31,060
5 " " "	33,400
8 " " "	32,800

De este cuadro resulta que aumentando la cantidad de semilla, en la misma extensión de terreno, la cosecha no aumenta proporcionalmente y, á veces, disminuye también.

Estos experimentos darán á saber á nuestros agricultores que no debe arrojarse la semilla al terreno con profusión, porque ello impone un mayor gasto que no está compensado, y que á veces también en vez de aumentar disminuye la producción.

Cosecha.—El cuidado que exige la planta en Europa, es el mismo que entre nosotros.

Las hojas de las plantas indican la época de la cosecha; cuando ellas se marchitan y principian á secarse, es el tiempo oportuno; de ninguna manera cuando hay restos de vida, porque toda ella debe bajar á la raíz para aumentar la producción.

Enfermedad de la papa.—Si esta apareciere en Chile, la manera de curarla sería por medio del sacarato de cobre, que se prepara disolviendo en 100 litros de agua, 3 kilogramos de sulfato de cobre y 3 kilogramos de cal. Se riegan las plantas ligeramente con este líquido por medio de finas regaderas, ó más bien de pulverizadores.

Conservación de la papa.—En Europa se conservan las papas frescas durante mucho tiempo aptas para el consumo y aún la siembra, sin que se pudran ni se broten. Procédese del modo siguiente: se elige un terreno seco y libre de humedades; el de arena es muy bueno; se abre un foso de m. 0.75 á un metro de profundidad, colocando la tierra en un solo lado formando una muralla á continuación del foso; se coloca en la base de la exca-

vación y en la muralla formada por la tierra, una capa de paja larga de trigo ó cebada de 20 centímetros de espesor; en seguida se forma el montón de papas recostado en la muralla con paja; se cubren las papas con otra capa de paja de 20 centímetros y tierra ó arena, formando un espesor de 40 centímetros, encerrándolas completamente de esta manera para impedir la entrada del aire y del calor.

De este modo se mantienen las papas todo el año, siendo muy poca la diferencia entre las nuevas y las conservadas.

Ley de fécula.—La papa tiene la siguiente:

Agua.	74	por ciento
Fécula	20	"
Otras materias	6	"
	100	

Las partes variables son las dos primeras: la tercera es más ó menos constante. Para el ensayo de una papa bastará entonces determinar el agua, quitar de lo restante el 6 por ciento, y el residuo será la riqueza en fécula.

Cualquiera puede hacer este ensayo procediendo de la manera siguiente: se lavan algunas papas; se pesa un quilogramo de ellas, se cortan en rebanadas, se les pasa un hilo, se cuelgan al sol y se les acaba de secar á un fuego lento, sin tostarlas. Se vuelve á pesar y supongamos que se obtienen 260 gramos; luego la papa tendrá 740 gramos (74 por ciento) de agua, del 26 por ciento restante se quita 6, y el 20 por ciento que resta será la ley de fécula contenida.

Creemos de gran importancia presentar aquí el extracto de una conferencia sobre terrenos, cultivo y elaboración de la papa en Chile, tenida con M. Gerard por don M. Talavera, á quien el país le acordará algún día los honores que merece por los expontáneos y patrióticos servicios que nos está prestando en sus bien aprovechados viajes por el Viejo Mundo.

Dijo el eminente sabio:

«Si no se introduce en el terreno, por medio del abono, las materias que le faltan, *su cultivo será raquítico, enfermo, y su producción casi nula.*»

«Es curioso lo que pasa con los agricultores: los franceses son un poco duros de cabeza; pero una vez que se convencen, son rigorosos y fieles observantes. Cuando han seguido nuestros consejos sobre los abonos que les conviene emplear según las muestras de terrenos que nos han traído, *hemos tenido el gusto de recibir las primicias de las más soberbias producciones.*

«Los beneficios del abono están ya tan comprobados entre nuestros agricultores, que *ninguno se atrevería hoy á efectuar la menor siembra sin abonar el terreno.* Las malas producciones son por falta de abonos ó mal uso de ellos, lo que también sucederá con frecuencia en Chile.

«El clima de Chile es mejor que el de la Francia, y sus tierras más vigorosas: no hay pues que dudar que *haciendo los trabajos como en Francia, se obtendrán esas producciones seis ó siete veces mayores*, y *aún más, con toda semilla.*

«En abonos, los chilenos los tienen todos, y *Chile debería ser el primer país agrícola del mundo.*»

«Para materias azoadas, *no hay como el salitre.*»

«Para materias fosfatadas, no hay como el guano de Mejillones, y mezclado con arenas como se halla, es mejor. Es providencial que no tenga exportación para que ustedes lo utilicen.»

«Para potasa, *no hay como el cloruro de potasio de Tarapacá*, muy superior al sulfato de potasa que nosotros usamos.»

«Los campesinos reemplazan, á veces, estos abonos con otros muy débiles: los fosfatos, con ceniza de huesos quemados; la potasa, con cenizas de ramas de hojas; y el ázoe, con el aire abarbechado, de pobrísimos resultados.»

«De los terrenos analizados de Chile: los de La Peña (señor Agustín Edwards), de Guindos (señor Benjamín Matte) y de Longaví (señor Ernesto Valdés), necesitan cloruro de sodio y algo de guano de Mejillones y cal, y los del Membrillo (señor Cesareo Valdés), necesitan salitre, cloruro de sodio y algo también de cal. Los de Guindos necesitan además algo de tierra vegetal; el guano de corral los mejoraría mucho.»

«Siempre que en los terrenos buenos ó bien abonados no hay un rendimiento satisfactorio, es *por falta de hondura en los surcos.*

«No se pueden dar recetas ó fórmulas generales de abono; *lo*

mejor es experimentar siempre: hagan en Chile lo que hacemos en Francia.»

«Aquí he tenido dos campos de estudio: uno de *experiencias* y el otro de *demostraciones*.

«Cuando alguno de los resultados me satisface, necesito comprobarlo con muchos agricultores y busco las personas pobres pero serias, y les doy la semilla y el abono, con la condición de que hagan el cultivo ajustado á mis instrucciones; las cosechas son para ellas. El éxito ha sobrepasado mis deseos, y actualmente tengo pobladas de agricultores que me vienen á ofrecer sus tierras en esas condiciones, lo que me permite multiplicar los experimentos con rapidez, deducir de ellos reglas generales y hacer una propaganda eficaz. Lo mismo podrían hacer en Chile.»

«Aunque los alcoholes rectificados de papas, son tan buenos como los demás, las papas tienen en Chile una aplicación preferible: ellas pueden ser el alimento seguro del pueblo, teniendo, como ninguno, las condiciones de sanidad, nutrición y baratura. Ellas son también un alimento que engorda y robustece á los animales caseros, las aves de corral, los caballos, los bueyes, etc.»

De los cultivos de Chile, la betarraga y la alfalfa, merecerían también un estudio algo detenido, pero esto nos llevaría mucho más lejos de lo que nos hemos propuesto en este trabajo. Bastará para nuestros fines con tener los datos apuntados sobre los cultivos de los dos ramos industriales que consideramos de más importancia en nuestra agricultura; y los demás los haremos figurar en el grado que les corresponda al tratar de los producidos que podrá obtenerse de los fundos pequeños que será el tema de los capítulos siguientes. Y al tratar del cultivo de estas pequeñas haciendas, debemos suponer que en cada una de ellas, dos hectáreas serán siempre ocupadas por caminos, casas, huertos, corrales, pesebreras y otros departamentos para distintos servicios. El campo de labranzas quedará reducido á ocho hectáreas que serán las que nos sirvan de base principal para el cálculo de las producciones de toda propiedad.

XXXV

PRODUCTOS DE LAS VIÑAS

Supongamos que las ocho hectáreas han sido plantadas con cepas de uva del país, propias para vinos ordinarios.

Siguiendo el estilo común, la producción ordinaria de estas viñas, se puede calcular en 7,000 litros de caldo por hectáreas.

Los agricultores que alguna vez le han dado una cava á la ligera á sus viñas, han podido notar, con este sólo trabajo, un aumento considerable en las producciones. Pero si además de la cava le agregamos el abono correspondiente, será fácil obtener un doble resultado, ó sean 14,000 litros de jugo por hectárea, que al precio corriente de seis centavos litro, importarían la suma de 840 pesos por hectárea, ó un total de 6,720 pesos para todas ellas.

De viña francesa, cepaje blanco dulce, la producción al natural no pasa de 4,500 kilogramos de uva, ó sea 4,050 litros de vino. Pero con el abono del yeso únicamente, ya hemos visto que es fácil elevar este rendimiento á 16,000 kilogramos de uva, ó sea 14,400 litros de vino, que al precio mínimun de 9 centavos litro, daría 1,293 pesos por hectárea, y 10,344 pesos por las ocho hectáreas.

En este ramo es donde más sobresale la ventaja de los cultivos en pequeña escala. Pocos dedicarían desde un principio todo su terreno al plantío de la viña, porque muy pocos también querrían que, por carecer ellos de los medios de elaboración, otros vinieran á conquistarse nombre y fortuna con la materia prima que

ellos producían. Pero como la elaboración del vino exige un capital en bodegas, vacijas y demás útiles, lo más corriente sería que se principiase por poco, para irla aumentando gradualmente, á medida que los recursos lo fueran permitiendo. El estudio y el perfeccionamiento en un ramo tan delicado, aconsejarían también seguir este orden. Pero los resultados serían relativamente muy superiores á los que ya hemos visto.

Si suponemos que sólo dos hectáreas se han plantado de viña, éstas darían 29,000 litros de vino, que para su venta habria necesidad de guardarlo dos años, por lo menos. Sería necesario, por lo tanto, disponer de una pequeña bodega con 90,000 litros de vasija para contener la cosecha de tres años; todo lo cual, agregado á los demás útiles, tendría un costo de 4,000 pesos. Acumuladas dos cosechas, se venderían en adelante 29,000 litros de vino cada año, que á 15 centavos litro darían 4,350 pesos. Si las ocho hectáreas se explotasen de igual manera, habría un rendimiento total de 17,400 pesos, ó más, si el expendio se realizaba en buenas condiciones en los mismos pueblos. Cualquiera que sea el gasto que esta faena llegue á originar, la cifra anterior da una idea aproximada de lo que será capaz de producir el pequeño fundo en cada año, plantado con cepaje blanco dulce.

Con planta moscatel del Bordelés, el mismo terreno, con el mismo trabajo y la misma cantidad de abono, elevaría en un cincuenta por ciento la producción anterior.

En resumen: el producto bruto por hectárea puede estimarse como sigue:

Viña del país, al natural, litros.	7,000	$ 420
» » con aradas y abono.	14,000	» 840
Cepa blanca dulce, caldo nuevo	14,400	» 1,293
» » » dos años.	14,400	» 2,160
Cepa moscatel Bordelés, nuevo.	23,094	» 2,078
» » » dos años.	23,094	» 3,464

Estos cálculos se refieren al cultivo de la viña en la parte central de nuestro territorio. Pero desde la provincia de Colchagua hacia el sur, esta industria se halla en condiciones más ventajosas por el más bajo precio del terreno, el poco gasto anual que originan las plantaciones y su mayor rendimiento.

El costo de una cepa, desde que se planta hasta que da fruto, se estimaba antes en 20 y hoy en 30 centavos, y caben de 5 á 7,000 en cada hectárea.

Estas viñas se cavan todos los años. Y para combatir el *oidium*, en cada cepa se hace un taladro y se llena con azufre, lo que se ha reconocido como altamente benéfico para la planta y su producción.

En cuanto á los rendimientos que se obtienen, éstos alcanzan, por lo general, á diez mil litros de vino en los cerros y á catorce mil en los planes, por hectárea. Con un buen sistema de abono, es indudable que estos resultados crecerían notablemente.

La uva que se obtiene es exquisita y se prestaría para valiosas elaboraciones.

Según la opinión de M. Gerard, con los abonos y tierras chilenas hay razón para esperar rendimientos superiores á los obtenidos en Francia.

Los gastos de producción varían con la localidad, y creemos que nunca podrán estimarse en más del 10 por ciento del valor bruto obtenido.

XXXVI

PRODUCTOS DE LA PAPA

Al formar el cálculo de lo que un terreno es capaz de producir con el cultivo de la papa, no debemos contar con la venta en bruto de este artículo: la demanda siempre será pequeña comparada con la producción; pero la producción será siempre pequeña con relación al consumo que de ella puede hacerse con gran provecho dentro de cada fundo.

Si sembráramos de papas las ocho hectáreas, tendríamos una cosecha media de 320,000 kilogramos. Suponiendo que la diéramos como único alimento á los animales, lo que nunca sucedería, tendríamos bastante con esta cantidad para mantener algunos chanchos y ovejas, una numerosa conejera, un corral de aves bien poblado y engordar 280 bueyes á pesebrera en el año. Estos últimos solos, darían un producto de 30 pesos por cabeza, ó sea, 8,400 pesos en total.

En la práctica esto daría resultados muy superiores, porque la papa sería auxiliada por otras materias de menor valor y que podrían llegar á formar hasta el 50 por ciento de la ración diaria del animal. Por lo tanto, no creemos habría exageración en estimar en mil pesos la producción líquida por hectárea, con este ramo de industria.

Es posible que algo más pudiera obtenerse, manteniendo en lugar de bueyes, vacas lecheras, y utilizando leche, gordura y cría al mismo tiempo. Solamente la práctica podría resolvernos esta y otras cuestiones relativas á este ramo de negocio.

M. Gerard se ocupa hace dos años de hacer engordas rápidas por medio de la papa cocida. No conocemos aún los resultados que haya obtenido.

Fuera del uso anterior, el más sencillo que puede hacerse de este precioso tubérculo, hay otros muchos que constituyen hoy en Europa ramos de industria muy importantes. Indicaremos á la ligera algunos de los artículos comerciales que se saca de la papa, y la manera de elaborarlos.

Pan de montaña.—Se pesa 10 kilogramos de papas bien lavadas, se rallan y esta pasta se lava con varias aguas hasta que pierda todo gusto; se mezcla con 300 gramos de malta molida gruesa, se hace hervir con un litro de agua, y se pasa por un tamiz; se decanta el agua, la pasta se amasa con 200 gramos de levadura de cerveza, se pone al calor suave del fuego para que se produzca la fermentación, y cuando ésta ha concluído, en cuatro ó seis horas, se agrega á la masa 1½ kilogramos de harina candeal y 30 gramos de sal molida; se corta en panecitos y éstos se cuecen á un calor suave. Este pan dura sólo cinco días sin fermentarse.

Pan de niñas.—Se cuecen 10 kilogramos de papas, se pelan, se muelen y la pasta extendida en una lata se seca al fuego; la harina que resulta se mezcla con 3 kilogramos de harina candeal, se amasa, se convierte en pequeños panes y se ponen éstos al horno sólo el tiempo preciso para cocer la harina cruda. Se obtiene así un pan muy barato, sano, agradable, nutritivo y dura más que el anterior.

Pan de rotito.—Se pesan 10 kilogramos de papas, se rallan y se lava esto con varias aguas hasta que ellas salgan claras y sin gusto. Antes de arrojar éstas, se les deja acentar ciertas materias blancas que suelen contener, que es lo más nutritivo de la papa, y se incorporan á la masa. Esta se estruja fuertemente en un paño. Se amasa con 250 gramos de levadura fresca diluída en un poco de agua caliente, y se deja fermentar por cuatro ó seis horas. Cuando la fermentación está para terminar, se mezcla la pulpa con 2½ kilogramos de harina candeal y 32 gramos de sal en polvo; se amasa, se deja fermentar aún dos ó tres horas según la temperatura, se cortan los panes y se les cuece á un calor suave.

Este pan es muy agradable y se conserva bien.

Quesitos huasos.—Este no solamente es un alimento del pobre

en Europa, sino también una materia comercial, sobre todo en Saxe, tal es su bondad y estimación.

La fabricación de este queso es hoy muy importante en Chile, porque para ella se emplea la leche decremada que antes se perdía y que comienza á ser utilizada por el pueblo. Además este queso es sano, agradable, nutritivo y en extremo barato.

Para fabricarlos, se cuecen con poca agua y á vapor, 10 kilogramos de papas; se pelan, se muelen y la pasta se tamiza, se mezcla con 5 kilogramos de cuajo de leche, se une bien, se envuelve y se deja reposar por tres ó cuatro días; entonces se amasa, se cortan los quesos, se envuelven en lienzos separados y se cuelgan á la sombra donde haya aire puro. Cuando están á medio secar, se espolvorean con sal y se les vuelve para secar la parte inferior. Esta operación se hace tres ó cuatro veces.

Fideos y macarrones montañeces.—Son buenos y muy usados en Europa. Para fabricarlos se mezcla:

Papa cocida bien molida	10 kilogramos
Harina de garbanzos	4.0 »
Harina de malta	3.0 »
Sal en polvo	1.5 »
Pimienta en polvo.	0.5 »

Se amasa todo esto con 4 kilogramos de gelatina de patas; se comprime en una vacija agujereada, y las fibras que pasan se van recogiendo en un lienzo. Estos se enrrollan antes de secarlos. Son blancos: si se quiere tenerlos amarillos, se tiñen con azafrán ó con achote como la mantequilla.

Café de papas.—Se corta la papa en pedacitos del tamaño de fréjoles; se secan á fuego lento; se tuestan, como café, con mantequilla; se enfrían extendidos en un paño, y se guarda este café en frascos bien tapados para molerlo cuando se quiera usar. Los ingleses y alemanes pobres lo prefieren al verdadero café por ser menos irritante.

Tostada la papa en mezcla con el verdadero café, toma el 15 por ciento del aroma que éste pierde ordinariamente.

Racahout de los árabes.—El postre dulce de este nombre, se falsifica en Francia y se exporta.

Se compone de:

Fécula de papa cocida.	2 kilogramos
Chocolate	½ »
Azúcar	½ »
Vainilla, algunas gotas.	

Con esta pasta se hace dulces muy buenos.

Jabón de papas.—Se cuece la papa y se hace una pasta con la cual se frota la ropa; lava bien, ahorra tiempo y dinero, y la ropa no se destruye como con el jabón. Después ésta se enjuaga y se seca.

Además de los artículos anteriores, se fabrica también de papas, almidón, azúcar, harina, chuño, tapioca, sagú, rapé, jarabe, barniz, engrudo; alcohol, vinagre; y varios vinos y licores de los que aquí consumimos como madera, jerez, alicante, tokay, malvoise, frontignan, málaga, etc, y todos más ó menos fáciles de fabricar.

Como se ve, en esos pequeños centros industriales no hay tiempo perdido ni personas que no sean útiles. Con la elaboración de la papa solamente, hay para ocupar mucha gente y para ganar mucho dinero.

XXXVII

LA ALFALFA

Es otro de los artículos que paga bien el trabajo y que va tomando en Chile mayor desarrollo cada día. Hasta ahora el consumo de alfalfa seca y aprensada se había limitado únicamente al sostenimiento de los animales que se emplean en los transportes de salitres, de minerales y demás servicios de la costa occidental de Sud-América. Hoy tenemos pedidos de Europa los cuales, bien atendidos, nos ofrecerían nuevos mercados para nuestra alfalfa que creemos no tendrá rival en aquellos países.

Sólo es de sentir que las primeras remesas que se han hecho hayan dado margen á ciertas protestas de parte de los compradores por haber encontrado dentro de los fardos, piedras, fierros, y otros objetos destinados á darles mayor peso. El hecho es grave y debe tratarse, con disposiciones oportunas, de evitar su repetición, ó de hacer que el descrédiro caiga sólo sobre la marca responsable y no sobre todas las demás.

Por el sistema actual de cultivo, se ha llegado en Chile á obtener una producción de treinta mil kilogramos por hectárea, por año, de alfalfa seca y aprensada. Es un producto de fácil venta, y cuyo precio es, por lo regular, de tres centavos kilogramo en los tiempos húmedos y de tres tres cuartos centavos kilogramo en los secos. Según esto la producción por hectárea podrá estimarse:

En tiempo húmedo . . . . . 900 pesos
En tiempo seco . . . . . 1,125 "

ó sea 1,012 pesos por término medio en todo tiempo.

La semilla solamente se renueva en el terreno cada ocho años.

Para sembrarla, se ara el terreno, se le pone cebada y se rastrea; se esparce en seguida la semilla de alfalfa y se cubre con una ligerísima capa de tierra por medio de la rastra. El gasto de la siembra es pequeño, y poco costosa también su conservación. Todos los gastos de esta faena pueden darse por compensados con el valor de la cebada que llegará á cosecharse.

Los abonos aumentarían extraordinariamente la producción. Para comprobarlo, basta citar la prueba que hizo Franklin, con uno solo de ellos, en Estados Unidos, cerca de Washington. Poseyendo á orillas de un camino público muy frecuentado, una pradera de alfalfa, hizo desparramar yeso de manera á escribir, en grandes caracteres, las palabras: «esto ha sido ensayado»; y en la primavera siguiente el relieve que formaban las plantas abonadas permitía leer claramente las palabras por su extraordinario desarrollo.

Sin datos positivos á este respecto, hay razón para suponer que, con el empleo de los abonos, la producción acrecería, por lo menos, un treinta por ciento, dando entonces cada hectárea 39,000 kilogramos de alfalfa seca y un valor bruto de 1,315 pesos. O sea por ocho hectáreas un total de 312,000 kilogramos pasto con un valor de 10,520 pesos.

Vendida esta cosecha ó consumida en animales á pesebrera, su producción líquida en el año la reduciremos á 900 pesos por hectárea después de mantener los conejos, algunas ovejas, tres vacas lecheras y los caballos indispensables para el servicio.

XXXVIII

PRODUCCIÓN DEL HUERTO

Los planteles de árboles frutales son en extremo productivos cuando están cerca de los mercados de consumo. Toda fruta produce más vendida al natural, que elaborada. Pero esto será los excepcional.

Si hemos de plantar árboles para darle al fruto cierto beneficio, entre los más productivos daremos preferencia al durazno y á la ciruela Reina Claudia, ambos de fácil cultivo y de abundante producción.

La ciruela citada se convierte en pasas que tienen alto precio en el comercio.

En cuanto al durazno, puesto en conserva, es de mucha estimación dentro y fuera del país. No hace mucho tiempo el jefe de una respetable casa de comercio de Valparaíso, de regreso de Alemania, dijo: «que el durazno en jugo había sido muy celebrado en aquel país; y que éste podía hacer la riqueza de Chile, elaborándolo en bastante cantidad para su exportación.» Otro tanto dice Pisis de la pasa del Huasco; é igual cosa puede decirse también de la miel de palma, artículos todos muy exquisitos, especiales de nuestro país, y desconocidos en los mercados europeos.

En una hectárea pueden colocarse fácilmente setecientos árboles cuyo fruto, vendido al natural á los industriales, nunca daría menos de 1,500 pesos líquidos en la temporada. Este huerto sería frutal en tres años; y en cada año habría necesidad de cabar el terreno y de suministrarle los abonos que le conviniesen.

Su conservación es fácil y poco gravosa. Y la elaboración del fruto, muy sencilla y altamente remunerativa.

Nada convendría más á todo propietario, que tener siempre un huerto de esta clase para irlo acreciendo á medida que la industria fuera tomando mayor desarrollo. Y las subdivisiones del terreno podrían también hacerse con manzanos, perales y otras frutas de guardar que producen mucho dinero durante todo el año.

XXXIX

Aunque la betarraga puede figurar también entre los productos más valiosos que será posible obtener de nuestros campos, no obstante, no nos detendremos en ella por ahora, por cuanto su cultivo no puede hacerse en buena escala sino en localidades muy especiales, y bajo la condición de que haya en el lugar una fábrica de azúcar que alimentar. Por lo tanto nuestros cálculos sobre lo que un terreno pequeño será capaz de producir, se limitarán á los cuatro artículos ya citados, que juntamente con el de hortalizas, son todos de más ó menos general aplicación en las principales regiones agrícolas de Chile. Todos ellos necesitan dedicación y estudio; pero el ramo de las legumbres y hortalizas exigirá siempre el especialista, con el cual deberá hacerse el negocio en participación. Este cultivo será indispensable en toda propiedad: él además de suministrar los principales artículos para la subsistencia de todos los habitantes del fundo, dejará siempre algún provecho, que podremos estimar en 500 pesos en una hectárea que bastará para este servicio.

Es indudable que en cada uno de estos centros de trabajo, luego se planteará, por lo menos, un establecimiento para la elaboración de los productos propios de la localidad: en un punto habrá bodegas para vino; en otros, prensas para pasto; en otro, una fábrica de azúcar de betarraga, y muchos otros de pequeñas industrias como fabricación de alcoholes, de almidón, de quesos, de frutas en jugo, etc., etc. Estos establecimientos fijarán los cultivos preferentes en cada lugar, donde podrá siempre venderse la materia prima en cantidad y á un precio conveniente si no se quiere elaborarla por cuenta propia.

En estas condiciones de trabajo, fácil será ya calcular lo que podrá dar una propiedad de diez hectáreas de tierras. Según los cálculos anteriores la producción podrá estimarse en lo siguiente, vendiendo los frutos al natural:

	1 hectárea	8 hectáreas
Alfalfa.	$ 900	$ 7,200
Papas	1,000	8,000
Frutas varias	1,500	12,000
Viña del país	840	6,720
Viña francesa blanca dulce . .	1,293	10,344
Viña francesa Bordelés	2,078	16,624

Estos resultados aconsejan proceder, desde luego, á las plantaciones de árboles frutales y de viñas francesas, como las más productivas y más fáciles de atender; pero en cambio, son más tardías para principiar á producir. Las papas y el pasto, aunque más laboriosos para su cultivo y su cosecha, pocos meses bastan para ver sus primeros rendimientos.

Según esto, lo más conveniente será principiar por los cultivos en grande del pasto y de la papa, y por plantaciones pequeñas de huertos y viñas, que se irán extendiendo cada año hasta darles las dimensiones que convenga. Pero siempre habrá una hectárea destinada á legumbres y hortalizas.

XL

Veamos ahora los beneficios que una familia puede alcanzar con una propiedad de 200 metros de frente á un camino público y 500 de fondo, ó sea, 10 hectareas superficiales de buen terreno y con su correspondiente dotación de agua. Supongamos que el valor de compra sea el de 400 pesos por hectárea, ó 4,000 pesos en todo.

De los 1,400 metros de su perímetro, deberá cerrar por lo común 900. Hecho esto con tapiales (1) de un metro ochenta de alto, por setenta centímetros de grueso y su barda correspondiente, le costaría mil quinientos pesos próximamente; y hecho con cinco hilos de alambre de púa con postes de ciprés de un decímetro en cuadro, costaría hoy 7 pesos 20 centavos. Supondremos 1,000 pesos para el costo medio del cierro.

El valor de las casas, corrales, pesebreras y otras oficinas, podrá estimarse en 3,000 pesos; y en 2,000 pesos la preparación y plantación de todo el terreno.

La propiedad tendría así un costo original de 10,000 pesos, que impondría al comprador un gravámen anual de 800 pesos para ser pagada totalmente en 20 años. Con este pequeño desembolso que apenas basta hoy para pagar el canon de una modestísima casa en Santiago ó Valparaíso, una familia tendría habitaciones suficientes, la subsistencia asegurada, ocupación lucrativa para todos sus miembros, y un sobrante anual tanto más crecido cuanto mayor fuese el impulso dado á los trabajos. Y es preciso no

(1) Un tapial de m. 2.50 de largo, m. 1.80 de alto y m. 0.70 de grueso cuesta hoy 3 pesos.

olvidar que este pago no principiaría á efectuarse sino un año después de ejecutadas todas las obras mencionadas, es decir, cuando el fundo estuviese dando frutos.

En aquel campo habría, en pocos meses, papas, pasto y hortalizas; junto con esto se vería aparecer en las pesebreras, caballos, vacas lecheras y ovejas; y muy luego se verían los corrales poblados de conejos y de aves domésticas de todas clases.

No habría entonces necesidad de que los miembros de aquella familia abandonasen su casa para ir á ocupaciones diversas; ni que el padre saliera á la calle diariamente en busca del dinero necesario para los gastos indispensables de cada día.

Con la subsistencia asegurada; y suprimido el canon de la casa, el buen menaje, los ricos vestidos, la modista, el gas, las contribuciones y mil otros gastos que diariamente afectan á una familia, ésta sería allí cien veces más feliz que viviendo en medio de la capital. Los que hemos pasado largas temporadas alejados de esos centros de *cultura*, de sinsabores y de perdición, podemos sostener como una gran verdad que *donde no existen esos goces ficticios de los pueblos, tampoco hacen falta.*

Unida siempre toda la familia, y vinculado su presente y su porvenir á esa propiedad, hace de ella un verdadero encanto, adonde no tienen cabida las molestias infinitas de la vida de los pueblos, y sí todos los goces que trae consigo la vida de la unión, del amor y del trabajo.

El tiempo ocupado, es la primera de las felicidades; y el desocupado, la mayor de las desgracias. En este sentido, aquella familia habrá realizado el ideal de su destino, sin que falte ninguno de sus miembros, y viéndolos á todos ocupados en la noble tarea de hacer la felicidad común: los grandes tendrán á su cargo los cultivos principales; los jóvenes tendrán bastante que hacer en los huertos, los establos y otras faenas; y las mismas niñas harán su delicia del cuidado de sus conejos, de sus flores y de sus aves de corral.

En esta casa habrá siempre dinero disponible. En lugar de verse todos los días á la puerta, como sucede en los pueblos, vendedores de aves, de frutas, de verduras, etc., habrá, por el contrario, compradores de todos estos artículos; los grandes y los chicos tendrán siempre algo que vender; y todos y todas tendrán el placer incom-

parable de ver su trabajo convertido en dinero, y éste en los vestidos y demás objetos de su gusto.

Con experiencia podremos decirlo, que la primera necesidad que se hace sentir en tales casos, es la de una pequeña biblioteca de tal manera se despierta el gusto por la lectura; y el padre, estando siempre en la casa, podrá dedicar algún tiempo á la educación de los menores si no hay otros medios fáciles de qué disponer con tal objeto.

En las condiciones actuales de nuestros campos, la vida de una familia es allí algo aislada y no exenta de peligros; pero bajo la nueva forma todo cambiará. Aquellas colonias serán pequeños centros de pobladores de distintas nacionalidades, unidos todos por el vínculo del trabajo, y adonde cada uno llevará su contingente al progreso de la localidad y al bienestar común. Los jóvenes propietarios sentirán luego la necesidad de formar una familia; y las jóvenes tendrán allí más atractivo y más preparación para el mecanismo interior de una casa, que en los pueblos.

Nada faltará en aquellas pequeñas haciendas: la servidumbre doméstica, hoy tan difícil en los pueblos, será allí muy fácil de arreglar; si es preciso hacer una mesa, fabricar algunas piezas de ropa, componer una chapa, etc., rara vez será necesario ir á buscar afuera las personas que deben prestar estos servicios; y para amenizar las horas de descanso, tampoco faltará quienes toquen diversos instrumentos, sobre todo si hay italianos y alemanes entre los colonos.

Aquellas casas serán, pues, centros de amor, de trabajo, de respeto, de expansión y de placer; en una palabra, serán hogares verdaderamente felices.

¿Queréis pasar un día delicioso? Id á visitar una de esas familias. Nunca faltará un carruaje propio ó del vecino, que os irá á buscar á la estación más inmediata; y al llegar á la casa, junto con todas las puertas, se os abrirán todos los corazones de aquella familia; siempre habrá con qué obsequiaros; tendréis la convicción de que se os atiende con sinceridad y con cariño; las horas pasarán entre las distracciones de la casa y los encantos de los huertos y jardines; el tiempo discurrirá ligero; y veréis con sentimiento llegar la hora de la partida de aquella mansión de los

ardientes corazones, para volver al pueblo donde la frialdad del cálculo acompaña todos los actos de la vida social.

Los balances anuales del negocio darán siempre saldos favorables. La cuota de 800 pesos se pagará al Banco Colonial con los productos del último de los ramos de negocio del fundo; y después de haber vivido confortablemente, la familia tendrá siempre, al fin de cada año, un sobrante de tres ó cuatro mil pesos que guardar ó que invertir en nuevos ramos de trabajo.

Por este camino creemos fácil de alcanzar los grandes beneficios que hemos indicado en el párrafo XVI de este folleto.

El trabajo no será una mengua para nadie; por el contrario, él será altamente honroso para todos y conducirá á una fortuna pura, que no contendrá ni una lágrima, ni una gota de sangre de ningún sér extraño.

Todos podrán ser propietarios de tierras y llegar, por medio del trabajo, á procurarse una subsistencia fácil, podrán desarrollar industrias; producir para sí y para exportar; dar ocupación lucrativa á muchos obreros y colonos; contribuir con su pequeña cuota á la realización de toda empresa nueva, dentro ó fuera del país, y sin labrar su ruina; procurar la paz y el orden interior; y en el caso de una guerra extranjera tendrá el estado numerosos y esforzados brazos de qué disponer.

Realizando tódos algunas ganancias al fin de cada año, estos ahorros buscarán siempre colocación bajo la garantía de la propiedad raíz: de aquí la oferta del capital á un bajo interés, en vez de la demanda en tan vasta escala que hoy vemos.

No podremos, en ningún caso, llegar á una plétora por exceso de producción, por cuanto tenemos que abastecer á toda la costa occidental de Sud-América. Las verdaderas recovas de todos los puertos del norte son hoy los vapores que parten de Valparaíso, por cuya razón los artículos de consumo tanto han encarecido en nuestros mercados centrales.

Habiendo facilidades de trabajo y expectativas lisongeras de fortuna, se verá á muchos empleados renunciar sus destinos, y pocos se sentirán inclinados en lo sucesivo á ocupar un puesto sedentario y sujeto á una renta fija.

En cuanto á la expectativa de podernos independizar de los

mercados extranjeros, esto lo podremos manifestar con muy buenas razones en la sección de la minería, de que nos ocuparemos en los capítulos siguientes.

En buena síntesis: la tendencia natural de estos trabajos debe marchar á devolver, á los campos y á las aldeas, la vida que los ferrocarriles les han arrebatado en beneficio de la capital y de Valparaíso. Si en esta concentración está, en gran parte, el origen de nuestros males, reaccionando sobre ella iremos á nuestra salvación. Este espíritu absorbente de los pueblos ha traído consecuencias funestas en todas partes: con él vienen la decadencia de los centros agrícolas, la desaparición de las fortunas y el desarrollo en grande escala del vicio y del pauperismo.

El vicio es incorregible en las grandes poblaciones; y en los campos, la simplicidad misma de las costumbres tiende á hacerlo desaparecer.

Se nos comunica de Chicago que las poblaciones católicas, como son las irlandesas y las de Luisiana, son las que en aquella exposición han exhibido los mejores modelos de la vida moral, holgada y feliz que se goza en los campos. Este hecho ha llamado mucho la atención y ha sido allí muy discutido.

El Gobierno que inicie esta nueva era entre nosotros, se hará eminentemente popular, y recibirá la bendición de todos los pueblos que verán, algún día, realizados sus sueños de bienestar y de progreso por la iniciativa de los que marchan á la cabeza de sus destinos.

XLI

MINERÍA

Mucho se ha escrito, se sigue escribiendo, y más se escribirá aún sin llegar jamás al agotamiento de un tema tan fecundo como el de la minería de Chile.

Tenemos una Corporación bastante laboriosa, y en cuyo Directorio la ciencia, la práctica, el estudio, la abnegación y el patriotismo se han unido para trabajar, sin descanso, por elevar el nivel de nuestra iudustria minera al rango que le corresponde en el mundo entero: un buen número de Escuelas Prácticas de Minería; un Museo Mineralógico y Laboratorio Químico en Santiago; una interesante publicación mensual que nos tiene al corriente de los progresos de la Minería dentro y fuera del país; la redacción del Código de Minas vigente; y una próxima Exposición Internacional, no son sino una parte de los trabajos de la Sociedad Nacional de Minería en los pocos años que cuenta de existencia.

En tan laudable tarea es preciso que el entusiasta Directorio de la Sociedad se vea secundado por el esfuerzo del Gobierno, de los capitalistas, de los hombres de ciencia, de todos en fin, ya que se trata de levantar nuestra primera fuente de riqueza de la postración en que hoy se halla.

Esto no sólo es un acto de justicia, sino una necesidad que se hace sentir con mayor fuerza cada día. Ningún país ha tenido como Chile depósitos más numerosos y abundantes de materias minerales comerciables en todos los mercados extranjeros. Ellos

han sido la moneda con que siempre hemos pagado nuestras importaciones; con ellas hemos tenido rentas siempre crecientes; ellas nos han conquistado prestigio en el exterior, y en el interior nos han dado riqueza, comodidad, fuerza, viabilidad y elementos de progreso de todo género. Sin la minería, nuestra agricultura sería hoy rudimentaria; y nuestras poblaciones mismas no ostentarían ese lujo de arquitectura y de belleza que tan alto grado ha alcanzado ya.

Una simple mirada hacia el pasado bastará para convencernos de esta verdad.

Nuestra agricultura ha marchado siempre á paso lento, y en nada casi ha influído en el progreso y enriquecimiento del país. Si quitamos el corto período de exportación á California, cuyos beneficios para Chile fueron bastante dudosos, los productos de nuestros campos han tenido siempre un bajo precio, y muy escasa demanda de los mercados extranjeros; sólo han servido para el consumo interior, el cual ha ido creciendo y mejorando los precios á medida que se han ido desarrollando los trabajos mineros. Hoy estas mismas faenas exigen mayor cantidad de provisiones para su consumo, y esto ha traído, para todo el país, la escasez y el encarecimiento de los artículos de primera necesidad: la producción agrícola de Chile no alcanza para el consumo interno, y nos vemos obligados á pedir al extranjero más de diez millones anuales en comestibles, figurando la carne solamente por cerca de la mitad de esta suma. Esto no es por falta de tierras ni de agua con que regarlas: ya hemos probado en la sección de agricultura las causas que nos han traído tan extraño fenómeno, y los medios fáciles de removerlas.

Muy distinto camino ha llevado la minería. Desde la conquista la producción de oro ha sido constante en Chile: los dos millones anuales de pesos que sacaba de sus minas y lavaderos, le bastaban para costear su circulante metálico y para pagar al extranjero la mayor parte de sus importaciones; éstas eran pocas y venían siempre bajo bandera española. Las rentas del Estado eran pobrísimas, y pobrísimas también las dotaciones de los cargos públicos.

Pero la plata vino luego en auxilio del oro. Esta nueva era principió con el descubrimiento de Chañarcillo en el año 32; en pos de éste vinieron los minerales de Tres Puntas, Cabeza de

Vaca, Lomas Bayas, Los Garines, Caracoles, La Florida y tantos otros que se manifestaron bastante ricos desde su descubrimiento. Esto vino á cambiar la faz política, social y mercantil de este país: el Desierto de Atacama principió á poblarse; faenas mineras se establecieron en todas partes; y muy luego se sintió la necesidad de establecer comunicaciones fáciles por mar y por tierra.

El gran empresario norteamericano don Guillermo Wheelwrigth fué el que inició estas últimas con el más brillante éxito. En el año 40 estableció con capitales ingleses la línea de vapores que tanto incremento ha tomado en la costa del Pacífico; y poco después promovió la construcción del ferrocarril entre Caldera y Copiapó, el primero en Sud-América.

Con estos y otros elementos, la minería tomó en Chile un gran vuelo. La producción de la plata se fué aumentando día por día; y en menos de treinta años llegó á dar la suma de 300 millones de pesos.

A la sombra de la plata, principió á explotarse el cobre; su incremento fué rápido, y en pocos años nos hicimos los primeros proveedores de este artículo en los principales mercados extranjeros. Chile llegó á suministrar el 75 por ciento del cobre que las industrias y manufacturas europeas necesitaban para su consumo.

El cobalto, el níquel, el plomo, el mercurio y el manganeso, han sido también objeto de explotación, pero en escala muy reducida. No así el carbón de piedra que, hijo legítimo de la plata, ha llegado á ser una de las fuentes más fecundas y de más porvenir de nuestra riqueza nacional.

En pos de estas materias, aparecieron los salitres, los boratos, los guanos, las cales, las caparrozas, los cementos, el yeso y muchas otras sustancias del reino mineral que no hemos sabido utilizar aún.

Tal fuerza de riqueza desarrollada en tan corto número de años, ha sido la causa de los infinitos vicios que hemos visto irse introduciendo en nuestros hábitos sociales y que, fomentados por el mercantilismo europeo, nos han llevado hasta la deplorable situación económica en que hoy nos vemos.

A los ojos de una persona que no conozca nuestro país, todo esto encierra un misterio verdaderamente incomprensible. ¿Cómo,

se dirá, ha podido llegar á tal grado de empobrecimiento un país como Chile, exclusivo en la producción del guano y del salitre, que fué árbitro en el ramo del cobre, que puede dictar la ley en los mercados del bórax y que tiene leguas de terrenos carboníferos; con un territorio empapado en oro, y que tantos centenares de millones ha sacado de su suelo en los pocos años que lleva de vida libre?

Nada hay, sin embargo, más fácil de explicar. Como herederos jóvenes, hemos sido locos administradores de nuestra rica herencia; la hemos disipado creyéndola inagotable, y mientras nos entregábamos á la holganza y á la vida del placer, descuidábamos con indolencia el dar consistencia y fuerza á esas mismas fuentes productoras de las riquezas que disfrutábamos.

En comprobación de lo que decimos, véase lo que ha sucedido solamente con nuestra hacienda pública. En el año 30, el presupuesto de gastos se cubrió con poco más de un millón de pesos; en el 42, bajo la hábil dirección del Ministro Rengifo, nuestro presupuesto pudo elevarse á tres millones; los gastos públicos fueron subiendo gradualmente hasta alcanzar la cifra de 16 millones anuales en las vísperas de la guerra del Pacífico; y en los pocos años transcurridos desde aquella fecha, nuestros gastos han llegado á la enorme suma de 55 millones.

Este mismo orden han seguido los gastos de sostenimiento de nuestra vida social. Con el enriquecimiento de las minas, las importaciones fueron haciéndose mayores cada día, y con ellas desarrollándose los hábitos de gastos desmedidos y de lujo. Y después de la guerra del 79, el comercio extranjero nos creyó ricos, y nos hizo importaciones tan crecidas, que no las hemos podido pagar, y que nos han traído, como consecuencia lógica, el cambio de 13 peniques y la aflictiva situación en que hoy nos vemos.

Pero ¿es esta acaso una situación extrema que no está en nuestra mano remediar? ¿Se han agotado, tal vez, las fuentes de riquezas minerales que tantos centenares de millones nos han producido en los años anteriores? Nada menos que eso. En los pocos años de vida industrial que hemos pasado, dichas fuentes no han podido agotarse, sino que, por el contrario, se hallan sólo en el primer período de su explotación; y si hoy no se les ve en un estado floreciente, es por la poca atención que le hemos prestado ó,

más bien dicho, por el punible abandono que de ellas hemos hecho.

Una ligera revista de nuestras principales industrias mineras bastará para darnos á conocer su importancia en el pasado, y la facilidad con que podríamos volverlas á poner en un pie de producción más valioso y constante que el de los tiempos anteriores. Para llegar á estos resultados, son tres los fines principales que á nuestro juicio deben perseguirse: 1.º el de abaratar la producción por todos los medios que estén á nuestro alcance; 2.º introducir en el país los últimos perfeccionamientos en los métodos industriales en uso que tenemos; y 3.º independisarnos en lo posible de los mercados europeos, tratando de elaborar dentro del país nuestras materias primas que hoy sirven para el fomento de industrias extranjeras de gran provecho.

Estos son resultados fáciles de alcanzar aún en las condiciones económicas á que hemos llegado.

XLII

EL ORO EN CHILE

Este metal fué el que sirvió de estímulo á don Diego de Almagro, y después á Pedro de Valdivia, para emprender la conquista de esta porción de tierra que se llama Chile.

Las noticias que Almagro había recogido en el Perú sobre la abundancia del oro en estas regiones del Sur, las vió luego confirmadas con el tesoro que embargó cerca del Cuzco, y que repartió entre sus soldados, ascendente á 1,200 libras de oro; y entre los cuales iban, según el padre Rosales, «dos granos que pesaban, el uno 700, y más de 500 pesos el otro.» Fué esta la última remesa que los indios chilenos hicieron al Inca del Perú, en pago del tributo de 1,400 libras que le rendían anualmente en tejos de á 50 pesos, señalados con la marca de un pecho de mujer.

Sobre la riqueza aurífera de Chile dice el autor citado, á quien consideramos como primera autoridad en todo lo que se refiere á la época que comprende su notable Historia General del Reino de Chile:

«Una de las provincias más opulentas de oro que se han descubierto en América es el Reino de Chile; y en tiempos pasados fueron muchísimos los minerales que se labraron, porque todos los pueblos y lugares tenían minas riquísimas en sus distritos, unas halladas por arte, y otras por fortuna, y el mayor número manifiesta las corrientes de las aguas que se descuelgan por las cerranías, robando las primeras capas de tierra, otras por los pedazos de los cerros que se derrumbaron con los temblores enflaqueciéndose los cimientos en que estribaban.»

Dice el abate Molina en su Historia de Chile:

«El metal que más abunda en Chile es el oro, pues apenas habrá algún monte ó collado que no lo contenga en menor ó mayor abundancia, encontrándose de propio modo entre el polvo de todos los llanos, y con más frecuencia entre las arenas de los torrentes y de los ríos.»

Dice Ferrier, mandado por Luis XIV á explorar estas regiones:

«Hállase en casi todos los desgalgaderos de Chile una tierra de que se puede sacar oro, sin más diferencia que darlo con mayor ó menor abundancia, y por lo general es rubia y suave hacia la superficie; pero sea lo que fuere es lo cierto que estos lavaderos son frecuentísimos en Chile, y que la inacción de los españoles y los pocos trabajadores que tienen, dejan en la tierra unos inmensos tesoros que podrían disfrutar fácilmente: mas no limitándose á ganancias medianas sólo benefician las minas en que pueden hallar mayores utilidades; y así, luego que se descubre alguna, concurren á ella gente de todas partes como sucedió en Copiapó y Lampagui que por este medio se poblaron rápidamente, habiendo concurrido tantos trabajadores, que sólo en dos años se establecieron seis molinos en estas últimas minas.»

«La Concepción está situada en un país que no sólo abunda de todas las cosas necesarias para la vida, sino de infinitas riquezas, y en efecto, en todas las inmediaciones de la ciudad se encuentra muy buen oro, particularmente á cosa de doce leguas hacia el este, en un paraje llamado *Estancia del Rey*, de donde se sacan por medio de estos lavados aquellos pedazos de oro puro que en el país llaman *pepitas*, encontrándolas de ocho y de diez marcos de peso y de muchísima ley.»

«También hubo tiempo en que lo sacaban de las cerranías de Angol, que distará de allí 24 leguas; y si los habitantes del país fuesen gentes laboriosas lo sacarían de otros infinitos parajes donde se cree que haya lavaderos muy buenos; esto es, tierras que lo dan vertiéndoles agua, como diré después.»

«A 9 ó 10 leguas al este de Coquimbo están los lavaderos de Andacollo, cuyo oro es de 23 quilates, y en los cuales se trabaja constantemente con mucha utilidad cuando no les escasea el agua. Acostumbran decir aquellos habitantes que la tierra es criadero, esto es, que el oro se forma en ella continuamente,

fundándose en que después de haber sido lavadas sesenta y aun ochenta años se les encuentra igual cantidad de oro que á los principios. Además de los lavaderos que hay por todos aquellos valles es tal la cantidad de minas de oro, entre ellas algunas de plata, que se encuentran en las montañas, que podrían dar que trabajar á cuarenta mil hombres.»

Los marinos españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa, que visitaron estas costas en 1743, con referencia anuestros minerales dicen:

«Entre Quillota y Valparaíso, en un paraje al que dan el nombre de Ligua, hay un mineral de oro muy abundante y de buena ley.»

«También en Coquimbo se trabajan algunas minas de oro, y del mismo modo en Copiapó y en el Huasco; al que se saca de estas últimas, dan el nombre de *oro capote*, siendo el más sobresaliente del que se conoce.»

«Hay también en aquel reino lavaderos entre Peñuel y Valparaíso, en Yapel entre los indios gentiles, y en las inmediaciones de Concepción.»

«Todo esto se lleva á Lima adonde se sella, porque en Chile no hay Casa de Moneda, y se tiene averiguado por la razón que se toma de él que sale anualmente la cantidad de *seiscientos mil pesos;* pero se asegura que el que se extravía por la cordillera pasa de *cuatrocientos mil*, y así comprenderá del todo un millón o algo más.»

Cuenta Garcilaso que luego que llegó Almagro á Aconcagua obtuvo por la intercesión de un hermano del Inca que le reunieran doscientos mil pesos en oro, y después trescientos mil ducados más, «con que el adelantado Almagro, dando gracias á Dios de que le hubiese tocado tierra tan rica, de que se juzgaba señor y dueño, hizo llamar á su gente, y sacando las cédulas de obligación que le habían hecho en el Cuzco por la plata y el oro que allí les había prestado de lo suyo, las fué rompiendo una á una diciendo á sus deudores que se las perdonaba y que le pesaba que no fuese mucho más. No contento con esto abrió allí sus talegos de oro y comenzó á hacer liberalidades con unos y con otros, dándoles á manos llenas (1).

(1) Rosales, tomo I, pág. 368.

«Las primeras minas que labraron los españoles fueron las de Malga-Malga, más cerca de Quillota que de Santiago. Y de solo aquella mina rendían á los quintos reales treinta mil pesos ensayados de oro de ley» (2).

«De las minas de Quillota y de Limache sacaban mil pesos de oro cada día; y mucho también de las de Culacoya, seis leguas distante de Concepción.»

Ercilla dice:

«De la encomienda que tenía el gobernador don Pedro de Valdivia en los valles de Tucapel y Arauco, trabajaban en la laborde las minas de aquellos países cada semana ocho mil indios y daban cada semana noventa y seis marcos de oro (768 onzas).

Rosales dice:

«El oro más celebrado fué el de Valdivia de las minas de la Madre de Dios, que era de 23 quilates y dos granos de oro fino. La pensión que pagaba cada día un indio era treinta pesos oro, y treinta y cinco sin fatigarse mucho para enterar la tarea y le sobraba mucho que guardaba para sí. Adquirieron tanto oro los españoles que tenían por más barato labrar de oro los frenos, espuelas, estribos, hebillas y herraduras de los caballos, en vez de yerro; no corría en el comercio sino oro en polvo para comprar el pan, la carne, fruta, hortaliza y todo lo demás. No había otra moneda sino el oro, y andaban todos los mercaderes, taberneros, tenderos y vendedores cargados de pesos y balanzas para comprar y vender.»

«Adquirían esta riqueza de oro los españoles á poca costa sin gasto de azogue ni extraordinarios instrumentos y otros materiales, porque la mayor cantidad la cogían en los arroyos y vertientes que todo lo beneficiaban en lavaderos, aún lo que desenterraban en los socavones que hacían sin ahondar mucho en la tierra, que si hubiera intervenido el azogue sin duda ninguna doblaran la ganancia. Las minas de la Imperial en el río de las Damas fueron muy célebres, y sobre todo las de Calcoimo y Relomo, donde sacaban grandísimas pepitas. Y en fin no hay parte

(2) Igual á $ 64,963.15 de plata.

en todo Chile donde no haya mucho oro. Y en Coquimbo solamenta faltaba el agua para lavarlo, que llueve poco en aquella tierra, y en lloviendo en cualquiera parte se labra oro.»

Marino de Lovera, compañero de Valdivia, hablando de Culacoya ó Quilacoya en su *Historia de Chile*, dice:

«Poco después de mi partida de Valdivia se descubrieron unas minas en un lugar llamado Quilacoya, que está cinco leguas de la Concepción, cuya riqueza es tan excesiva que sólo los indios que sacaban oro para el Gobernador le daban cada día cinco libras y más de oro fino.»

«Hallada esta opulencia tan grande se hizo un asiento de minas en aquel lugar, el cual se comenzó en el mes de octubre de 1553 poniendo para ello españoles mineros que gobernaran á los indios, porque pasaban de 20,000 los que venían á trabajar por sus tandas (tareas) acudiendo de cada repartimiento una cuadrilla á sacar oro para su encomendero. Fué tanta la prosperidad que se gozó, que sacaban cada día, pesadas, doscientas libras de oro, lo cual testifica el autor como testigo de vista, cosa de tanta opulencia que quitó la vanagloria á los famosos ríos Indaspe de la India y Pactolo de Asia.»

Refiriéndose á Ponzuelos el mismo historiador dice:

«El terreno de Osorno es un cascajal que trajo el río y sobre él medio estado de tierra cenicienta; es sujeto á heladas, abundante de agua, porque además de los ríos dichos tiene dos arroyos á los dos costados llamados Pillano y Molluco donde se hicieron dos molinos; es abundantísimo de arboledas de todo género, tiene minas de plata y oro, y éste se sacaba en tanta abundancia que con un día ó dos que los indios trabajaban, sacaban la taza que habían de dar á sus encomenderos cada semana y les sobraba; y sacaban granos tan grandes que los partían é iban dando á pedazos por su tarea.»

A esto agrega D. Augusto Orrego C., de cuya luminosa memoria sobre Industria del Oro en Chile, hemos tomado algunos de los datos que aquí consignamos:

«En 1587 se descubrieron los famosos minerales de Ponzuelos situados á 13 leguas al sur de Osorno, de que se sacó mucho oro y cuyos desmontes y tierras lo contienen aún visiblemente por datos que tengo y que merecen fe; pero aquel lugar de fecundo

trabajo se encuentra ahora completamente abandonado, y árboles seculares y tupidos bosques cubren hoy día lo que un tiempo fué campo de actividad y de riqueza.»

A la muerte de Valdivia acaecida en diciembre de 1553, sucedió la guerra encarnizada entre españoles y araucanos que ha hecho célebre el poema de Ercilla; y ésta trajo el abandono de muchos lavaderos entre los cuales se contaron aquellos que, según Rosales, le daban á Valdivia mil á mil doscientos pesos de oro cada día.

Cesó por algún tiempo, dice Rosales, la guerra (1566) «y el trato de conjuración, y con la paz común que en todas partes había, se descubrieron las minas de Madre de Dios, en Valdivia, y las de Chuapa, pasado Coquimbo. Y fué admiración el oro que en ellas se halló, particularmente en Valdivia, adonde á la fama de aquellas minas, concurrió mucha gente de todas partes. Y tiénese averiguado que de las dos minas se sacó este año un millón y doscientos mil pesos oro, atribuyéndolo á dicha de don García (sucesor de Valdivia) porque jamás en Chile se había sacado tanto como entonces se sacó. Porque en Valdivia cada catorce indios mineros sacaban al día quinientos pesos; y el día en que sacaban cuatrocientos, decían los señores de minas, cuando se comunicaban: *hoy no se ha sacado cosa que de contar sea.*»

Sería ocioso prolongar estas citas. Las hechas bastan para probar que en nuestro territorio la riqueza aurífera es verdaderamente excepcional. Su explotación principió á decaer con el gran levantamiento de los araucanos que tuvo lugar á principios del siglo 17. Desde entonces datan la destrucción de las siete ciudades fundadas por los españoles en territorio araucano y que tenían por base el trabajo del oro; La Imperial, Villa Rica, Osorno, Angol, Valdivia, Ponzuelo, Madre de Dios y otros centros de riqueza quedaron para siempre abandonados.

A mediados del siglo dice Rosales:

«Quien viere tanto oro en aquellos tiempos en Chile y tan poco en estos, no dude que Chile tiene ahora el mismo que antes; y advierta que al no verlo ahora en tanta abundancia es por la guerra y por la falta de gente, que mucho más hubiera por ser más ricas en oro las tierras de más adentro.»

La guerra se sostuvo con encarnizamiento hasta nuestros tiem-

pos, entre un corto número de españoles, y un crecido número de indios que no querían someterse al dominio de aquellos encomenderos que tan cruelmente los trataban en las duras faenas de las minas. Esto hizo que la producción del oro llegara á ser muy reducida en el siglo XVII que se ocupó casi exclusivamente en las operaciones de la guerra.

XLIII

No tenemos datos que nos permitan apreciar nuestra producción de oro en los siglos XVI y XVII.

Pero á fines del siglo XVIII ocupaba Chile un alto puesto entre los países productores de este metal en el mundo.

El abate Molina dice:

«La cantidad de oro que se extrae anualmente de las minas chilenas, y que llaman oro *quintado* porque se paga el quinto al erario real, no bajará de cuatro millones, de los cuales se acuña en cada año millón y medio en la Casa de Moneda de Santiago, extrayéndose fuera del Reino una parte de lo restante y consumiéndose lo demás dentro del Reino en adornos y vasos sagrados para los templos, en muebles de casa, y en varios géneros de adornos profanos, especialmente para mujeres; pero imposible determinar el tanto del oro que no paga el tributo del quinto.»

Nuestro sabio profesor, señor Domeyko, que estimaba la producción total del globo al principio de este siglo en cien mil marcos, asigna 28 mil al Brasil, 20 mil á Nueva Granada, y 11 mil á Chile.

Según los archivos de la Casa de Moneda el oro sellado en 1772 fué de 1,382 marcos con un valor de $ 253,257 en esa época. Esta cantidad fué subiendo gradualmente hasta alcanzar en 1800 la cifra de 6,476 marcos, con valor de $ 829,689.

La producción de la plata fué muy inferior en esa época. Su relación con el oro en los diez años transcurridos desde 1789 hasta 1799, fué la siguiente:

Plata	257,693 marcos	valor	$ 2.190,329
Oro	56,062 »	»	7.568 370

Se puede decir que la industria de la plata estaba naciente en Chile á fines del siglo XVIII; miéntras que la del oro había alcanzado ya un gran desarrollo.

En cuanto al precio del oro, según Rosales, se estimaba entónces en cien pesos oro la libra, ó sea, en un peso el castellano. Y apreciado esto en la moneda de la época, según la Memoria del Virrey Amat, correspondía á $ 16.875 la onza, ó sea $ 135 el marco.

En cuanto á la proporción que le correspondía á Chile en la producción del oro, dice el barón de Humboldt en su *Ensayo sobre Nueva España* refiriéndose al comercio del presente siglo:

Nueva España	7,000 marcos	ó sea	1,609 klmos.
Perú	3,400 »	»	782 »
Chile	12,212 »	»	2,807 »
Buenos Aires. . . .	2,200 »	»	506 »
Nueva Granada	20,505 »	»	4,714 »
Brasil	29,900 »	»	6,873 »
			17,291

Como apreciaba además en 19,126 kilogramos la producción de oro total en todo el mundo, resulta que fuera de la América sólo se extraía 2,126 kilogramos de este metal.

Como se ve, en esa época Chile ocupaba el tercer lugar entre los países productores de oro en América, y rendía mayor cantidad de este metal que todo el resto del mundo.

Soetbeer asigna á Chile desde 1545 hasta 1875 (330 años) una producción de oro de 36.772,200 £. Pero don Augusto Orrego con muy buenas razones rectifica esta cifra haciéndola subir desde 1545 hasta 1890 á la suma de £ 93.900,000, muy superior como se ve á la calculada por Soetbeer.

Pero la Guerra de la Independencia, los descubrimientos de plata y cobre en el norte, la lucha eterna con los araucanos y otras causas, hicieron entrar la industria aurífera en Chile en un período de decadencia, que se ha prolongado hasta nuestros tiempos y con un carácter de extenuación en extremo lamentable.

Según los datos que tenemos á la vista, nuestra producción de oro fué, por término medio, de $ 390,000 por año desde 1805 hasta 1830; y sólo de $ 86,000 por año desde 1844 hasta 1888. Y en nuestra Casa de Moneda no alcanzó á 500 kilogramos el oro acuñado en los tres años trascurridos desde 1879 hasta 1881 inclusive.

Sólo por excepción puede citarse el casual descubrimiento del mineral del Huanaco, que aumentó nuestra pobrísima explotación de oro en $ 1.149,000 en 1887 y en $ 1.214,000 en 1888.

Las cifras anteriormente apuntadas, no manifiestan simplemente la decadencia, sino la desaparición ya casi completa de la industria del oro del país de América, que ha sido estimado como clásico en este ramo. Esto no es el resultado de un agotamiento, pues nuestras fuentes, según la opinión de todos, no se han principiado á explotar aún; es únicamente la obra de nuestra desidia, de nuestra indolencia, de nuestro *dejar hacer*, y de aquél *hágase la voluntad de Dios*, del chilote que se cruzaba de brazos cuando veía su balsa en peligro.

Si queremos palpar mejor las consecuencias de nuestro abandono, veamos lo que ha pasado en otros paises que nada valían como productores de oro, cuando nosotros éramos reyes en esta industria.

Eisler dice, que el sólo estado de California ha dado desde 1848 hasta 1888 la suma de 1,250 millones de pesos en oro. Otros aseguran que esta producción tuvo lugar solamente en el período de 1848 á 1874, ó sea, á razón de 48 millones de pesos por año.

En el año trascurrido entre 1879 y 1880, los Estados Unidos produjeron 32 millones de pesos oro. Y dos años después, la estadística, bastante exacta en aquel país, acusa una producción de 31.400,000 pesos, ó sea una cifra casi igual á la anterior.

Sobre Australia, Warnford Lock, dice que hasta 1887 se han lavado veintitrés y medio millones de toneladas de tierras y han dado 250 millones de pesos oro.

En 1875 se extrajo en Rusia, tres y medio millones de pesos de sus pobrísimos lavaderos. Esta producción había oscilado desde 1867 hasta 1877 entre 18 y 27 millones de pesos por año.

Nueva Zelanda ha dado desde 1851 á 1882, 200 millones de pesos.

La Colombia británica, produjo 46 millones de pesos desde 1858 hasta 1880.

Brasil, según Soetbeer, desde 1691 hasta 1875 ha dado 720 millones de pesos.

Venezuela produjo desde 1886 hasta 1888 34 millones y medio de pesos oro.

¿Para qué seguir enumerando?

La producción total de oro en el mundo fué de $ 109.900,000 en 1888 y de $ 118.800,000 en 1889. (1)

En este mar de oro sacado, en su mayor parte de tierras que sólo contienen algunos centavos de peso por yarda cúbica, Chile no figura sino por una cantidad infinitesimal ó, más bien dicho, por náda.

Pero álguien observará ¿y los tres mil kilogramos explotados en los años 91 y 92 en el Territorio de Magallanes? Es verdad que no los hemos tomado en cuenta. Pero, en realidad ese oro no nos pertenece; es propiedad de los austriacos que lo recogen y se lo llevan sin que nosotros nos apercibamos de ello.

Estos lavaderos, como todos los demás del sur de Chile, cincuenta veces más ricos, según Domeyko, que la mayor parte de los que se explotan en otros países, permanecen sin estudio y en el más completo abandono. La noticia de su riqueza llegó al extranjero: gran número de aventureros, en su mayor parte dálmatas, van allí sin elementos de ninguna especie; revuelven las playas, queman los bosques, explotan el oro y regresan por el Atlántico, sin que Chile saque de todo este movimiento el más pequeño provecho, ni siquiera bajo la forma de una estampilla de correo.

(1) La producción total de oro llegó en 1893 á $ 126.440,000.

XLIV

Bajo el punto de vista industrial, los yacimientos de oro en Chile pueden dividirse en *minas y lavaderos*. Unos y otros existen en toda la extensión del territorio, debiendo su origen á la multitud de veneros auríferos que cruzan las cordilleras graníticas de la costa. Estos se han labrado principalmente en las provincias del norte, adonde puede irse con los trabajos hasta regular hondura sin ser estorbados mayormente por las aguas.

Según el padre Olivares que escribió en 1760, respecto á los minerales de esa época, dice:

«Los asientos más principales de minas están en Copiapó, Huasco, Coquimbo, Andacollo, Talca, Amallanca, Illapel, Petorca, Tiltil, Quebrada Honda, Carén, Illagüe, Alhué, Quilipatagua, Apalta y Pichidegua; y los más de estos asientos son tan ricos en metales, que en muchos asientos se hallan más de cien bocaminas, y en algunos no muy raros, más de quinientas.»

La explotación en esa época era lenta por las dificultades que ofrecía la elaboración de los minerales: así refiriéndonos á Petorca solamente, la cantidad de estos que se extraía de cada mina fluctuaba entre cien y doscientos cajones en el año por lo regular; y sus leyes, entre veinte y treinta pesos por cajón.

Con los adelantos mecánicos ya alcanzados y el alto precio que tiene el oro entre nosotros, aquellos trabajos serían hoy altamente remunerativos. Igual cosa sucedería con la mayor parte de los minerales citados, y que permanecen casi en total abandono por no prestarles la atención que merecen. Sólo una excesiva riqueza como la del Huanaco puede permitir la explotación del oro en las pésimas condiciones actuales de trabajo de nuestra minería.

XLV

Pero esta conducta es mucho más punible tratándose del abandono de nuestros ricos lavaderos del sur, donde la explotación de oro se hizo siempre en mayor escala que en el norte, por ser allí la subsistencia barata, los salarios bajos, y abundante el agua que tan indispensable es para estas faenas.

En Chile como en todo el mundo, puede estimarse en 85 por ciento la proporción del oro sacado de lavaderos y sólo en 15 por ciento el sacado de las minas, en la producción total.

Refiriéndose á los lavaderos del sur, dice el padre Olivares en su obra ya citada de 1760.

«En las tierras que habitan los indios de Biobío para el Estrecho, hay opulentas minas; pero éstos repugnan tanto que las trabajemos que aún querrían que las ignorásemos; pero nunca podrá el tiempo borrar la memoria de las de la Imperial, Villarrica y Osorno, las cuales solas sin ayuda de otros frutos, tenían pobladas y felices aquellas ciudades, y habiendo pasado más de siglo y medio sin trabajarse, deben reputarse al presente como vírgenes.»

En el norte se han trabajado muchos lavaderos entre los cuales se cuentan como de primera importancia los de Casuto, Tornos, Alicahue, Ucúquer y Monguoca.

El de Casuto, descubierto en 1833, se siguió trabajando hasta 1849, en cuyo período se asegura que había producido más de 30 millones de pesos. Se ha trabajado con piques, algunos de los cuales van hasta cien metros de hondura. Este mineral llegó á tener 6,000 habitantes.

El de Tornos fué descubierto en 1730. Tiene muchos trabajos antiguos, entre ellos un socavón de más de mil metros de largo.

El de Alicahue, situado á 35 quilómetros de Petorca, es reputado como muy rico según la tradición.

El de Ucúquer, situado á 60 kilómetros al oeste de Petorca, tiene muchos trabajos, y entre ellos piques hasta de 30 metros de hondura.

El Monguoca, de muy buenos antecedentes de riqueza y situado á 31 kilómetros de Petorca.

Todos ellos se hayan hoy sin trabajo.

Sólo citamos estos ejemplos para manifestar el esfuerzo con que ántes se buscaba el oro en los lavaderos del norte.

En los del sur, los mantos auríferos se hallan á poca hondura y, en algunos puntos, en la misma superficie, siendo así muy fácil su estudio y barata su explotación.

Sin el conocimiento personal de éstos y sin fuente alguna de donde tomar noticias que den una idea, aproximada siquiera, de la riqueza actual de aquellos yacimientos y de las condiciones de explotación en que se encuentran, tendremos que conformarnos con el conocimiento general de ellos según los datos de los historiadores citados, que nos manifiestan lo que sacaron nuestros antepasados, pero no lo que podríamos sacar nosotros si continuáramos aquellos trabajos.

XLVI

Sólo podremos decir algo concreto sobre la formación aurífera del Territorio de Magallanes que tuvimos ocasión de visitar á la ligera en el verano próximo pasado.

La simple inspección de los terrenos que rodean á Punta Arenas, basta para comprender que aquellos extensos valles se hallan todos rellenados con gruesos mantos de tierra y sedimentos auríferos, desde las cordilleras del interior hasta la orilla del mar; y por esta razón los ríos que los cruzan todos contienen oro en sus cauces. En el mismo pueblo de Punta Arenas basta abrir un pozo para encontrar el manto aurífero; y el río Minas que lo atraviesa ha sido por muchos años, y seguirá siendo, un manantial de oro capaz de remunerar bien todo trabajo que se haga para su extracción. En los derrumbes de los barrancos laterales producidos por las creces, aparece bastante oro fino y no pocas pepas gruesas que llegan, á veces, á cien y más gramos de oro de muy buena ley.

Consideramos esta zona digna de un estudio muy detenido; y habiendo agua abundante y rápidas pendientes, creemos que el lavado por el sistema de la ducha tendría allí perfecta aplicación.

Ni el tiempo ni los pocos elementos de que pudimos disponer, nos permitieron hacer una expedición a la cabecera norte de la Tierra del Fuego, donde se hallan los ríos del Oro, Santa María, Santos Ossa, Concordia y otros que se dicen ricos en oro, y en actual explotación algunos de ellos. Tienen la ventaja de hallarse á poca distancia de Punta Arenas y de Dawson, y de atravesar terrenos ya provistos de ganado.

Resolvimos emprender nuestra marcha á Lennox que, según los informes que teníamos, aparecía como el centro de una formacion aurífera de una riqueza excepcional y que comprendía todo el archipiélago situado al sur de la Tierra del Fuego.

El primer oro de aquella región se explotó de la costa S. E. de Navarino por una compañía inglesa que, según se dice, realizó buenas ganancias.

Posteriormente el alemán Popper sacó bastante oro de la costa sur de la Tierra del Fuego, territorio argentino, con trabajadores austriacos traídos de Buenos Aires y Montevideo.

Luego, en septiembre de 1890, otro ciudadano alemán, señor Orestes Grandi, con cuatro compañeros, se fué á explorar las islas situadas al poniente del Cabo de Hornos. Después de tres meses de ensayos inútiles, se regresaron por Navarino y siguieron á Lennox, desembarcando en el Cabo Carolina, donde encontraron oro en cantidad que creyeron bastante para compensar sus sacrificios. En setenta días sacaron de allí 27 kilogramos de este metal, viéndose obligados, en marzo del 91, á regresar á Punta Arenas por motivos de salud y falta de elementos de trabajo. Este explorador regresó á Lennox un año después, y encontró las playas ricas ocupadas por más de 600 trabajadores, en su mayor parte austriacos, traídos por el halago de la riqueza desde Europa, Buenos Aires ó Montevideo, y de los que habían acompañado á Popper á la Tierra del Fuego.

En el tiempo transcurrido hasta la fecha, casi todas aquellas islas, incluso algunas del archipiélago del Cabo de Hornos, han sido recorridas en pequeñas embarcaciones por los austriacos llegados á Lennox, en su mayor parte dálmatas, habituados por largos años á la vida del mar. Y aunque se asegura que hay oro en todas partes, bien sea por causa del clima, de la falta de comunicaciones ú otros motivos, es el hecho que hasta ahora sólo se le ha explotado de las islas de Navarino, Lennox, Isla Nueva, Picton y Bahía Slogett en la Tierra del Fuego.

La cantidad de oro extraído de estos puntos en los dos últimos años, es muy difícil de apreciar por cuanto ha sido, en su mayor parte, llevada oculta por los mismos operarios al regresar al punto de donde habían partido. Según los mejores datos que hemos podido obtener en el mismo lugar y en presencia de los trabajos

ejecutados, de las dos secciones de Bahia Grande, únicas que han sido explotadas, una de 3,000 y la otra de 5,300 metros cuadrados superficiales, el oro extraido en los años 91 y 92 asciende á la suma de 1,750 kilogramos. El manto aurífero tenía allí desde dos hasta treinta centímetros de grueso; y su riqueza en muchos puntos, llegó hasta cien gramos por kilogramo de tierra. Este manto estaba á cinco ó seis metros debajo de la superficie del suelo; y para llegar á él se labraba un pique, se extraían las tierras auríferas en baldes de fierro y se las lavaba en seguida en canaletas de madera. Todos estos trabajos se hacían de una manera en extremo costosa, sólo á fuerza de hombres y sin auxilio mecánico de ningún género: como medio de extracción, no se usaba más que la pala, subiendo las tierras de grada en grada desde cualquiera hondura; como medio de desagüe, el balde de fierro, pasándolo de mano en mano hasta llegar á la superficie; como medio de transporte, una angarilla llevada por dos hombres, á veces hasta largas distancias; y como medio de lavado, una mala canaleta de madera.

Este procedimiento subsiste hasta el día como único sistema de trabajo; y las pérdidas de oro y gastos que origina, sólo los pueden pagar las tierras que alcanzan á cierto grado de riqueza: así un manto que contiene 25 gramos oro por metro cúbico de tierra, que es considerado como bastante rico bajo el punto de vista metalúrgico moderno; los explotadores actuales lo desechan *porque no paga*, tal es la expresión gráfica con que los austriacos designan aquellas arenas que no convienen á su sistema de trabajo.

También son desechadas aquellas tierras que, aunque con buena ley de oro, éste se encuentra en hojillas pequeñas y livianas, lo que hace imposible para ellos su extracción: se les denomina *mantos de oro fino* y nadie se ocupa de su explotación aunque contengan cien ó más gramos de oro por metro cúbico. Estos existen bien reconocidos en muchas bahías de aquellas islas, y constituyen una base capaz de dar vida por muchos años, á establecimientos industriales de regulares proporciones.

Nuestros estudios y los informes fidedignos que pudimos recoger, nos permiten formar el siguiente cálculo sobre los diversos mantos de las playas de Lennox que han sido bien estudiados, y la cantidad de oro que ellos contienen.

Bahía Grande.—Su playa tiene 700 metros de largo y 40 de ancho.

Aunque muy trabajada ya, conserva siempre sin explotar como 10,000 metros cúbicos de manto con ley de 23 gramos por metro, ó sea, un contenido de 230 kilogramos de oro fino. Si á esto agregamos lo que se puede sacar de los relaves de los beneficios ricos, podría contarse con una producción total mínima de 300 kilogramos, sin tomar en cuenta casos excepcionales de riqueza que no serían raros en aquella bahía.

Tiene en altura dos ríos, una laguna, y varios arroyuelos en diversos puntos.

Estos trabajos son, en su mayor parte, superficiales y fáciles de ejecutar.

Bahía chica.—Fué la primera que se trabajó en Lennox y ha sido bastante rica. Tiene 150 metros de largo y 12 de ancho; y mantos vírgenes cuyo contenido puede estimarse en 50 kilogramos de oro.

No tiene agua corriente; pero sí una laguna sobre el barranco.

Bahía larga.—Cuenta su playa 1,200 metros de largo por 25 de ancho. Tiene manto de treinta á ciento cincuenta centímetros de grueso, y con treinta á cuarenta gramos oro por metro cúbico. Ha dado el año 92 como 20 kilogramos de oro grueso, y sus desmontes contienen oro fino. Tiene dos ríos bien situados. Ha sido poco trabajada, y algunos la creen mejor que Bahía Grande, y más fácil su explotación.

Las cifras apuntadas dan para esta bahía, y sólo en alta marea, una existencia de 27,000 metros cúbicos de manto con un contenido de 950 kilogramos de oro.

Bahía la Torre.—Su playa cuenta 700 metros de largo por 20 de ancho, y tiene manto aurífero en todas partes, en baja y alta marea. En dos pequeños trabajos se sacó de allí como 25 kilogramos de oro.

Hay dos ríos bien situados.

El barranco está formado por espesos mantos de acarreo que contienen oro grueso.

El contenido de esta playa puede estimarse en 9,000 metros cúbicos de manto con un haber de 180 kilogramos de oro.

En este orden podríamos seguir enumerando una serie no interrumpida de pequeñas playas, separadas entre sí por puntas de cerro que avanzan hacia el mar; ellas forman las costas del sur y del este de la isla, son todas auríferas, y algunas más ricas que las citadas anteriormente.

Las costas del norte y del oeste contienen también oro; pero en muy pequeña cantidad. Este hecho que se repite en el mismo orden en todas las demás islas de aquel archipiélago, es muy digno de estudio.

A nuestro juicio se opera en aquella región un fenómeno geológico distinto al de toda la costa occidental de Sud América: mientras ésta se levanta, aquellas islas se van hundiendo en el mar; las aguas, por lo regular muy agitadas, han ido entónces demoliendo los gruesos mantos de terrenos de acarreo con oro que las cubre hasta dejarlos reducidos á delgadas capas de arena donde se ha concentrado el oro, el fierro, y los guijarros contenidos en aquellas tierras. A la espalda de las playas se ve elevarse los barrancos hasta veinte y más metros de altura, que señalan el nivel general del terreno y el límite hasta donde ha llegado la acción destructora de las aguas; al pie de éstos principia la capa de arena aurífera que se va haciendo más delgada á medida que se avanza hacia el mar, hasta desaparecer totalmente en toda aquella parte que ha sido invadida por las aguas. Dicha capa tiene por lo regular cuatro ó cinco metros de grueso en las playas secas, ó de *alta marea*, como se las llama; un metro ó menos, en las playas húmedas, de *baja marea;* y nada en el fondo de las bahías, en donde la circa aparece completamente limpia.

En esta obra de demolición, el oro ha seguido la marcha que su gran densidad le imponía: á medida que las tierras desaparecían, el oro iba descendiendo verticalmente; las pepas gruesas no han podido alejarse del lugar de su yacimiento sino tratando de bajar siempre hasta quedar fijas en los puntos más hondos y de poca pendiente; y en cuanto á las hojillas y partículas más livianas de este metal, el embate siempre fuerte de aquellas olas, ha podido arrojarlas juntamente con las arenas hasta dejarlas depositadas en las playas. Por esta razón al pie de los barrancos el oro es fino, y se va haciendo más y más grueso á medida que avanzamos hacia el mar, hasta llegar á las circas sumergidas donde las pepas son

siempre de regular tamaño, más densas, de mejor ley y, á veces, de muchos gramos de peso.

Estos fenómenos que han tenido lugar en todas aquellas costas se han verificado, en mayor escala, en las del sur y oeste, por ser las más azotadas por los fuertes vientos dominantes de aquella localidad.

Lo que decimos de Lennox puede aplicarse á todas las islas inmediatas y también á la costa norte del Estrecho de Magallanes: todas las playas ricas en oro, miran siempre al sur, lo que ha imbuído á muchos en el error de creer que el oro ha sido arrastrado hasta esas costas por las fuertes marejadas del suroeste, trayéndolo de unos grandes depósitos que se suponía debían existir en los alrededores del Cabo de Hornos. Error. El oro tiene sus yacimientos en los mismos terrenos en que se le encuentra, como lo prueban claramente los ríos y vertientes que cruzan éstos, y que todos, casi sin excepción, arrastran partículas del precioso metal.

El oro grueso es el codiciado por los aventureros que llegan á esas playas en busca de fortuna, y el único que ellos pueden utilizar con los escasísimos medios de explotación de que disponen· de aquí esos penosos trabajos que ellos emprenden en las playas húmedas, aprovechando las tres ó cuatro horas al día de la baja marea; y de aquí también esas entradas, á cuerpo desnudo, en el mar para extraer del fondo, y á todo riezgo, algunos trozos de circa con oro.

De esta manera vimos al austriaco Vicente Forich sacar con un compañero y en cinco horas de trabajo, ciento treinta gramos de gruesas pepas de oro; y también vimos al señor Perich sacar con seis operarios en su faena de baja marea, 11½ kilogramos de oro en 80 días de trabajo. Todo esto se hacia sin más útiles que la pala, la angarilla de mano, y la rudimentaria canaleta de madera para el lavado de las tierras. Estas mismas operaciones ejecutadas con método y con algunos elementos de poco valor, darían, fuera de duda, las más pingües ganancias.

En cuanto á las tierras que contienen el oro fino, por ricas que sean, son miradas con indiferencia por aquellas gentes que ignoran los medios de utilizarlas. Como son las que más abundan en esos y otros yacimientos auríferos y las que principalmente deben servir de base para los procedimientos industriales, nos con-

sagramos á la investigación del método más adecuado para su beneficio. Aunque poseedores, por una larga práctica, de los secretos de la amalgación y de otros sistemas, los desechamos desde luego por exigir maquinarias é instalaciones costosas y, por consiguiente, imposibles de realizar en nuestro país. Dimos, por lo tanto, preferencia á los procedimientos de lavado que, aunque menos perfectos que los otros, sus aparatos son de poco costo y fáciles de transportar.

Con tal objeto nos instalamos en una playita contigua á nuestro campamento; pusimos bombas en la orilla del mar; y subiendo el agua á un depósito colocado en altura, procedimos al repaso de aquellas tierras que sólo conservaban el oro fino que había podido escapar de dos beneficios que de ellas se había hecho antes en diversos aparatos. Ensayamos distintos sistemas de lavado y, muy especialmente, el de placas azogadas con que tanto oro recogió el aleman Popper de las playas argentinas del sur y del este de la Tierra del Fuego.

Después de repetidas pruebas en un ramo que nos es muy familiar, pudimos llegar á la combinación de un aparato adecuado para aquellas tierras, y que reune, á nuestro juicio, todas las condiciones apetecibles: no necesita fuerza motriz, él es sencillo, de poco costo, de fácil instalación, y que puede lavar diariamente hasta 30 toneladas de arenas tamizadas y con una pérdida máxima del 15 por ciento del oro contenido.

Las tierras arcillosas no ofrecen inconveniente en estos aparatos como en los de Popper, que los empaña hasta hacer imposible la acción del mercurio.

El óxido magnético de fierro que siempre acompaña al oro, no forma en este aparato aquellos depósitos que en los demás originan la pérdida del oro fino é impiden, por esta causa, el poder lavar en ellos una regular cantidad de arenas.

En los pocos días de trabajo de que pudimos disponer y con sólo tres ayudantes, aquellas pobrísimas tierras nos dieron 175 gramos oro de 21½ quilates.

Conocedores de mucha parte de los numerosos mecanismos inventados para lavar arenas auríferas, creemos haber dado un paso muy avanzado con este nuevo aparato que pone la explotación de los lavaderos al alcance del pequeño capital, pudiendo

realizar buenas ganancias con las tierras pobres y con el oro fino que tanto abunda en todos nuestros yacimientos.

Con este sistema de lavado, algunos elementos de transporte y 50 operarios, creemos sería posible explotar en seis años las cuatro playas de Lennox citadas y realizar con ello una gruesa fortuna. No es aquella una empresa minera; es un negocio industrial y cuya base podría someterse al más severo estudio y á todas las comprobaciones que se creyera conveniente para el buen éxito de la empresa.

Como esto será difícil que llegue á realizarse entre nosotros por la iniciativa particular, grandes bienes resultarían para el país si el Gobierno mandara ejecutar tales estudios; y no sólo en el Territorio de Magallanes de donde tanto oro se ha explotado en los últimos años y se sigue explotando aún, sino también en las provincias de Concepción, Arauco y Valdivia, cuyos ricos lavaderos yacen abandonados y casi ignorados por nosotros mismos. Y debíamos hacerlo siquiera por respeto á la memoria de nuestros historiadores que tanto nos han hablado de las riquezas en oro que encierra la parte sur de nuestro territorio; y si hoy este metal ha llegado á tener tan alto precio en Chile, ninguna ocasión más propicia que esta para realizar su explotación, poniendo de manifiesto las grandes utilidades que obtendrían los especuladores que se dedicasen á este ramo.

En él la materia prima existe siempre; y se puede medir la potencia de los yacimientos, el oro que contienen, y hasta calcular el gasto que originará su extracción y la consiguiente utilidad del negocio.

Estos datos oficiales, por otra parte, harían fe dentro y fuera del país; y el extranjero vendría entonces á desarrollar en vasta escala una industria que hasta ahora ha sido mirada, no sólo con indiferencia, sino hasta con antipatía por nuestros capitalistas. Imitaríamos así á Venezuela que tiene hoy 36 compañías europeas con un capital de 64 millones de pesos empleados en los trabajos de minas y lavaderos de oro.

Muy á nuestro pesar nos hemos detenido algo en el capítulo del oro para dar siquiera una idea general y la más sucinta posible del ramo que, ajuicio de todos, debería constituir la primera fuente de riqueza minera en nuestro país.

XLVII

EL COBRE EN CHILE

A fines del siglo XVIII ocupábamos el tercer lugar entre los países productores de oro, y á mediados del XIX, ocupábamos el primero entre los países productores de cobre del mundo entero.

En efecto, durante algunos años, nuestra producción fluctuó entre el 60 y el 75 por ciento del cobre que consumía toda Europa.

Pero según las cifras que tenemos á la vista, en la importación de este metal que se hizo á Inglaterra desde el año 1872 hasta el 1879, Chile sólo figuró por el 56 por ciento; en el bienio de 80 y 81 por el 45 por ciento; en el 87 por el 14 por ciento; en el 90 por el 10 por ciento; y en el 91, por sólo el 7 por ciento.

Y como valores exportados en cobre de Chile en esos mismos años tenemos en número redondo: 18 millones de pesos por año en el período de 1875 á 1878; 17 millones en el 82; 10 millones en el 85; 8 millones en el 86; 7 millones en el 87, y sólo 5 millones en el 91.

La producción de cobre en el mundo que ascendió á 100,000 toneladas en 1875, llegó á 270,000 toneladas en 1890. Resulta de aquí que las demás naciones que producían á mediados del siglo, todas reunidas, á penas la mitad que Chile, han dado casi tanto como nosotros en el 75, y *nueve veces más en el 90.*

Estas cifras no se comentan. La simple inspección de ellas ataca el organismo y produce algo como el hielo de la muerte. En realidad, es doloroso reconocer que mientras los demás países

han ido aumentando con rapidez su producción; nosotros, no sólo no hemos sabido sostener la nuestra, sino que la hemos visto decaer con igual rapidez y sin inmutarnos hasta encontrarla ya reducida á una tercera parte, y todo esto en el corto período de 12 años.

En este gran torneo industrial, no podemos decir siquiera que hemos caído con gloria: las ventajas estaban de nuestra parte, y no obstante, hemos salido vencidos, y casi privados de toda esperanza de rehabilitarnos en el porvenir, si no abandonamos el camino del indiferentismo que hasta hoy hemos seguido.

La España, los Estados Unidos, la Australia, el Canadá, el Japón mismo, se han convertido en pocos años en grandes productores de cobre. Los depósitos que actualmente se trabajan en muchos de esos países son excesivamente pobres, no pasando de uno y medio por ciento la ley general que se explota en Estados Unidos, y de uno y siete décimos por ciento la de Río Tinto en España. Sólo la enormidad del capital y los perfeccionamientos de la industria pueden sostener aquellos trabajos y á tal punto, de haberse formado en la Unión Americana ciento cuarenta sociedades para explotar esos pobrísimos depósitos de barrillas de cobre y de dar casi todas ellas un buen interes sobre los capitales invertidos.

Esto mismo indica el camino que nosotros deberiamos seguir para hacer frente á esta competencia. Manifiestamente la minería de cobre en Chile se halla, por lo que respecta á la riqueza de sus minerales, en condiciones muy favorables; aunque los metales de 25 por ciento que antes se explotaban en fuerte cantidad, hoy escasean; no obstante, la gran abundancia de la producción no baja de una ley de 10 por ciento, es decir, seis veces más alta que la de Río Tinto, y siete veces superior á la de los minerales que se explotan en los Estados Unidos.

Y en cuanto á los capitales nacionales y extranjeros, siempre habrá el medio de inducirlos á entrar en las empresas de cobre cuando éstas ofrezcan las garantías y los provechos que dan en aquellos países en que se presta á este ramo la protección que merece.

El cuadro siguiente nos manifiesta el doloroso contraste que forma la decadencia de nuestra industria cobrera con la marcha

progresiva que ella sigue en los demás países, apreciando en toneladas el cobre producido:

	1887	1889
Australia	7.700	8.300
Canadá	1.400	7.500
Cape-Copper	5.950	5.600
Mamfeld	13.025	15.506
Italia	2.500	3.500
Japón	11.000	15.000
Bobo	1.950	3.280
Vignaes	1.150	1.007
Río Tinto	28.500	32.000
Tharsis	11.000	11.000
Marón y Barry	7.000	5.250
Lago Superior	33.330	38.769
Montaña	35.225	46.517
Arisona	8.035	14.419
New Quebrada	2.900	5,563
Rusia	5.000	4.070
	175.665	217,282
Chile	29.150	24.250

De aquí se desprende que mientras Chile ha disminuido su producción de cobre en ese año en 4,900 toneladas. los demás países la han acrecentado en 41.617 en el mismo tiempo; y nótese bien, que de estos últimos los que no han aumentado sus rendimientos siquiera los han sostenido á la misma altura, con excepción solamente del distrito de Maron y Barry sobre el cual obraron circunstancias muy especiales.

Las causas de tan lamentable decadencia entre nosotros, son fáciles de comprender. Basada nuestra industria cobrera en la explotación de metales de alta lei, sacados de poca hondura, y vendidos á un alto precio; era natural que con la desaparición de tales ventajas, viniese también la perturbación en los trabajos de las minas. Las fáciles ganancias que antes se obtenían fueron desapareciendo con la disminución en el precio, con la baja ley de los metales, y con el mayor costo de su producción por causa de la carestía del trabajo y de la mayor hondura de las minas. En me-

dio de la abundancia, no se hizo sentir tampoco entre nosotros la necesidad de los perfeccionamientos en los sistemas de explotación de los minerales, en los medios de transporte, y en los procedimientos de beneficio. En una palabra; nuestra industria cobrera descansaba sobre una base de riqueza excesiva, capaz de soportar todo gasto, y que no podía ser de larga duración.

No ha sucedido lo mismo en los demás países. Esta industria ha sido fundada *desde su origen* sobre la base de yacimientos abundantes y de bajas leyes, que sostienen hoy y seguirán sosteniendo por largos años sus mismas condiciones primitivas; y cuya explotación sólo podía ser productiva haciéndola, desde un principio, con todas las reglas y precauciones que la Geometría, la Química, la Mecánica y las demás ciencias aconsejaban. Con tan buena base, todos los mejoramientos en los diversos grados de trabajo, se han ido traduciendo en aumento de produccion, y con una firmeza igual á la de los yacimientos de que ésta procede. El bajo precio de los fletes, de la maquinaria, del carbón, y la cuantía del capital, han sido los demás factores que han completado el hermoso cuadro que la industria cobrera presenta hoy en aquellos países.

Siguiendo nosotros esta misma marcha, llegaríamos luego á idénticos ó á mejores resultados, desde que contamos también con una base de metales muy extensa y seis ó siete veces más rica que la de los Estados Unidos, de Río Tinto y otros lugares. Pero tan risueña expectativa tardará entre nosotros para convertirse en una realidad, tan acostumbrados estamos á dejarnos arrastrar por la corriente sin hacer el menor esfuerzo por salvarnos. Pero al fin, nos veremos obligados á ejecutar por la fuerza lo que antes no hemos querido hacer por la razón.

Al notar nuestra glacial indiferencia en vista de la marcha que llevamos, no es aventurado sostener que la minería de cobre en Chile se extinguirá casi totalmente; y que sólo se podrá hacerla renacer á nueva vida, dándole una base tan sólida como la de los centros productores ya citados. Con los procedimientos de explotación, de transporte, y de beneficio que siempre hemos tenido, y esclavos sumisos también de los mercados europeos, nuestras minas sostienen una vida ficticia y debida exclusivamente á las condiciones del cambio. Puede asegurarse que en llegando éste á 24

peniques y con el precio de £ 42 en Inglaterra, nuestras minas y establecimientos de fundición quedarán todos paralizados, anulada esa fuente de entradas, y miles de operarios emigrarán de nuestro territorio para no volver jamás. Esta será la consecuencia inmediata de aquel cambio de 24 peniques que es el sueño dorado de nuestros congresales.

XLVIII

A tan grave mal no es posible oponer sino remedios graves también. Es la Sociedad de Minería la llamada á proponer las medidas que deben conducirnos más directa y brevemente á sacar nuestra industria de cobre del estado de postración á que ha llegado, y á ponerla en camino de poder mandar sus productos á los mismos mercados que los otros países, que tanto nos han aventajado ya en tan corto número de años.

Entre los temas que el ilustrado y entusiasta Directorio de esta Sociedad acordase estudiar, creemos debería recomendársele los que en otra parte hemos citado: 1.° Manera de abaratar la explotación de las minas; 2.° Nuevos procedimientos metalúrgicos que convendrá implantar en Chile y 3.° Modo de utilizar nuestras materias primas elaborándolas dentro del país.

1.° Al tratarse de reducir en lo posible el costo de la producción de esta industria, debe tenerse muy presente que el valor de venta del cobre en barra en Inglaterra, no debe estimarse en más de £ 40 la tonelada y considerarse el cambio á la par. Los precios y cambios excepcionales no deben figurar por nada cuando se trata de establecer la base de una industria en un país.

Para la grande obra de abaratar nuestra producción, se necesita de la acción mancomunada del Gobierno y de los industriales: sólo así se conseguirá tener estudios serios y detallados de todos los minerales; una buena estadística; vías férreas y carreteras bien mantenidas; explosivos buenos y baratos; malacates, perforadoras y otras máquinas movidas por fuerza hidráulica, eléctrica, de vapor ó de aire comprimido; un buen sistema de impuestos; y una

protección decidida á la minería de carbón, á las fábricas de ladrillo y á la marina mercante que se ocupa de su transporte.

En resumen: es preciso reemplazar la fuerza del hombre por la fuerza mecánica; fabricar nuestros explosivos; tener fletes baratos y carbón barato; y suprimir toda gabela aduanera para los artículos que pertenezcan á esta industria.

Sobre esto último apenas se concibe que se mantenga subsistente el fuertísimo y absurdo derecho de 18 centavos por kilogramo á la dinamita, el explosivo por excelencia, que terminará en breve por reemplazar á la pólvora en todos los usos de la minería. Teniendo salitre barato, y siendo fácil, ó ya indispensable la fabricación del ácido sulfúrico en el país, podremos obtener este artículo á bajo precio y no sólo para nuestro consumo, sino también para la exportación.

2.° Grandes conveniencias nos reportaría la reforma de los sistemas de fundición que actualmente empleamos en Chile, en cuanto á la simplicidad de las operaciones, y muy principalmente, en cuanto á la economía de combustible.

Los hornos de soplete si bien funden nueve ó diez quintales españoles de mineral con uno de coke, esto sólo tiene lugar cuando el mineral contiene en sí los elementos necesarios para formar una escoria bien fluída; pero cuando es preciso agregarle 25 ó 30 por ciento de flujo, un quintal de coke solo puede fundir cinco ó seis de mineral. Por lo tanto, aunque el sistema es bueno, su aplicación no puede ser general y debe limitarse á muy determinadas localidades: así en el establecimiento del Ñilgüe en Catemu, hemos visto producir con estos hornos, y de una sola fundición, ejes de 50 por ciento de cobre con metales de bronce morado, al estado natural, y de ley de 7 por ciento solamente. Estos hornos tienen para nosotros el inconveniente de necesitar combustible extranjero para su funcionamiento. Es el sistema que se usa en grande escala y con buen éxito en Panulcillo.

De más general aplicación es el sistema de hornos de Stolp, que son los mismos de irradación de Siemens, perfeccionados. Dichos hornos, con sus generadores y regeneradores de gases inflamables producen una economía de 66 por ciento de carbón respecto de los de reverbero que hoy se usan, por cuanto dicho combustible desarrolla en los primeros hasta un 50 por ciento de ca-

lorías en lugar de un 18 por ciento que desarrolla en los últimos. Esto sólo, según nuestros cálculos, podría traernos una economía anual de carbón de más de un millón de pesos en el estado actual de nuestra producción.

El procedimiento de extracción del cobre por disolución y su precipitación por el fierro, podría aplicarse muy bien en el pueblo de Calama, en cuyos alrededores tanto abundan las atacamitas de baja ley. Existe allí la fuerza hidráulica para la molienda de los metales y depósitos inmensos de caparrosa para la planteación del procedimiento hidrometalúrgico de Hunt y Duglas.

Serán también dignas de estudio las aplicaciones del petróleo del Perú á nuestras fundiciones de cobre, por ser este combustible tres veces más poderoso que el carbón, y estar ya en uso y con buen éxito en los ferrocarriles de la Oroya y de Puno de aquel país.

3.º Hasta ahora Chile, como los demás países de la América Española, aunque civilmente independientes, no somos, comercialmente hablando, sino simples colonias de los países europeos. A ellos mandamos nuestras materias primas para que las elaboren y nos las devuelvan á nosotros mismos con un recargo dos, tres, diez y más veces mayor que el precio de costo. Esto que nos sucede con los cueros, las lanas, los huesos de animales, la cera y otros productos de la agricultura, nos sucede también con los minerales, los ejes y las barras de cobre, y con otras especies de nuestro reino mineral: todas van a fomentar industrias altamente productivas en otros países; y nosotros nos conformamos con el precio que se nos quiere abonar por ellas. Estos precios cambian á menudo en aquellos mercados, unas veces por justo motivo y otras al capricho de los especuladores; y el cable se encarga, cada día, de comunicarnos estos precios, ó sea, las migajas de su mesa que aquellos señores se dignan ofrecernos como compensación de nuestros afanes y desvelos. Con verdadera emoción, casi con miedo, leemos diariamente los cablegramas de Liverpool, que un día nos enriquecen, otro día nos empobrecen, y nos mantienen siempre en mortificante duda respecto á los valores que forman nuestra fortuna.

Habría, pues, una gran conveniencia para nuestros intereses en independizarnos de un mercado que se ha convertido en el árbitro

de nuestros haberes, llegando hasta imponernos sus difíciles tipos de medidas y de monedas, y también sus capitales con las más gravosas condiciones que le es posible. Para conseguirlo, nos bastaría con elaborar nuestras especies de cobre dentro del país, pudiendo así ofrecer la materia pura á todos los centros de consumo, como lo hacemos con el salitre, la plata en barra, las harinas y con otros ramos de nuestra escasa producción industrial.

No hace muchos años vimos empeñada en esta lucha á una de las más esclarecidas inteligencias de nuestro mundo comercial, y salir de ella con honor y con fortuna. Cansado el señor Agustin Edwards, de ver que nuestros exportadores de cobre eran objeto de explotación de parte de los compradores ingleses, resolvió esperar que sus productos fueran solicitados por aquellos señores, en vez de remitirlos á la ventura, y con el halago de un buen precio que siempre bajaba cuando las remesas estaban por llegar á Liverpool. Con grata sorpresa vimos en el 71, en su establecimiento de fundición de Chañaral, acopiada la barra de cobre producida en dos años, esperando el pedido de parte de aquellos mercaderes de ultramar. De esta manera el señor Edwards pudo acumular esa crecida y honrosa fortuna, cuyos producidos su ilustre viuda, verdadera personificación de la caridad, gasta á manos llenas en beneficio del enfermo, del huérfano y del menesteroso.

Siguiendo tan sabias máximas, llegaríamos á idénticos resultados. Creemos que el Gobierno debía establecer una oficina de rescate de barras y ejes de cobre para que éstos pudieran esperar la demanda de los compradores extranjeros. La oficina daría sobre dichas especies los tres cuartos de su valor, apreciado al mínimum, y sólo cobraría por toda comisión los intereses y gastos que este servicio le impusiera. Se contrataría al efecto un empréstito cuyo fondo se destinaría exclusivamente al movimiento de aquella oficina.

A la vez debería también ofrecerse al capital nacional ó extranjero las ventajas y garantías que fuesen necesarias para que estableciese en el país una fábrica de beneficio de ejes y de refinería de cobre, con oficinas de apartado, y también de fabricación de láminas, de hilos y de tubos de este metal. De esta fábrica se ob-

tendría además sulfato de cobre bastante para nuestro consumo y para la exportación; y la plata y el oro contenidos en los productos mencionados.

Casi todos los minerales de cobre del mundo contienen algo de oro; pero los de Chile son, por lo general, más ricos que todos los demás. Notables han sido siempre á este respecto los minerales del Morado, Remolinos, Zapallar, Inca, Indio Muerto, los de Petorca, de Illapel y muchos otros de las provincias del norte. Pero sin contar leyes excepcionales, el señor Alberto Hermann estima en 2 1/3 onzas el contenido medio de oro en cajón de 64 quintales de la barra de cobre exportada de Chile. Solo la de Illapel, por su excesiva riqueza, tuvo en un tiempo un sobreprecio por el oro contenido; la restante no se ha estimado sino simplemente como barra de cobre.

Este oro, que nosotros hemos mirado con desprecio, el extranjero lo ha utilizado siempre, realizando con él pingües ganancias. Fácilmente podríamos nosotros obtener estos mismos provechos empleando los últimos métodos de apartado, bien sea por la electricidad, bien sea por disolución con ácido sulfúrico, ambos ya muy perfeccionados y en extremo económicos.

De esta sencilla manipulación resulta el cobre fino, todo el oro y la plata contenida en la materia primitiva, y una abundante producción de sulfato de cobre de primera calidad. El ilustrado Directorio de la Sociedad de Minería se encargará de darnos en números los millones de pesos que podríamos utilizar anualmente con este solo ramo industrial.

Pero ya escuchamos la eterna objeción: *la falta del capital.* En manos del Gobierno está el hacer desaparecer esta dificultad mediante la garantía del *interés mínimo* que tan buenos resultados da hoy en todo el mundo.

Dice el eminente economista Michel Chavalier:

«Entre los medios de asistencia financiera que un Estado puede emplear, el más eficaz y el más digno de ser recomendado para el mayor número de casos, es el de la garantía de un mínimum de interés: este es el que presenta mayores ventajas y el más poderoso para hacer ejecutar, con menos desembolso para el Estado, una inmensa cantidad de obras por la industria privada».

Para comprobar el éxito alcanzado conest e sistema nos bastará

citar un solo ejemplo: en Francia las garantías acordadas ascienden hoy á 1,555 millones de francos de capital, sin que hasta ahora el Estado haya tenido que pagar ni un céntimo, á pesar de que dicha garantía sube al 4 y aún al 5 por ciento en muchos casos.

Con tal sistema sólo es de temer algún desembolso en los tres ó cuatro primeros años, en que siempre son dudosas las utilidades de una empresa; pero muy pronto este gasto se indemniza con las primeras ganancias que se obtienen. Si suponemos que un negocio garantido llegase á imponer al Estado un desembolso constante, aún en este caso tan remoto, siempre habrá para éste una conveniencia manifiesta: si el establecimiento de refinería de cobre, por ejemplo, impusiera un gasto anual de diez mil pesos, es muy seguro que el Estado recobraría por otros medios dos ó tres veces esta suma con los beneficios reportados por los particulares de dicho establecimiento.

Este es un tema que la Sociedad Nacional de Fomento llegará, en su oportunidad, á desarrollar con el brillo y fuerza de razones propias de su ilustrado Directorio. Muy satisfactorio sería que los capitalistas nacionales se sintiesen, por este medio, estimulados para ocuparse del fomento de las industrias; en caso contrario veríamos llegar luego, con tal objeto, los capitales y los especialistas estranjeros, que si bien nos llevarían parte de las utilidades, harían siempre grandes bienes al país, como sucede hoy con el salitre, las líneas de vapores y varias otras empresas.

XLIX

EL BÓRAX EN CHILE

Si en este ramo no somos exclusivos, como sucede con el del salitre, poseemos, al menos, los depósitos naturales de boratos más extensos que se conocen en el mundo entero.

El mayor de todos ellos es el de Ascotán, que cuenta 40 quilómetros de largo por 7 de ancho en término medio. Los de Tarapacá, de Chañaral y de Maricungas son menos extensos y menos ricos en mantos de boratos que aquél.

El manto de sales que cubre mucha parte del lecho de la gran laguna desecada de Ascotán, se compone de las capas siguientes, marchando de la superficie hacia abajo:

	Grueso, metros
Yeso con sal común.	0.03
Biborato de cal plomo, bueno	0.28½
» » » amarillo	0.10
» » » blanco.	0.37½
Barro de yeso y tierra.	0.04
Biborato blanco y amarillo.	0.35
Tierra con biborato	0.05
Biborato de cal y yeso	0.09
	1.32

Para juzgar de su calidad, pondremos aquí el análisis de compra hecho en Europa sobre el común de una partida de 1794 quin-

tales métricos de estos biboratos, embarcados por la Compañía en el vapor alemán *Menes:*

Humedad.	28.642
Insoluble.	4.021
Cloruro de sodio	16.381
Sulfato de cal.	1.825
Oxido de fierro y alúmina	0.268
Magnesia.	0.358
Cal	10.206
Soda	5.916
Acido bórico anhidro	32.383
	100.000

Siendo el ácido bórico la materia comerciable, se enriquecen estas sales haciendo disminuir en lo posible las cantidades de cloruro de sodio (sal común) y de agua contenidas en ellas.

Esta operación se practica en parte en el mismo Ascotán, colocando las sales, recién explotadas, sobre el terreno, en pilas que tienen la forma de pirámides, de un metro de base por uno y medio metro de altura: el agua desciende entónces lentamente, arrastrando consigo el cloruro de sodio y demás sales solubles allí existentes.

Pero esto no basta para subir la ley hasta donde lo exigen los industriales europeos. Estos señores no reciben materias que contengan menos de un cincuenta por ciento de ácido bórico. Para llenar esta exigencia, ha sido necesario plantear en Antofagasta un establecimiento valioso y de regulares proporciones: los baratos se descargan allí del tren, se les conduce en carretas al establecimiento, se les deshumedece en los hornos, y se les vuelve á llevar en carretas al embarcadero. Estas operaciones originan desperdicios y gastos considerables.

Podríamos hacer de esta industria una fuente de riqueza procurando la planteación en el país de una fábrica de borato de soda, que es la especie comerciable en todos los mercados del mundo. Tenemos en Chile en abundancia los materiales indispensables para dicha fabricación, y las condiciones que se requieren para obtener la especie pura en la forma de cristalización que se acostumbra en el comercio.

Esta será también la única manera de resistir con ventaja la competencia de los borateros de la Toscana, del Tibet, del Clear Lake, Alkal y Lake, Borax Lake y de Hochinhama, que, aunque de medianas proporciones, todas ellas producen directamente el borato de soda que no impone más trabajo que el de su cristalización.

L

PLATA, CARBÓN Y SALITRE

No entraremos en consideraciones especiales sobre estas interesantes materias, para no extender más este trabajo que alcanza ya proporciones dos ó tres veces mayores que las que habíamos pensado darle. Si estas ideas son acogidas con benevolencia y llegan á ser aceptadas por la opinión pública como temas de discusión y de estudio, solo entonces, creemos, sería oportuno tratar por extenso estos ramos que nos son familiares y que tanto influyen sobre la riqueza del país. Estos, por otra parte, nos dan especies puras y elaboradas dentro del país y que pueden exportarse directamente pára los mercados de consumo.

La riqueza argentífera ha sido en Chile una brillante realidad en los últimos 60 años. Hoy es esta el tema de largas controversias entre los monometalistas y los bimetalistas: los primeros sostienen que la plata se suicida exibiendo, en su apoyo, cifras que manifiestan el incremento extraordinario que ha tomado su producción; los últimos dicen que los yacimientos de plata marchan á su agotamiento, y que este metal es todavía necesario por cuanto el oro existente no alcanza para llenar las exigencias de circulante en el mundo. En Chile como en todas partes, el porvenir de la plata es hoy un misterio.

El carbón, por el contrario, es una riqueza en el presente, y una gran promesa para el porvenir. Sólo hay que lamentar que habiendo en el país leguas de terrenos carboníferos, tengamos que internar cada año más de cuatro millones de pesos en carbón,

tan poco desarrollo ha tomado aún entre nosotros este ramo de la minería.

En cuanto al salitre, aunque su producción pasa en el día de mil millones de kilogramos, los procedimientos que se emplean para su elaboración, dejan mucho que desear: sus máquinas son costosas; los resultados imperfectos y las manipulaciones tardías, complicadas y en extremo gravosas también.

En posesión de datos que traerían un mejoramiento notable en este ramo, nos sería altamente satisfactorio poder contribuir con ellos, después de bien comprobados, al cambio radical del procedimiento de disolución hoy en ejercicio. Estas nuevas máquinas poco costosas y de resultados más perfectos y económicos que las actuales, serían, á nuestro juicio, adecuadas para el repaso de caliches pobres y de ripios de los antiguos beneficios; y también para las faenas que deben establecerse en los nuevos campos salitreros que el Gobierno piensa enagenar.

LI

Entre las medidas más conducentes á levantar el nivel de nuestra minería ó, más bien dicho, á salvarla de su completa ruina, la primera de todas sería la de formar luego un Cuerpo de Ingenieros de Minas que nos manifestaran la riqueza actual de nuestros yacimientos metalíferos y la mejor manera de explotarlos. Esto alentaría los capitales, abriría nuevos campos de trabajo, y traería en muy corto tiempo el mejoramiento económico del país.

La misión de este nuevo cuerpo sería:

1.° Levantar los planos topográficos y geológicos de los minerales y lavaderos;

2.° Coleccionar muestras de las diversas capas del terreno y de las materias útiles que convendrá explotar;

3.° Indicar los procedimientos de explotación y de beneficio de materias primas aplicables á cada localidad;

4.° Dar mensura y posesión de las pertenencias mineras;

5.° Informar al Gobierno sobre la extensión que debe darse á las pertenencias en los nuevos lavanderos auríferos y estaníferos que se descubran;

6.° Cuidar de los caminos que conduzcan á los minerales;

7.° Llevar la estadística minera;

8.° Publicar anualmente un volumen que reuna todos los trabajos ejecutados en el año anterior.

En el edificio destinado á la Sociedad Nacional de Minería, se establecerán las oficinas de trabajo del Cuerpo de Ingenieros. Habrá en ellos un gabinete que reuna los planos, las colecciones de los minerales del país que hayan sido estudiados, los datos estadísticos, las delineaciones de los caminos, los análisis de la materias minerales coleccionadas, los modelos de maquinarias, y

todas las demás publicaciones que sea posible reunir en provecho del país.

Esta oficina estará constantemente abierta al público, y habrá siempre en ella un ingeniero encargado de dar las explicaciones que cualquiera persona solicite.

Los beneficios que prestará esta oficina serán fáciles de calcular. En ella todo hará fe; y los empresarios nacionales y extranjeros encontrarán allí datos é ilustraciones completas sobre cualquiera empresa de minas que deseen realizar, sin necesidad de tomarse la molestia de irlos á recoger en el terreno mismo.

La minería ha tenido siempre la desgracia de que siendo una industria laboriosa y difícil, todos los que se han dedicado á ella se han considerado con aptitudes bastantes para dirigir los trabajos de las minas. De aquí los mil y un errores que se han cometido cada vez que los practicones han trazado un pique, un socavón, una cortada ú otra labor cualquiera en busca de alguna veta ó manto rico que tienen, ó imaginan tener, dentro de su pertenencia. Casos han sucedido en que tratándose de cortar una veta, se ha marchado con la labor paralemente á ella; otros, en que buscándose una veta con un pique, se ha llevado éste por el lado del yacente de aquélla; y no ha faltado ejemplo en que internándose en un cerro en busca de una veta, la labor ha vuelto á salir á la superficie y muy cerca del punto de partida, y sin haber tocado la veta que se buscaba. En todo caso, aun cuando las labores hayan sido bien dirigidas, siempre se ha ignorado su costo por falta de conocimiento del terreno que se va á cruzar. Estos errores cuestan siempre á los empresarios pérdidas considerables de tiempo y de dinero.

Todos estos inconvenientes quedarían salvados con una visita á la oficina mencionada, donde el ingeniero daría al interesado todas las explicaciones que fuesen necesarias para la acertada dirección de su trabajo; y aún le haría un cálculo aproximado del costo de la obra en vista de la calidad de los mantos que se iba á perforar.

Toda persona que tuviera interés en adquirir una mina situada en un cerro ya estudiado, podría ir á la oficina á investigar su importancia en vista de los planos, las colecciones y demás datos allí existentes.

Creemos que los primeros trabajos del Cuerpo de Ingenieros deberían dirigirse á estudiar los más famosos lavaderos de oro existentes en nuestro territorio. Oro es lo que necesitamos para mejorar nuestro cambio; y nada más fácil que sacarlo una vez que tengamos conocimiento cabal de dichos lavaderos, de las condiciones económicas en que hallan; de los aparatos más adecuados para su explotación, y hasta del capital que se necesitaría para acometer una empresa cualquiera.

Somos de opinión que una partida de treinta mil pesos en el presupuesto de Industrias bastarían para pagar los gastos de estos nuevos trabajos, con los cuales no tardaríamos en descubrir los secretos de la gran riqueza aurífera de esta tierra de que tanto nos hablan nuestros más famosos historiadores.

Abrigamos la convicción que de cualquiera manera que se saque el oro, con el gran valor que este tiene hoy entre nosotros; y con el bajo precio de los salarios y de la subsistencia en el sur del país, una empresa bien atendida necesitaría muy poco capital para realizar buenas ganancias. No habría que pensar por el momento en la planteacion de los complicados y costosos aparatos que se emplean en California, en Estados Unidos, en Rusia y otros países en que las tierras sólo tienen algunos centavos por metro cúbico, y donde el oro vale 18 pesos la onza: nuestros primeros trabajos podrían ser más simples para que estuvieran al alcance de todos, buscando la ganancia en la subida ley de las tierras y en el alto precio del oro que hoy tenemos á 70 pesos la onza. Con las ganancias obtenidas con estos trabajos rudimentarios, los grandes establecimientos no se harían esperar.

Otra medida que consideramos de grandes resultados, sería la de mandar un comisionado para que estudiase en California, Estados Unidos, Venezuela y el Brasil, la industria aurífera y los métodos más perfeccionados que se usan hoy para la explotación de las minas y lavaderos de oro en aquellos países.

Un segundo comisionado convendría que fuese á Europa á estudiar la elaboración de los ejes de cobre auríferos y argentíferos; los procedimientos de apartado; el refinamiento de la barra; las fabricaciones de láminas, hilos y tubos; y todas las demás operaciones que se relacionan con la industria del cobre.

TERCERA PARTE

LII

Escrito lo anterior hace ya más de un año, antes de llevar á término este corto trabajo, nos pareció conveniente esperar el desarrollo de ciertos sucesos que podían influir considerablemente sobre la marcha comercial que llevamos.

Pero nada de lo que hemos visto en los meses trascurridos, envuelve siquiera una esperanza de que vendrán para Chile tiempos mejores. Todos los sucesos ocurridos en el orden económico, han venido sólo á manifestar que vivimos en pleno ficcionismo: ficción es nuestro cambio; ficción nuestra moneda; ficción nuestra riqueza pública; ficción nuestra riqueza privada; y ficción también hasta la ciencia económica que nos rige.

Ficción es nuestro cambio actual, por cuanto no obedece á las leyes naturales sino á la expectativa de la conversión: este es el motivo único que lo ha hecho subir en estos últimos meses, y que lo mantendrá próximo al tipo acordado para nuestra moneda. Pero hecha la conversión, creemos que no habrá fuerza bastante para impedir que vuelva á descender y, quizá, hasta un nivel inferior á los diez peniques en que lo vimos hace poco tiempo.

Ficción es nuestra moneda, porque encerrará tipos tan diversos en su valor comercial, que será imposible armonizarlos, y ofrecerán, sin duda, dificultades y molestias infinitas en todas

nuestras transacciones: lleva pues en sí el gérmen de la disolución; y por muchas causas no tardará en desaparecer del país.

Ficción nuestra riqueza pública, porque tiene hoy por base principal la renta del salitre, que á juicio de uno de nuestros ingenieros más conocedores de Tarapacá, podrá durar quince ó veinte años más á lo sumo. Lo que haremos después para sostener un presupuesto de sesenta millones, nadie lo sabe.

Ficción nuestra riqueza privada. Esto con solo enunciarlo quedará probado. Sin embargo, agregaremos un dato bastante ilustrativo: el 30 de Abril de 1894 el valor de las propiedades raíces puestas en empeño en la Caja Hipotecaria solamente, ascendía á $ 51.477,700. Desconocemos la cifra existente en las demás instituciones análogas y que, según datos que tenemos, llega á una suma asombrosa.

Ficción la ciencia económica que nos rige, porque estamos aplicando á un país despoblado y pobre, las mismas reglas que sirven para los países poblados y ricos.

Siendo todos estos, temas de actualidad y de carácter económico y político á la vez, un desarrollo, aunque fuera ligero, de todos ellos, no cabría en las páginas de este folleto; por tanto nos limitaremos á tratar aquí el último punto, y solamente en la parte que se relaciona con los fines que nos han guiado para hacer esta publicación. Con tal motivo tendremos que entrar forzosamente en algunas apreciaciones sobre la ley de 11 de febrero del presente año; tema del día, y sobre el cual la discusión se hace más y más ardiente á medida que se va acortando el plazo fijado en ella para dar principio á la conversión. Con el propósito de evitar toda controversia ajena de este lugar donde sólo domina el pensamiento del bien común, todas nuestras consideraciones sobre tan delicada materia, se mantendrán en el terreno de la hipótesis, manifestando las consecuencias que, á nuestro juicio, traerá para los bienes generales del país, la solución del problema en los dos sentidos en que se halla dividida la opinión.

LIII

Es indudable que el día 1.º de junio próximo va á cambiar la faz de todos los intereses, tanto públicos como privados, en el país: si dicho cambio ha de ser favorable ó adverso para estos mismos intereses, dependerá del celo con que vigilemos desde esa fecha, y día por día, la marcha de la conversión, y de que tengamos valor y patriotismo bastante para cambiar de rumbo si no palpamos los buenos resultados que se esperan.

Si es cierto que la economía reviste hoy el carácter de una verdadera ciencia, también lo es que sus principios no son en realidad ni permanentes ni universales: son distintos en cada época; y también varían de provincia á provincia y hasta de pueblo á pueblo dentro de un mismo país. Las teorías del proteccionismo y del libre cambio, son una prueba de esta verdad; veamos si algo parecido á esto sucede también con los principios que rigen sobre la cantidad y calidad del circulante que debe tener un país.

Supongamos que se realiza en todas sus partes la ley de febrero, principiando la conversión el 1.º de junio de 1895, y terminándola el 31 de diciembre de 1897; y supongamos también que el oro que con tanto afán estamos reuniendo, llegue á ser suficiente para el cange total de nuestro papel en tan corto plazo, sin que nos veamos obligados á contratar un nuevo empréstito con tal objeto.

Por disposición de la ley vamos á tener en circulación, á un mismo tiempo, cuatro clases de monedas distintas en valor y calidad:

1.ª El *cóndor*, moneda de oro de $\frac{11}{12}$ de fino como la libra in-

glesa, y de valor de 20 pesos de 18 peniques. Habrá también *doblones* de diez pesos y escudos de cinco pesos de oro de la misma ley;

2.ª Pesos de 20 gramos de plata y de 83½ por ciento de fino. Las monedas divisionarias de este peso, no corresponden á él ni en valor ni en ley;

3.ª La libra esterlina, á que se le asigna por la ley un valor de *trece pesos y un tercio de peso*;

4.ª El billete bancario, que ha constituido una garantía de 18 peniques en arcas ficales.

Queda todavía la moneda ficticia, especie de *standard* chileno, de 25 gramos de plata y 9 décimos de fino que no se acuñará y á cuyo valor, sin embargo, se ajustará nuestra conversión definitiva el 31 de diciembre del 97.

Los que hemos visto algo fuera de nuestro país, podemos fácilmente pronosticar lo que sucederá en la práctica si hubiere de subsistir este sistema monetario.

En las transacciones al por menor, santos tendrán que ser los comerciantes para no abusar de la ignorancia del pueblo. No á cualquiera se le podrá comisionar tampoco para que haga algunas compras sin que corra el riesgo de ser engañado.

Se repetirán en Chile las mismas escenas que vimos en Bolivia hace 17 años. Había allí cuatro clases de monedas legales en circulación: el boliviano de plata de cien centavos; el melgarajo, también de plata, de ochenta centavos; el billete bancario fuerte; y el billete feble depreciado en un 25 por ciento por decreto de Melgarejo. Nada más engorroso que el arreglo de una cuenta con tales monedas; era preciso emplear el procedimiento de los *montoncitos* llamado entre nosotros el *sistema de las viejas*: tres ó cuatro montones de monedas diversas, algunas sumas y restas en el papel, y media hora de tiempo, bastaban apenas para entregar ó percibir una suma cualquiera.

Estas operaciones serán todavía mucho más complicadas cuando tengamos que tomar letras para el exterior. Mal que nos pese, el extranjero asignará á nuestras monedas valores distintos que los legales según las circunstancias; y entonces en vez de un cambio único, tendremos tres ó cuatro cambios aplicables á las distintas monedas.

Pero es muy seguro que este orden de cosas no podrá subsistir por mucho tiempo. Todo tenderá entonces á facilitar las transacciones diarias reduciendo nuestro numerario al grado más simple que sea posible. Creemos que este es un factor que podrá oponerse á la circulación de algunas de las nuevas monedas.

Desde luego desaparecerá casi totalmente el peso de plata por ser cangeable por oro, y por la traba impuesta por la misma ley para su circulación, no siendo nadie obligado á recibir en pago más de cincuenta pesos en esta moneda. Teniendo las oficinas fiscales obligación de recibirlas en cualquiera cantidad, es claro que regresarán muy luego al tesorillo de la Casa de Moneda de donde salieron.

La libra esterlina, que será la forma, bajo la cual se lanzará al público la mayor parte del oro por falta de tiempo para la acuñación, también se retirará luego de la circulación por el valor tan caprichoso de $ 13 ½ que se le han asignado: en las transacciones al por menor se le apreciará, probablemente, en la cifra redonda de $ 13.30; pero en las transacciones gruesas se le apreciará indudablemente en $ 13.33.333. En uno y otro caso será difícil entenderse con ella; y creemos que á nadie se le ocurrirá llevarla á la Moneda para transformarla en cóndores.

En tal evento quedaremos sólo con el billete bancario y con nuestro oro de 18 peniques, tipo único fijado al nuevo sistema monometalista que nos va á regir; esto podrá formar un total de circulante que no llegará á 35 millones, cantidad insuficiente para nuestro servicio, y que nos prolongará la dura situación en que hoy nos hallamos.

LIV

Supongamos ahora que se exporta nuestra moneda metálica, y veamos la influencia que este suceso ejercería sobre el desarrollo económico del país.

Los anticonversionistas sostienen que dicha exportación tiene que realizarse forzosamente y apoyan su opinión en las razones siguientes: 1.ª que muchos capitales extranjeros han especulado en la compra del billete fiscal, y se retirarán en oro del país tan pronto como sea lanzada nuestra moneda; 2.ª que los bancos remitirán el oro á Europa y Estados Unidos para girar sobre él; 3.ª que la escasa producción del país y el bajo precio en Europa de los trigos, lanas y minerales, nos obligarán á pagar al extranjero en moneda mucha parte de lo que le pedimos; y 4.ª que siendo el oro el metal codiciado por todos los mercados del mundo, no le es dado á un país pobre, tenerlo por mucho tiempo en su poder.

Si esta triste predicción hubiera de realizarse, las consecuencias serían funestísimas, y corto ya el tiempo que tardarían en venir sobre nosotros. Si el oro se nos va, la plata se nos irá en seguida; por disposición de la ley, los billetes fiscales serán incinerados mensualmente, y luego también se cumplirá el plazo en que deben retirarse los nueve millones de pesos que en vales de tesorería existen en los bancos. El circulante quedaría en tal caso reducido al billete bancario cuyo máximum autorizado es de 24 millones, cifra demasiado baja para llenar nuestras necesidades.

Esta escasez de circulantes vendrá acompañada de aquel gran séquito de males, que serán su consecuencia ineludible en Chile,

como lo han sido en todos los países que se han visto en situaciones análogas.

Los bancos de emisión no podrán sostener sus operaciones actuales ya bastante limitadas: suspenderán las sucursales de provincia, y no harán sino pequeñísimos préstamos y á condiciones bastante onerosas. Nada será más fácil entonces que hacer caer en falencia al más solvente de ellos, sólo por la falta de numerario: bastará presentarle en un momento dado tres ó cuatro giros de alguna consideración, y llevar el denuncio al juez si éstos no fueren pagados íntegramente.

Por idéntica causa, los mismos bancos hipotecarios se verán espuestos á zozobrar. El interés del dinero y el descuento subirán notablemente, y esto traerá la depreciación consiguiente de todos los bienes tanto mobiliarios como raíses. Supongamos que el interés haya subido solamente á un quince por ciento, y veamos las consecuencias que esto traerá á la Caja Hipotecaria, institución la más sólida y mejor administrada del país.

Si tomamos por término de comparación sus bonos del 6 por ciento, no dando éstos sino dos quintas partes del interés que produce la moneda corriente, su valor en plaza tendrá que descender también en igual proporción, es decir, á los dos quintos de su precio actual: cotizándose hoy dichos bonos al 84, deberían bajar al 33; no obstante, la expectativa del sorteo ó de un mejoramiento próximo los hará fluctuar probablemente entre el 40 y el 50 por ciento. Pero esta depreciación y este bajo interés perturbarán la marcha de las cajas de ahorro y de los establecimientos de beneficencia, y tambhién la garantía constituida por los bancos de emisión en arcas fiscales; y llevarán el pánico y la miseria á miles de familias que viven de esos intereses.

La misma causa traerá la baja de los valores de la propiedad raíz y, por consiguiente, la disminución de la garantía de los bonos hipotecarios. Por disposición de la ley, la Caja no puede prestar sino el 50 por ciento del valor de la propiedad hipotecada: el propietario de un fundo tasado en 400,000 pesos habrá obtenido así un préstamo de 200,000 pesos. Pero si este fundo se saca á remate por medio de una ejecución y en época de crisis, es muy posible que su valor líquido de venta no pase de un tercio de su tasación anterior, como sucedió en circunstancias análogas en los

años 1861 y 1877: y esto importará para el banco una pérdida no menor de 70,000 pesos por la liquidación de uno solo de sus créditos.

Para que no se crea que hay exageración en estos cálculos, convendrá tener presente que el 30 de abril de 1894 habia en circulación, como ya hemos dicho, un total de $ 51.477,700 en bonos de la Caja. Los dos tercios de esta suma han sido prestados en la época de una alza extraordinaria y hasta inverosímil del valor de la propiedad raíz. Solamente en los quince meses anteriores á la fecha citada, el préstamo subió á $ 14.613,700. Si á este valor exagerado de la propiedad agregamos la baja de precio de los trigos, el alza de los intereses, la falta de compradores y la venta obligada del fundo, hay motivos sobrados para esperar una depreciación superior á la que hemos calculado.

Pero este no será un caso aislado: siendo muchos los deudores que caerán en mora, y estando el Banco obligado á sostener puntualmente el servicio semestral de sus bonos, muchas serán las ejecuciones y muchas también las propiedades que se ofrecerán en venta á un mismo tiempo. Si esta situación llegara á prolongarse, la Caja veria desaparecer luego su reserva de $ 2.750,000 que tiene disponible, y entraria en serias dificultades para llenar sus compromisos con los tenedores de sus bonos.

Algo peor que esto sucederá con los otros Bancos Hipotecarios que no están sujetos á reglas tan severas como la Caja.

Tampoco serán más benignos con sus deudores los demás Bancos que tienen que responder al público por la suma de 115 millones, más ó menos, que componen los depósitos y el valor total de sus emisiones. Y aunque ellos son acreedores de ese mismo público por la cantidad de 157 millones próximamente, se verán, no obstante, en grandes dificultades para la recaudación de estas sumas, y tendrán que apelar á los medios violentos y desastrosos que son propios de la vía judicial.

Tal cúmulo de circunstancias, todas adversas, nos traerán consecuencias muy funestas y que son fáciles de preveer: los bancos reducirán á un mínimum sus operaciones; suspenderán sus préstamos; los negocios que viven del crédito, serán liquidados por quiebra de sus propietarios; éstos llevarán á la ruina á otros comerciantes con los cuales están relacionados; gran número de

empleados particulares, quedarán cesantes; las construcciones en los pueblos y gran parte de las faenas en los campos, serán paralizadas; faltará trabajo para el artesano y el proletario; y la miseria se hará sentir en multitud de hogares grandes y pequeños.

Si este hubiera de ser el resultado de la ley de conversión, á cualquiera le ocurriría preguntar: ¿Qué razón pudo haber para inducir á nuestro Congreso á decretar el hambre en un país que cuenta sólo tres millones y que puede mantener fácilmente treinta ó más millones de habitantes?

LV

Si por este camino marchamos derecho á un precipicio, la razón natural aconseja cambiar de rumbo y marchar en sentido contrario si queremos ir á nuestra salvación. Si la escaséz del circulante nos lleva á la anarquía y al hambre, busquemos en la abundancia de este mismo elemento el orden y la riqueza que todos anhelamos. Estamos íntimamente persuadidos de que este último camino nos conduciría al enriquecimiento y al bienestar común; y vamos á exponer brevemente las reflexiones que nos han traído tal convicción.

En la segunda parte de este libro hemos pasado en revista las fuentes principales de riqueza que encierra nuestro país, el poco trabajo que han tenido, y los medios de que podríamos valernos para su aprovechamiento: trabajo necesitan nuestras minas; trabajo nuestros campos, y trabajo también nuestros establecimientos de elaboración de materias primas nacionales y extranjeras. Para el desarrollo de estos diversos ramos, se necesita tres cosas: los conocimientos especiales, el capital, y un espíritu progresista encarnado en nuestro pueblo y en nuestros gobernantes á la vez.

En un pueblo activo, inteligente y ambicioso de fortuna como el nuestro, no faltan la competencia y los especialistas para toda clase de especulaciones: los establecimientos técnicos abundan; campos de ensayos y de práctica los hay en todas partes, y un perfeccionamiento cualquiera, cuesta poco irlo á buscar fuera del país.

La falta del segundo de estos elementos ha sido el gran escollo, el obstáculo más formidable que nuestras empresas industriales han encontrado en su camino: por falta de capital, muchas no han podido iniciarse; y las que lo han conseguido, después de esfuerzos inauditos que han costado la fortuna y, á veces, hasta la vida á sus iniciadores, han ido á un fracaso por la falta también del capital. Esto nos ha llevado al extremo de imaginarnos que nada podemos realizar por nosotros mismos; que el capital extranjero es indispensable para el desarrollo de nuestra riqueza; y que sin las cajas de los banqueros ingleses, franceses y alemanes, estaríamos convertidos en polvo y á la merced del viento que nos quisiera llevar. Esta creencia nos ha hecho entregar á manos extranjeras nuestros depósitos de Tarapacá; muchas de nuestras empresas mineras más importantes como Puquios, Cerro Blanco, Panulcillo, Isolina de Las Condes, etc; mucha parte de nuestro tráfico marítimo y terrestre; y no sería extraño que en breve le entregáramos también nuestros grandes mantos carboníferos de Curanilagüe.

Pero ¿es esta acaso una dificultad imposible de salvar? ¿Falta en realidad el capital con qué mover todos nuestros negocios y con qué nacionalizar esas mismas industrias que se hallan en manos extrañas? ¿Y en el mismo estado de pobreza actual dejamos, acaso, de tener en Chile un valor grande y positivo en propiedades rústicas y urbanas?

Creemos que no.

Riquezas tenemos; sólo nos falta el elemento representativo, serio, bien garantido, y susceptible de acrecentarse como los negocios lo exijan: este sería nuestro capital.

¿Y cuál podrá ser ese elemento? No trepidamos un instante en decirlo, cualquiera que sea el calificativo que se nos dé, y cualquiera que sea también la impresión que esto vaya á causar en la generalidad: ese elemento es el mismo *papel moneda* que acabamos de espulsar de nuestra circulación con odio, con ignominia, con horror, y al que talvez en tiempo no lejano, tendremos que coronarlo como al rey de nuestras finanzas. Estudiemos este advenimiento con calma, á la luz de la razón; y no esperemos que sobrevenga otro cataclismo como el del año 33 de nuestra Era, en que fué preciso que el sol se eclipsara, que temblara la tierra, que se

abrieran los sepulcros, que se chocaran las piedras, y que se rasgara el velo del templo, para que se reconociera la misión divina del Salvador de la Humanidad.

Sea que volvamos al papel moneda por obra de la reflexión y del estudio, ó sea que volvamos por la fuerza misma de las cosas, veamos la manera más conveniente, á nuestro juicio, de hacer la nueva emisión, y las consecuencias que ella traerá para la economía y para las finanzas del país.

Es preciso que el nuevo circulante (sea papel ó moneda feble de plata), cumpla con estas tres condiciones: 1.ª ser uno sólo (1); 2.ª tener plena garantía, y 3.ª ser á su tiempo canjeable por moneda de 48 peniques.

No cumpliendo con estas condiciones el papel bancario, sería preciso suprimirlo y hacer que toda la emisión fuese fiscal.

Razones poderosas se opondrán siempre al establecimiento en Chile de un Banco del Estado; sería este un elemento peligroso en manos de nuestros Presidentes; y también podría abusarse de él, como dice el conocido escritor italiano Vilfredo-Pareto, que sucedió con el Banco Romano, en que dos ministros y dieziseis, diputados se hicieron abrir cuentas á la gruesa ventura: los actuales Bancos subsistirían entonces, pero sin la facultad de emitir.

En cuanto á la cantidad de moneda ó papel que se debe lanzar, no será posible fijarla por ahora; la exigencia de los negocios será su único límite. Aunque los economistas han reconocido como la proporción de circulante que más conviene á un país la de 15 pesos por persona, no obstante, somos de parecer que esta regla no puede ser universal; la moneda, á nuestro juicio, no sólo debe ser proporcional al número de los habitantes, sino también á la extensión superficial del terreno en que ellos están repartidos, al monto de los salarios, á la calidad y actividad de los negocios, y al estipendio de todo servicio. No es lo mismo un país como Inglaterra en que los salarios son mesquinos y en que hay millones de habitantes que no llevan una moneda consigo; que un país como Chile, donde los salarios son crecidos, y donde los artesa-

(1) Esto no excluye que puedan circular á un tiempo el billete con la moneda feble de plata, ó con la moneda fuerte gravada con derechos de exportación, pues todos tendrán el mismo valor.

nos y obreros tienen casi siempre algún dinero disponible: esto sucede muy principalmente en las faenas salitreras y mineras del norte y en las carboneras del sur, donde serán pocos los operarios que reciban menos de ochenta pesos cada mes. Tampoco es lo mismo, á este respecto, un país viejo cuyos negocios no varían de un año á otro, que un país nuevo en que cada día surge otra empresa que exige nuevos capitales para su movilización.

El conocimiento que tenemos de los negocios generales del país, nos inclina á creer que debía principiarse por lanzar sesenta millones de pesos á la circulación. Y cada vez que se creyera necesario, el Gobierno pediría autorización al Congreso para hacer una nueva emisión. El valor total de estas emisiones sería invertido en ferrocarriles, puentes, muelles, vías carreteras y otras obras destinadas al fomento de nuestras industrias, y principalmente de la carbonífera. Los producidos de estas líneas se invertirían en trabajos análogos, y en primas que se acordarían á las nuevas industrias que se planteasen, y á las nuevas exportaciones que se hiciere de artefactos ó de frutos del país.

Además de la garantía general del Estado, quedaría afecto al pago del billete fiscal el valor de todas las obras que con él se hubiere ejecutado.

Siguiendo este mismo orden, la emisión iría creciendo y junto con ella crecerían también todos los negocios; el interés del dinero bajaría, y el capital se pondría al alcance de todos; nuevos campos se abrirían al cultivo; se poblarían las haciendas de ganado; canales de regadío se abrirían por todas partes; se trabajarían las minas; haríamos nuestra, siquiera una parte de la industria del salitre; y elaboraríamos nuestros cobres, nuestros boratos y nuestras lanas que hoy van á enriquecer á tantos industriales extranjeros. Habría entonces trabajo para todos, la subsistencia sería barata, y la miseria no existiría ni en los últimos rincones del país. El Estado mismo podría, en pocos años, aumentar sus rentas haciendo pagar derechos de exportación á los cobres, á los boratos y demás artículos que salieran elaborados de nuestros puertos.

Tanto progreso y tanto bienestar serían la obra de ese mismo papel que hoy detestamos, y cuya emisión nos parece que subiría muy luego á cien millones de pesos.

Esto sería considerado por muchos como un verdadero diluvio de papel capaz de ahogarnos á todos. No tal. Esperamos que algunas ligeras consideraciones bastarán para persuadir á estos señores que los resultados que anunciamos serían positivos, y que la suma de cien millones llegaría luego á ser insuficiente.

LVI

Es verdad que los economistas están acordes en considerar el papel moneda como un elemento inmoral, corruptor y empobrecedor de las naciones, y bueno sólo para cubrir y no para curar las llagas de un cuerpo enfermo.

Pero antes de condenarlo en forma absoluta, es preciso estudiar los móviles que le han dado origen y las circunstancias de cada país en que dicho papel ha sido lanzado á la circulación.

La adopción del papel-moneda ha tenido como origen único en todas partes la falta de fondos para llenar exigencias de carácter impostergable, como son las del servicio público, las del pago de deudas onerosas y de plazo cumplido, y las de una guerra repentina, que es lo más común. Todo esto revela que el Estado carece de rentas para su sostenimiento; y si este mal se va agravando de día en día, como es lo general, no hay que extrañar entonces que el papel se deprecie por la inseguridad de su pago á causa de la insolvencia del Estado que lo ha emitido. Y en el caso de guerra, la inseguridad del éxito hará que dicha depreciación sea mucho mayor.

Cuán distintas son las circunstancias en que hoy se encuentra Chile para hacer una emisión. Esta no tendría por objeto llenar necesidades de carácter público: sus deudas se pagan con puntualidad; su presupuesto se cumple holgadamente y tiene un sobrante de fondos que va creciendo año por año con la mayor producción del salitre. Si á una situación tan satisfactoria de las finanzas del Estado emisor se agrega la inversión que se ha de dar al papel en obras reproductivas y harto benéficas para el desarrollo de la

riqueza pública, se verá que hay un exceso de garantía para dicho papel, y, por lo tanto, no hay motivo alguno para su depreciación.

Este circulante llenará de un modo satisfactorio todas nuestras necesidades del servicio interior, será nuestro oro, y estaremos siempre deseando que se aumente para que baje más el interés del dinero y veamos realizarse nuevas obras en fomento de nuestras industrias. Dueños, como somos, de un suelo rico, los capitales y demás elementos de trabajo de que hemos hablado abrirían para Chile una éra de prosperidad muy diversa de la que hoy atravesamos.

LVII

Pero muchos nos preguntarán ¿y el cambio cómo se pondría con este nuevo orden de cosas? Este es el tema obligado del día y la causa de los desvelos y preocupaciones constantes de todos: por nuestra parte creemos que se le da a esto más importancia de la que merece en un país como Chile, capaz de producir todo lo que necesita para su consumo.

A la pregunta anterior fácil nos será contestar.

El cambio seguirá, como hasta ahora, obedeciendo al principio de la balanza comercial, sin que dependa en manera alguna de la cantidad y de la estimación que hagamos de nuestro papel: con una exportación de ochenta millones oro de productos nacionales, es decir, de un poco más oro que el que gastamos, nadie negará que el cambio lo pondríamos á la par aunque tuviéramos en circulación doscientos millones de papel. Una prueba de lo anterior es lo que hoy pasa en la República Argentina: con 4½ millones de habitantes y más de 300 millones de papel en circulación, mantiene su cambio más ó menos igual al nuestro, debido á la cifra de su exportación, como luego veremos.

El dichoso cambio que tanto nos mortifica, es la obra exclusiva del mercantilismo extranjero que se apodera de los países que tienen riquezas que explotar.

En otra parte hemos dicho que consideramos progresista al elemento extranjero en nuestro país, y que muchos de los adelantos que hemos hecho se los debemos á él: han venido extranjeros como Bello, Gorbea, Domeyko, Wandell Eil, Sazie á enseñarnos la ciencia; extranjeros como Wheelwright, Meiggs, Sleter, Makai, Thorndike, á darnos vías de comunicación marítimas y terrestres; extranjeros como Lambert, Berstein, Lavigne, Abot, Bertrand

á enseñarnos industrias; y mil otros comerciantes de todas clases que han formado familia y radicado todos sus intereses en el país. Estos son los que componen lo que hemos llamado elemento progresista: ellos se acomodan bien entre nosotros, aceptan nuestro circulante de papel y no tienen interés ninguno en depreciarlo.

Pero en esa misma colonia hay una sección formada por extranjeros que no llenan esas condiciones: ellos se hallan sólo de tránsito en Chile, y son los representantes de otros muchos que ni conocen el país y, sin embargo, viven bien fuera de él y exclusivamente de nuestro trabajo. Son los doctores del mercantilismo; ningún elemento nos traen de progreso; y no obstante, su enriquecimiento es nuestro afán, nuestra preocupación, nuestra constante pesadilla: ellos nos han enseñado á ser grandes consumidores; nos hacen fuertes importaciones de artículos más superfluos que necesarios; para pagarse de estos valores no les bastan nuestros productos; nos llevan hasta el circulante; nos fijan el cambio; sus cablegramas nos quitan el sueño; y el fantasma inventado por ellos de la depreciación del papel, nos tiene siempre sobrecogidos y en continua exitación. Llevarnos nuestro circulante, es llevarnos nuestros medios de adquirir: es llevarnos los barrenos y los explosivos de las minas, los animales y el arado de los campos, el fierro y el carbon de nuestros centros industriales; y, no obstante, siguen siempre pidiéndonos oro, y nos amenazan con que se van si no se los damos. Es probable que esto último no llegue á realizarse, porque si Chile es malo, debe ser, talvez, lo menos malo de lo que ellos conocen; y creemos que, en todo caso, habría conveniencia, y que debíamos hasta cooperar por nuestra parte, para que tal amenaza se llevara á efecto.

Es indispensable que el mercantilismo se reduzca entre nosotros á sus justas proporciones; y este será el primer beneficio que le deberemos al papel-moneda. Los artículos extranjeros nos costarán caro, es cierto; compraremos poco, y tendremos siempre papel con que pagarlos. Esta situación será, sin duda, preferible á la actual, en que todo se nos ofrece barato en oro, y oro no tenemos con qué comprar.

Con la abundancia de numerario, muchos de los servicios que hoy presta el capital extranjero los seguirá prestando el capital

nacional: las sociedades bancarias, las compañías de vapores, de telégrafos, de teléfonos, de cables sub-marinos y de seguros de todas clases, y las agencias mismas para fondos de Gobierno, cuyos servicios nos cuestan tantos millones en oro al fin de cada año, se convertirían todas en compañías chilenas por obra del mismo papel.

También deberían dictarse medidas eficaces contra el desborde del mercantilismo en la internación de joyas, sederías y otros artículos de lujo. Ya que las aduanas son impotentes contra ellos por cuanto llegan de una manera clandestina hasta nuestras plazas, creemos que los derechos de aduana fijados para tales especies, deberían convertirse en una gruesa patente fiscal impuesta á los establecimientos encargados de su venta. Esto haría subir el precio de estos artículos hasta un punto que sólo podrían adquirirlos aquellos que fuesen poseedores de verdaderas fortunas, y que son también los únicos que deben llevarlos.

El desarrollo de este tema nos arrastraría muy lejos. Creemos que lo expuesto baste para dejar establecido que el papel moneda puede ser nuestro salvador; que no tendrá en Chile los defectos que ha tenido en otros países; que él nos dará el capital que necesitamos para todos nuestros trabajos sin tener que recurrir al extranjero; que él iniciará en Chile una nueva éra de progreso y de enriquecimiento; y que en vez de ser inmoral como se dice, será el verdadero moralizador de nuestros hábitos políticos y sociales si es lanzado con las precauciones necesarias para evitar los desfalcos vergonzosos á que en otras partes ha dado lugar. Pero aún en este último evento, que es bastante avanzado en nuestro país, las desgracias ocurrirían en casa solamente, y no tendrían en el exterior aquella trascendencia que tanto tememos.

Pero una última objeción se nos hará todavía: si nuestro papel se deprecia y el cambio baja hasta un penique por peso, ¿qué haríamos sin comercio extranjero? Esto no debe preocuparnos ni por un momento· pensemos en enriquecernos á nosotros mismos antes que á los demás; mientras tengamos productos, siempre vendrán buques á llevarlos trayéndonos los artículos que necesitamos; y cuando seamos ricos, el oro extranjero y los inmigrantes útiles vendrán solos al país.

LVIII

A los chilenos, el optimismo nos pierde; nos parece que habitamos la mejor de las tierras, y que tenemos el mejor de los gobiernos posible. Esto nos impide tomar lecciones útiles de otros países, y hasta notar lo que está pasando hoy, á nuestra vista, en la República vecina. País americano, despoblado, pobre; pero dueño de un suelo rico, en todo parecido al nuestro, ha confiado su porvenir á ese mismo elemento que pedimos para Chile, el papel moneda. Nada más fácil que estudiar en este ejemplo las dificultades que ha tenido que vencer en la práctica el nuevo sistema, y los bienes que ha producido en los pocos años que lleva de existencia. De aquí podremos sacar las deducciones que convenga para los intereses de nuestro país.

El año de 1880 ha sido memorable en la historia de ambos pueblos: él trajo para Chile glorias imperecederas y cuantiosas riquezas; y para la República Argentina, la expectativa de un brillante porvenir con la subida del general Roca al poder.

Y los quince años transcurridos desde entonces han sido, en el orden financiero y económico, de atraso y decadencia para Chile, de adelanto y de progreso para la República Argentina. Los números, con su verdad incontestable, se encargarán de probar nuestro acerto en los términos más breves posibles, ya que la estrechez de estas páginas nos impedirá hacer por extenso el desarrollo de este importantísimo asunto.

En el año 1878 los dos países ocupaban á este respecto casi el mismo nivel, como lo expresan las cifras siguientes:

	Población	Renta
Chile	2.152,993	15.500,000
República Argentina	2.816,235	18.000,000

Estas rentas eran el resultado de las contribuciones ordinarias establecidas desde mucho tiempo atrás; es decir, que estos países habían vivido hasta entonces de su trabajo únicamente, y eran felices.

Hoy estas cifras son muy distintas:

	Población	Renta
Chile.	3.365,221 (en 1892)	64.000,000
República Argentina. .	4.531,000 (en 1893)	124.000,000

El crecimiento de la población en Chile se debe, en gran parte, á la incorporación á nuestro territorio de las provincias de Antofagasta, Tarapacá y Tacna; y en la República Arjentina se debe muy principalmente á una cifra no inferior á un millón de inmigrantes que han venido de todas partes en busca de fácil fortuna.

El crecimiento de la renta se debe en Chile á los derechos de exportación pagados por el yodo y el salitre, y á la venta de los terrenos fiscales del sur; y en la República Argentina á los derechos aduaneros y á los impuestos sobre las fábricas de fósforos, cerveza y alcoholes, que han alcanzado proporciones ya considerables en el país. Si de los 64 millones percibidos por Chile en 1892 deducimos los productos del yodo, del salitre y de la venta de terrenos, sólo nos quedarán 25 millones que representan el monto de las contribuciones que pesan sobre todos los chilenos: esto último es lo permanente; lo anterior es pasajero y llamado en breve á desaparecer. Mientras que los 124 millones que forman la renta argentina son producidos en su totalidad por los capitales y el trabajo de todos sus habitantes.

La trascendencia de estos números es muy diversa en ambos países: el aumento de la población es estacionario en Chile y progresista en el Plata; y el aumento de la renta es transitorio entre nosotros y permanente allende los Andes.

En todo país que vive de su trabajo, el crecimiento de la renta es un símbolo de paz y de riqueza; y por el contrario, en todo

país que vive de otros recursos, este mismo crecimiento es síntoma seguro de anarquía y de pobreza. Veamos lo que nos dicen los números á este respecto sobre la marcha de los dos países que tenemos en estudio.

Exportaciones apreciadas en Libras esterlinas.

	Chile (1892)	Rep. Argentina (1893)
Productos de la ganadería . . .	£ 222,300	£ 10.601,200
„ „ agrícolas . . .	1.275,000	5.803,500
„ „ industriales. . .	238,000	954,000
„ „ forestales . . .	94,500	450,000
„ „ minería	8.130,000	72,500
„ „ caza	. . . .	156,200
Residuos animales y vejetales . .	. . . .	327,000
Numerario	73,000	163,100
Productos varios	131,000	176,300
	£ 10.165,800	£ 18.703,800

Como se ve los cuatro quintos de la exportación chilena pertenecen al ramo de la minería; y los forman los productos del salitre que desaparecerán en pocos años, y los productos de las minas que desaparecerán tal vez en pocos meses con la marcha que llevamos. También debemos observar que, por defectos de estadística, se consideran como exportación las dos sumas siguientes apreciadas en pesos de 38 peniques: 535,363 pesos de mercaderías reexportadas; y 1.974,840 pesos de víveres y carbón consumidos por los buques en nuestras costas. Deduciendo estas cantidades de la suma total, nuestra exportación sólida quedará reducida á £ 1.638,400 ó sea, 10.347,000 pesos de 38 peniques. Por no prodigar los números no expresamos aquí el detalle de esta partida: nos limitaremos á decir que sacando de esta suma 5½ millones de pesos por trigos, 800,000 por lanas y 800,000 por zuelas (industria alemana), los demás artículos dan la más pobre idea de nuestra producción industrial. Debe observarse también que la exportación de los dos primeros artículos está expuesta á desaparecer por la depreciación que han experimentado en Europa desde el año 92 acá; y que el ramo de zuelas es industria

alemana de Valdivia que en realidad influye poco en nuestros cambios.

A pesar de la elocuencia de estas cifras, mil veces siguen repitiendo que el país progresa, y citan como comprobante los adelantos que hemos hecho en la industria vinícola. Es cierto que habremos invertido cien millones, más ó menos, en viñedos, y que éstos nos producirán como diez millones anuales en vinos; pero todo esto es para nuestro consumo y casi nada para la exportación. Según la estadística exportó Chile 81,556 pesos en vinos el año 92, y ¡quién sabe! si no fué éste el consumo de las naves de la costa; y cosa digna de notarse, la importación de este artículo que fluctuó entre 600 y 800 mil pesos en los años 77, 78, 79 y 80 en que principiábamos á plantar nuestras viñas, ha ido subiendo hasta llegar á la suma de 1.759,526 pesos el año 92 en que ya nuestra producción era abundante. Las consecuencias que de todo esto se desprenden son amargas, pero lógicas: con los viñedos no hemos creado una nueva renta, ni un nuevo ramo de exportación, ni siquiera hemos podido con él contener el crecimiento de la importación vinícola; pero sí hemos llegado á consumir nosotros hoy en vino 11 millones anuales más que antes. Si hemos descendido en el mundo casi al último puesto como productores de metales preciosos, en cambio nos hemos conquistado, sin duda, el primer rango como país consumidor de licores. Es decir, en buen castellano, somos hoy menos ricos, pero más bebedores que antes. Y en nuestro criterio económico, esto significa progreso.

Muy distintos resultados da para la República Argentina el cuadro estadístico que venimos analizando. Si se exceptúa la pequeña cifra del numerario, la exportación total de este país la componen las producciones positivas y crecientes de su suelo. La ganadería y los cultivos alcanzan proporciones asombrosas. Y en los mismos ramos similares nos aventajan notablemente: en el año 92 las exportaciones fueron:

	Chile	República Argentina
Trigo	£ 981,105	£ 2.939,217
Harinas	43,259	204,808
Cueros vacunos	28,514	780,290
Cueros lanares	.....	1.923,635
Cueros yegüerizos	.....	104.510
Lino	.....	509,244
Maiz	1,226	1.712,246
Lanas	129,759	8.865,212

Estas cifras no se comentan.

En los mismos años de 1892 y 1893 las importaciones en ambos países fueron:

Chile	República Argentina
£ 12.350,000	£ 20.158,800

Para abreviar omiteremos los detalles de estas sumas. Haremos notar solamente que ellos se prestan á las observaciones que van en seguida.

El exceso de la importación argentina sobre la chilena se observa muy principalmente en aquellos renglones como el papel, las maderas y sus artefactos, las sustancias y productos químicos, el hierro, los materiales para construcciones, etc., artículos todos tendentes al desarrollo de las industrias nacionales.

Pero lo que llama especialmente la atención en el cuadro que tenemos á la vista, es el consumo que se hace en ambos países de materias alimenticias extranjeras. La suma argentina va disminuyendo año por año. Y en cuanto á la nuestra, apenas se concibe que estemos consumiendo 14.095,000 pesos en artículos que, exceptuando algunos de poco valor como el té, el café, el arroz y la yerba-mate, todos los demás pueden producirse fácilmente en el país.

LIX

El año de 1880 fué año de gracia para la República Argentina. La elección del general Roca para Presidente de la República envolvía para aquella nación una gran promesa, que principió á cumplirse muy luego. Con la más recta intención y buen criterio, aquel mandatario colocó al país sobre una nueva vía que debía conducirlo á los más altos destinos. La síntesis de su gobierno puede decirse que fué: *enriquecer á la Nación enriqueciendo á todos sus miembros.*

Con tal fin abrió nuevas fuentes de producción, y suministró á todos los medios de esplotarlas.

Vastísimos campos que habían permanecido ociosos hasta entonces, fueron entregados al trabajo; y medidas oportunas dictadas para reglamentar la circulación fiduciaria, bastaron para suministrar los capitales necesarios.

Este nuevo horizonte despertó en todos la sed de riqueza. Con las facilidades de trabajo, cada uno creyó tener la fortuna al alcance de su mano. Nuevos negocios, nuevas empresas, surgían cada día; y casi todas ellas contaban con medios suficientes para realizarse. Esta fué la marcha de las cosas hasta el año de 1886, en que Roca traspasó la presidencia á Juárez Celman.

Este último, sin la experiencia ni las dotes necesarias para gobernar aquella nave que marchaba con buen rumbo y ya á toda vela, no sospechó siquiera que fuese necesario dirigir y regularizar sus movimientos; por el contrario, creyó que había gran conveniencia en agregar nuevas velas y en acelerar la marcha á merced de un viento que él creía siempre favorable. Las consecuencias no se hicieron esperar: en aquella marcha vertiginosa, ya sin

timón ni brújula, la nave encalló entre rocas que la hicieron retardar su marcha, perder gran parte de su valioso cargamento, y también á su capitán y tripulantes que la gobernaban.

En efecto: lo que antes era gran movimiento, gran actividad, se convirtió luego en una fiebre de negocios que llegó hasta el delirio. El señor Terri pinta aquella época con las siguientes palabras:

«Se había perdido la noción del valor ó del dinero. Cien, doscientos mil pesos nada eran; se ganaban ó se perdían en una hora en la Bolsa, y familias con quinientos mil pesos de capital se las consideraba pobres, y al que no hablaba de negocios de millones, se le daba patente de idiotismo».....

«Habíase llevado á tal extremo el delirio de progreso que las concesiones ferrocarrileras se contaban por cientos, votándose garantías á oro por millones de pesos.»

«Las concesiones de vías férreas alcanzaron en 1886 á 4,430 kilómetros, con un costo de 87.712,000 pesos oro, y con una garantía representada por 7.187,000 pesos. De 1886 á fines de 1889 se había concedido 11,000 kilómetros con un costo de 285.000,000 de pesos oro, y con una garantía de 14.000,000 de pesos oro anual. Felizmente la mayor parte de estas concesiones han quedado sin efecto á causa del estallido ó de la explosión de la crisis que se preparaba ya en condiciones amenazadoras. El año de 1890 fué año de sangre, de lágrimas y de ruinas.»

Ni un color ni una pincelada más tenemos que agregar á este cuadro que con tanta propiedad diseña aquel fatal Gobierno de cuatro años.

Una corriente formada en su origen por aguas cristalinas, fué enturbiándose y creciendo en su camino, hasta llegar á convertirse en un torrente de lodo que todo lo inundó y todo lo manchó con las impurezas que arrastraba. Tarea difícil fué la de salvar ileso de aquella gran marea que subió hasta los mas altos escalones de la sociedad, del comercio y del poder. Cuando álguien mostraba á Juárez Celman la honda cima adonde iba á precipitarse la República entera; él le contestaba, que aquello era una *crisis de progreso;* y en vez de contener, procuraba activar la marcha que conducía al precipicio. Esta creencia precipitó la crisis, lo que en realidad, llegó á ser una fortuna.

Las dolorosas y sangrientas escenas de 1890, pusieron al fin término al Gobierno de Juárez Celman.

El legado que éste dejó á sus sucesores, lo pinta el señor Terri como sigue:

«El Gobierno vencido dejaba una situación financiera perfectamente insostenible.»

«Todo exhausto, Bancos, Tesorerías, Cajas Nacionales, Administración desquiciada, cúmulo de deudas impagas; y un pueblo que creía que con sólo el hecho del cambio de Gobierno, volverían los tiempos pasados de especulación, de insuflación en los valores, y de derroche.»

Tal fué la triste herencia que los Gobiernos de Pellegrini y de Saenz Peña han tratado de liquidar en la mejor forma posible.

El abuso del crédito había llevado la deuda externa de la Nación á la fuerte suma de 45.399,006 libras esterlinas, cuyo servicio imponía un desembolso anual de 2.845,535 libras. En la imposibilidad de poder atender á este gasto, se hizo imdispensable entrar en arreglos con los acreedores ingleses, llegando á convenir que los pagos se hicieran en la forma siguiente:

Desde el 1.º de julio del 93 hasta el 1.º de julio del 98 con...	£ 1.577,590
Desde el 1.º de julio del 98 hasta el 1.º de julio 1901 con	2.235,980

Desde el 1.º de julio de 1901 la deuda seguirá sirviéndose con arreglo á los contratos primitivos.

Como se ve, el estado de las finanzas de aquel Gobierno con relación á sus compromisos exteriores, es hoy bastante estrecho y seguirá siéndolo todavía por muchos años más.

Veamos ahora lo que sucede en el interior.

LX

Los Gobiernos de Roca y de Juárez Celman, fueron los gobiernos del uso y del abuso del papel moneda.

El uso moderado y discreto que el primero hizo de este precioso elemento, fué el origen de esa era de progreso que se inició en 1880. Seis años después de esta fecha la emisión llegaba sólo á 85.294,000 pesos papel; y posteriormente, dicha emisión alcanzó á la enorme suma de 306.743,628 pesos. Si á esto agregamos algunas otras partidas, la deuda interior de aquel país, según la Memoria de Hacienda es como sigue:

DEUDA EN MONEDA CORRIENTE

5 por ciento	$ 1.059,587
6 por ciento	42.400.454
Papel moneda	306.743,628
	$ 350.263,669

DEUDA EN ORO

4½ por ciento sin amortización	$ 32.590,320
4½ id. con 1 por ciento amortización .	3.395,500
	$ 35.986,820

Debemos todavía agregar otras partidas en oro por deuda flotante, por fondo de conversión, por garantía de cédulas hipotecarias, etc., y cuyo monto no es posible precisar.

Esta deuda interior impone para su servicio un gasto anual de de $ 1.659,064 oro y de $ 1.859,424 papel.

Por tanto, la deuda total de la República Argentina pasa hoy de 1,000.000,000 moneda corriente. Este fué en gran parte el resultado de las prodigalidades y despilfarros de los cuatro años del gobierno de Juárez Celman, el cual dejó también cerca de 307.000,000 papel moneda en circulación.

LXI

A pesar de estos transtornos políticos y económicos, aquella gran suma de papel moneda sigue circulando y, al parecer, no es excesiva para las necesidades del país. Al menos así lo dejan entender las precauciones con que el Gobierno procede á su rescate.

El Ministro de Hacienda declara en la introducción á su memoria, *«que no es posible pensar en la conversión estable si ésta no se funda en la producción y en la riqueza nacional.»* Y en seguida agrega:

«El exceso de moneda fiduciaria sin base metálica en circulación en la República Argentina, ha sido señalado por todos los hombres competentes que, tanto en el país como en el extranjero se han ocupado de estudiar nuestra situación financiera, como una de las cosas que contribuye más poderosamente á la depreciación de la misma moneda; y á tal punto ha cundido esta convicción, que ha llegado á manifestarse como un gran anhelo nacional la destrucción gradual de una gran parte de la actual emisión.»

«Respondiendo á este justo anhelo los poderes públicos han venido desde hace algunos años formulando diversas promesas sobre destrucción de la moneda fiduciaria; promesas que en pequeñísima parte han cumplido forzados por los acontecimientos que tienen siempre más imperio que la voluntad de los hombres y los mandatos de las leyes»... «Que sería de buena política amortizar parte de la emisión en circulación; que esta amortización debe hacerse paulatina y moderadamente, porque una amortización

rápida podría ocasionar nueva crisis; y, por último, que para valorizar el papel no basta disminuirlo sino también aumentar la producción y, en consecuencia, la riqueza exportable del país».

Estos conceptos encierran un fondo de honradez y de verdad dignos de todo encomio. Por ellos se deja ver que el fantasma de la depreciación no ha inducido á nuestros vecinos, como nos ha inducido á nosotros, á cometer el gravísimo error de retirar de la circulación en tan corto plazo la totalidad de la emisión fiscal, exponiendo al país á la más tremenda de las crisis como lo es la crisis monetaria.

Sobrados motivos ha tenido el Gobierno Argentino para proceder con tanta cautela en tan delicado asunto. Sólo seis millones de pesos oro se destinan cada año para la amortización. Para justificar semejante procedimiento, bastará pasar en ligera revista los adelantos que debe aquel país al papel-moneda, y los trastornos infinitos que le ocasionaría su retiro repentino de la circulación. Esto sólo bastaría para llevar la miseria á un país que vive hoy en la abundancia y con su porvenir ya completamente asegurado.

Condensemos en un cuadro algunos números que nos darán á conocer cuál era la situación comercial de la República Argentina en los primeros años del gobierno de Roca, y cuál llegó á ser en el año de 1892.

	Repúb. Argent. 1883	Repúb. Argent. 1892	Chile 1892
Superficie cultivada. . . .	Hects. 929,000	Hects. 3.902,000	
Cabezas ganado vacuno . . .	14.000,000	22.000,000	
» » lanar . . .	65.000,000	75.000,000	
Exportación de trigo, maíz, lino, alfalfa, etc.	$ oro 11.052,512	$ oro 29.017,405	$ oro 4.951,430
Id. de lana, carne, sebo, grasa, plumas.		» 173.599,050	» 669,705
Líneas férreas en 1886 . . .	Kilms. 5,881	Kilms. 13,450	Kilms. 2,663
Capital invertido en estas líneas		$ oro 427.889,477	
Garantía sobre líneas particulares.		» 80.200.708	
Piezas movilizadas por correo.		119.556,074	49.905,603
Giros postales y valor declarado.		$ 24.048,878	$ 3.068,650
Buques llegados del extranjero.		10,767	1,634
Carga		tonl. 5.305,018	tonl. 2.245,572

La deficiencia de nuestra estadística nos impide consignar aquí todas las cifras correspondientes á Chile en estos diversos ramos;

pero las apuntadas bastan para manifestar el bajo nivel industrial en que nos hallamos respecto de nuestros vecinos.

La inmigración ha crecido allí notablemente en este lapso de tiempo.

Los ferrocarriles son una carga pesada para ese gobierno; pero al mismo tiempo son las arterias que llevan el circulante á todas partes, dando vida y robustez á las faenas agrícolas y fabriles de aquel rico país.

Veamos ahora cuáles fueron las rentas fiscales de ambos países en los años 1892 y 1893:

Rentas	Chile	Repúb. Argent.
Derechos de internación.	$ 21.394,483	$ 89.982,185
Id. de exportación.	26.537,757	6.943,962
Almacenaje	150,909	984,681
Puertos, muelles, etc.	36,336	3.760,585
Correos y telégrafos.	706,519	3.091,138
Papel sellado y estampillas de impuestos.	542,708	5.626,375
Impuesto territorial	164,631	1.337,377
Patentes		1.452,359
Consulados		353,993
Ferrocarriles.	9.381,289	
Ventas de bienes nacionales	1.295,416	
Redención de censos	415,441	
Obras de salubridad		2.994,165
Fabricación de fósforos		1.358,185
Id. de cerveza.		457,680
Id. de alcoholes.		5.042,101
Bancos y sociedades anónimas.		756,507
Reintegros	609,694	
Varios	1.690,762	501,202
	$ 63.925,945	$ 124.642,494

Un ligero examen de las cifras anteriores nos pondrá de manifiesto cuán ficticia es la riqueza pública en Chile, y cuán positiva y segura es la de la República Argentina.

Deduzcamos de la renta chilena las partidas que representan sólo pago de servicios, como son las de ferrocarriles, de correos, de telégrafos, de almacenajes, de muelles; la de venta de bienes nacionales; y los $ 26.537,757 que la industria extranjera paga

por exportación de yodo y de salitre, y veremos reducirse á $ 25.358,934 únicamente la suma con que el pueblo chileno contribuye para los gastos públicos.

No sucede lo mismo con la renta argentina: sus ramos de entradas no están expuestos á desaparecer, sino por el contrario, á subir en número y en rendimiento junto con la marcha progresiva del país. Haciendo aquí también las deducciones correspondientes á remuneración de servicios y á otras causas análogas, como son las entradas de muelles, de correos, de telégrafos y de obras de salubridad, la renta argentina de 1893 quedará reducida á la suma de $ 113.811,835.

Esta contribución la paga el pueblo argentino holgadamente; y nosotros nos sentimos agobiados por la nuestra que es un 78 por ciento menor que aquélla.

Cuando en la República Argentina decae algún ramo de producción, basta un cambio en las faenas del campo para reemplazarla: así la disminución que se hizo sentir en la exportación de las lanas de £ 11.341,954 que fué en 1889 á £ 8.865,212 en 1892 y á £ 5.001,300 en 1893, fué luego reemplazada con la exportación de cereales, de carnes y de animales en pie. El trigo exportado en 1889 que fué de £ 319,189, en 1893 este valor llegó á £ 4.691,985, y ha seguido subiendo posteriormente; el ganado exportado en 1889 que fué de £ 652,127, llegó en 1893 á novecientas cincuenta y nueve mil trescientas sesenta y nueve libras esterlinas, y sigue creciendo este ramo en escala considerable, y con tendencias á reemplazar al de exportación de carnes en tasajo y en cámaras frigoríficas.

De los cuadros estadísticos que tenemos á la vista se desprenden otras consideraciones dignas de consignarse aquí para nuestro conocimiento.

El consumo de azúcar en la República Argentina sube hoy á 65.000,000 de kilogramos por año; y la Fábrica Nacional del Rosario solamente proporciona ya la mitad de esta suma: el país producirá luego lo bastante para su abastecimiento. En Chile las fábricas de Ñuñoa, del Parral y de Penco han fracasado: la primera costó la fortuna y la vida á sus empresarios; la segunda fué adquirida últimamente por uno de nuestros primeros capitalistas y se trata de la venta de la maquinaria para su exportación; y la

tercera, después de graves transtornos, hoy sigue refinando azúcar extranjera y venciendo serias dificultades en su marcha.

La importación de aceite de comer en la República Argentina ha sufrido una baja de $ 1.063,403 oro, debido á la gran elaboración que se hace en el país de aceite de maní, que mezclado con el de olivo, se vende como aceite extranjero. Hace cuatro años se hacen también allí numerosas plantaciones de olivos que darán la especie pura en abundancia.

En la importación de medias de todas clases se ha notado también en el año 1893 una disminución respecto de 1892 de $ 1.794,476 oro por el desarrollo que este ramo fabril va tomando cada día. Se cree que luego llenará las necesidades del país. Una fábrica que se estableció en Chile tuvo luego que cerrar sus puertas.

Las fábricas de fósforos y de estearina abastecen el consumo.

Tanto han crecido las fábricas de fósforos, cervezas y alcoholes, que ya el Gobierno ha creído oportuno gravarlas con impuestos que en 1892 produjeron $ 6.757,866 al erario nacional. En Chile todos sabemos que una fábrica de fósforos que se estableció primero en Rancagua y después en Santiago, no pudo sostenerse; y que de varias fábricas de tejidos de lana, sólo sigue trabajando la del Tomé con dificultades y en pequeña escala.

También percibió el erario argentino en 1893 la suma de $ 6.943,962 por derechos de exportación de artículos nacionales gravados con el 4 por ciento *ad valorem*.

Había tomado además gran incremento en el país la fabricación de vinos y licores artificiales: de este artículo se consumía ya como 1.500,000 hectólitros al lado de 660,000 hectólitros á que ha llegado hoy la producción de vinos naturales. Como una medida higiénica y, á la vez, de protección á la industria nacional, se dictó una ley imponiendo á los vinos y licores artificiales un gravamen de 10 centavos por litro, y reglamentando el uso del enyesado y de los colorantes en esos establecimientos. Los vinicultores de las provincias de San Juan y Mendoza están de plácemes con tan oportunas medidas.

En aquel país todo se vé, todo se atiende, todo se estudia. Pero en Chile: se paralizan las minas, las fábricas de tejidos, los establecimientos metalúrgicos; la flor de nuestra gente se marcha del

país; los que quedan mueren bebiendo el veneno á cántaros; los niños perecen á millares; los ferrocarriles se chocan y se despedazan diariamente: no importa; Tarapacá lo paga todo; y seguimos meciéndonos en una hamaca, en un jardín, aspirando el aroma de las flores y de un tabaco perfumado, y discutiendo tranquilamente sobre las candidaturas para la presidencia de la República.

No acumularemos más cifras estadísticas: las anteriores bastan para nuestro propósito. Ellas manifiestan claramente cómo la República Argentina con una enorme deuda y un gobierno pobre marcha, por la vía del trabajo, á un lisongero porvenir; y cómo Chile con una deuda insignificante y un gobierno rico, marcha, por una vía de errores, á la disolución y al abismo. Un estadista, un historiador cualquiera, al estudiar la marcha que han llevado estos países en el medio siglo que termina, se preguntará: ¿En qué empleó la República Argentina los mil millones de su deuda actual? y alguien contestará, en labrarse el camino que la lleva á un grandioso porvenir. ¿En qué empleó el Perú los mil millones de Las Chinchas? y se contestará, en labrar su desgracia. ¿Y en qué empleó Chile los mil millones de Tarapacá? y se contestará todavía, en abrirse una fosa para sepultarse en ella con todas las glorias y riquezas que supo conquistarse en setenta años de vida libre.

La venta de las salitreras y terrenos fiscales, los derechos aduaneros en oro, la depresión consiguiente del cambio, los empréstitos en libras esterlinas, son otros tantos sacrificios que tiene por único objeto llegar á la conversión en oro y á plaso fijo, conversión que, en buena síntesis, no significa otra cosa que *llenar las arcas de unos pocos con el dinero de todos.*

LXII

Si tal ha sido el progreso alcanzado por la República Argentina en tan corto número de años merced á la abundancia del papel moneda, es natural que aquel Gobierno manifieste poco empeño en retirarlo de la circulación, cualquiera que sea el valor que le asigne el mercantilismo extranjero. Es riqueza para el país y esto le basta. La estimación en oro de esa gran masa de papel fluctúa entre los mismos límites que nuestra pequeña emisión; y entre tanto la exportación seguirá acreciendo dicha estimación hasta ponerla igual al oro, aún cuando la cantidad de papel se haya mantenido la misma. Esto habla muy alto sobre la importancia del papel moneda en estos países pobres y que tienen riquezas naturales que explotar; y también prueba una vez más que el papel no se deprecia entre nosotros por su abundancia, como dicen los economistas, sino por la falta de artículos que retornar al extranjero en cambio de lo que le pedimos. Algunas ligeras consideraciones bastarán para comprobar esta verdad.

El circulante es hoy tan necesario como el pan en todo país. Cuando no lo hay, el comercio tiene que inventarlo para sus transacciones con el público dándole la forma de una ficha de goma, de un cartón timbrado, de una hoja de metal sellada ó de otro objeto cualquiera. Es esto tan exacto que hace veinte años vimos en Lima billetes que habían sido partidos para formar moneda divisionaria y que circulaban, á pesar de que los mismos bancos emisores se negaban á recibirlos. Quitarle el circulante á un pueblo, es como quitarle la sangre á un sér viviente, llevándolo así á una muerte segura. Por lo tanto, el numerario debe ser estable

en el país y fácil de reponer en caso que fuere exportado. Es por esto que en todo pueblo que se halla en estado de pobreza y que desea trabajar, el papel moneda es el único circulante posible.

El temor á la depreciación no debe privarnos en ningún caso de este indispensable y precioso elemento. La tal depreciación no es más que una voz fantástica, que nos tiene paralojizados, y sin que los funestos efectos que se le atribuyen sean capaces de resistir á un momento de reflexión ó al más ligero examen.

Supongamos que el papel moneda es nuestro único circulante; con él compramos el oro al extranjero cada vez que lo necesitamos; y el extranjero nos compra con su oro nuestro papel cada vez que tiene que hacernos algún pago.

Son, pues, tan libres los extranjeros para fijarle precio á su oro, como lo somos nosotros para fijarle precio á nuestro papel: ambas monedas son entonces necesarias en toda transacción. En situación tal, nuestro empeño debe consistir en obligar al extranjero á que busque nuestro papel para que nos pague lo que le vendemos; si le vendemos mucho, mucho también tendrá que pagarnos, y podremos así irle exigiendo por el papel mayor precio cada día hasta que nos dé por él un valor igual en su moneda de oro. Como se ve, la dichosa depreciación depende sólo de nuestra voluntad; si sabemos halagar al extranjero, como él lo hace con nosotros, ofreciéndole productos que le interesen, tendrá él que aceptar el valor que le asignemos á nuestro circulante, y la *depreciación*, callada la boca, hará sus maletas y se marchará de nuestro suelo.

Dueños nosotros de un papel bien garantido y que nos lleva á la prosperidad, muy poco tendremos que preocuparnos con lo que pasa en otros países, pudiendo reducir con él nuestro comercio internacional al grado que más nos convenga: bastará entonces subir su precio para contener esa gran masa, esa verdadera ola que nos viene de afuera formada por aquella multitud de sobras, falsificaciones y desperdicios que en los grandes mercados extranjeros se designan con el nombre de *artículos para la exportación*.

Como un comprobante de los grandes servicios que presta el papel moneda bien manejado, podríamos citar muchos ejemplos entre las naciones mismas del Viejo Mundo; pero veamos sola-

mente lo que ocurre hoy en Rusia á este respecto. Hace como un siglo que aquel país vive bajo el régimen del papel moneda: en 1839, con una acumulación de oro considerable, intentó retirar los dos tercios de su emisión en la forma que hoy se va á realizar en Chile; principiada la operación y vigilada con esmero, fué preciso suspenderla por no dar los resultados que de ella se esperaba. Desde entonces siguió viviendo aquel país bajo el régimen inconvertible, y realizando con él verdaderos prodigios en el cultivo de sus campos: la exportación de cereales ha tomado allí gran incremento; á la Francia solamente le remite 300 millones de francos cada año. La Rusia amenaza hoy inundar á la Europa entera con sus trigos. Si todo esto se debe al régimen inconvertible, se comprende que aquel país no tenga prisa en salir de él; y por el contrario, según observan algunos economistas, su Gobierno, en protección de la agricultura, toma medidas conducentes á impedir el mejoramiento del cambio internacional.

¿Qué dirán de tan sabias disposiciones los que tanto se afanan en Chile por hacer subir el cambio dando así el golpe de gracia á nuestras pequeñas industrias agrícolas y mineras?

LXIII

Estos ejemplos y otros semejantes que podríamos citar manifiestan que se opera hoy en todo el mundo cierta reacción antimetalista: hemos marchado del trimetalismo, al bimetalismo: del bimetalismo al monometalismo; y terminaremos tal vez en un tiempo no muy remoto en el *nulometalismo*.

Los metales tienen un valor convencional, que una producción abundante va haciendo disminuir por grados hasta ponerlos al alcance de aquellas industrias que pueden servirse de ellos: se desmonetizó el cobre, se desmonetizará la plata, y terminará por desmonetizarse el oro también. Esto último sucederá por la abundancia de la producción, y por las perturbaciones que su empleo está ocasionando en el comercio y en toda clase de relaciones internacionales.

Morirá por su abundancia, porque la producción va creciendo rápidamente con los adelantos de la Química, de la Metalurgia y de la Mecánica. Cuando la plata bajó á la mitad de su valor por haber sido lanzada del mercado de la India, su producción en el mundo era de cuatro millones de quilogramos, ó sea, de 160 millones de pesos por año. La producción de oro fué de 109 millones 900 mil pesos en 1888; de 118.800,000 en 1889; sin poder precisar la producción de los años posteriores, sabemos que ésta ha seguido creciendo y siempre en mayor proporción año por año. Siendo el oro el metal que se halla más exparcido en el mundo, y habiendo llegado á tan alto grado de perfeccionamiento los métodos que se emplean para su recolección, fácil es presumir que su reinado tendrá fin en una época no ya muy

remota. Con la marcha que llevamos, es muy seguro que á fines del siglo venidero habrá, en el mundo, veinte ó treinta mil millones de pesos oro más que hoy. Con tal expectativa, los sabios resolverán si este metal podrá seguir prestando los servicios de moneda, y de moneda universal como se pretende.

En cuanto á la segunda causa, la creemos más apremiante que la anterior para la desmonetización del oro. En efecto, es una veneración, una especie de culto el que se rinde hoy á este metal en aquel pedazo de mundo formado por la Inglaterra, la Francia y la Alemania; de aquí el empeño, la voracidad con que sus mercaderes lo recogen de todos estos países á cambio de avalorios, muñecos, espejillos y mil otras baratijas que nos traen. Pero el buen criterio, la verdad, se abren ya camino en muchas partes: los derechos de exportación impuestos á los productos argentinos, prueban que ese país no tiene hoy gran ambición de oro; los esfuerzos que hace el gobierno ruso para impedir el mejoramiento del cambio, prueban también que en ese país se va estrechando las puertas de entrada para el oro; y el Austria misma sigue bien bajo el régimen inconvertible hace ya más de dos tercios de siglo.

Algo semejante sucede en España, Portugal, Grecia é Italia. Aunque en estos países el sistema inconvertible no se ha establecido legalmente; no obstante, el uso del papel se ha impuesto por la ley de la necesidad de tener un circulante, á causa de haber emigrado de ellos la moneda metálica por desequilibrio de la balanza comercial. La Italia, en virtud de arreglos especiales, logró recobrar del Banco de Francia casi la totalidad de su moneda de plata; pero ésta, á pesar de hallarse desmonetizada en este último país, no tardó en volver á él; de tal manera es hoy imposible tener circulante metálico en un país cuyos productos exportables no igualan á la importación.

Parece un principio de naturaleza que cada país tenga su moneda, así como tiene cada uno su tipo, su idioma, su clima y sus producciones especiales: por tanto, la moneda no será nunca universal, como tampoco podrán serlo las demás peculiaridades propias de cada lugar.

Si el oro ha de ser desmonetizado algún día por las razones expuestas, los países que forman en las filas antimetalistas, no

hacen hoy más que anticiparse á una época no lejana en la vida de las naciones; y ellos realizarán por la razón, con lentitud y sin perturbaciones económicas, lo que los demás tendrán que realizar por la fuerza, de una manera violenta y con desmedros y trastornos considerables en los intereses públicos y particulares.

Reciente no mas tenemos un ejemplo de esto último. Rechazada la plata de los mercados de la India á causa de las perturbaciones que en ellos ocasionaba la falta de fijeza de su precio, el valor de este metal bajó repentinamente á la mitad en el mundo entero: en consecuencia, los tenedores de acciones de Huanchaca, Oruro y demás empresas mineras de plata, vieron también reducirse á la mitad su fortuna en un minuto de tiempo, y el mismo gobierno de Estados Unidos vió en un momento convertirse en 250 los 500 millones de dollars que tenia en pastas blancas depositados en sus bóvedas.

Este mismo camino lleva el oro: metal sin valor propio ni representativo de ningún género, su desmonetización será una verdadera calamidad pública en todos los países que lo tengan á su servicio. Y esto tendrá que ser la obra de un momento imposible de preveer: al amanecer de un día supimos que el precio de la onza troy de plata había descendido en Londres de 55 á 28 peniques; al amanecer de otro dia supimos los chilenos que los bancos nos pagarían con papel todo el metálico que habíamos depositado en sus cajas; y quizás no estará lejos tampoco el día en que el cable nos haga saber que un químico ó un electricista ha descubierto la manera de cristalizar el carbono, y que, por consiguiente, los brillantes ya nada valen. Esto sucede con todas aquellas cosas que tienen un valor convencional y sujeto sólo al capricho de los hombres.

Bajo este punto de vista el papel moneda tiene sobre el metal una ventaja incontestable. Puesto en circulación por el Estado, este papel será un elemento representativo del territorio entero del país con sus ferrocarriles, sus minas de carbón, sus depósitos de abonos, etc., bienes todos del Estado, desde que éste es libre para imponerles los gravámenes que quiera. Así se comprende cómo el papel moneda no tiene un valor ficticio ni sujeto al capricho humano; sino un valor real y positivo que sólo podría lle-

gar á ser nulo en el caso de que una gran marea ó un nuevo diluvio hiciera desaparecer aquel país de la superficie del globo.

Lanzado con precaución y en suficiente cantidad, él se obtendrá á bajo interés y suministrará capitales para todas las empresas interiores del país.

Con la garantía de un pueblo tranquilo, laborioso y bien gobernado, este mismo papel podrá ser exportado como una mercadería, así como se hace hoy en Europa entre países ligados por intereses comerciales: en nuestros intercambios de productos, nosotros traeríamos á Chile la *mercadería oro*, así como el extranjero llevaría á su país la mercadería *papel chileno;* y ambos artículos tendrían venta en estos mercados en la medida de los intereses comerciales que ligasen á los dos pueblos.

No habría entonces el temor de quedar sin circulante que hoy tanto nos aflige; si mucho se exportaba, mucho se lanzaría también á la circulación; y podríamos así hasta inundar á la Europa con este papel sin riesgo de quedarnos sin lo necesario para nuestro servicio.

LXIV

Después de las consideraciones anteriores resumidas lo más brevemente posible en las pocas páginas de este libro, nos halaga la esperanza de que un poco de meditación y de estudio nos llevarán fácilmente al acuerdo respecto á los puntos principales á que en él hemos hecho referencia, como son los siguientes:

1.°—El circulante es un elemento indispensable en toda agrupación social: y si éste ha de ser el papel, conviene que no haya sino uno sólo; que sea de propiedad exclusiva del Estado; que éste lo haya emitido en cantidad bastante para que el interés no suba del cinco por ciento; que sea fácil de reemplazar en caso de exportación; y que para ser cangeado, se estime á la par de la moneda en que se va á convertir.

2.°—En las condiciones actuales de Chile, la moneda de oro es imposible, Sólo podría adoptarse la moneda feble de plata, la moneda fuerte del mismo metal con derecho de exportación, ó el papel del Estado. Estas tres monedas, en realidad. tendrían el mismo valor; y en tal caso el papel sería preferible por su simplicidad y por no dar origen al contrabando como la plata para su exportación.

3.°—Toda emisión sería hecha con autorizacion del Congreso, y con la condición de ser invertida totalmente en obras reproductivas y de fomento industrial.

5.°—Se consultará cada año en el presupuesto una buena suma para primas de fábricas nuevas, y para premios por nuevos productos para la exportación.

5.°—Otra partida se consultará también para el sostenimiento de una comisión de Ingenieros de Minas que deberá ocuparse del estudio técnico y práctico de nuestros principales minerales y lavaderos que es posible utilizar, y de la creación de una oficina mineralógica nacional, todo en la forma indicada en el capítulo LI de este libro.

6.°—De los fondos de emisión, destinar la suma necesaria para la creación de un Banco Colonial Hipotecario, que tendrá por objeto colonizar los puntos centrales del país en la forma indicada en la sección correspondiente. Creemos que hay gran conveniencia en acercar estas colonias á los pueblos, en vez de colocarlas en el extremo sur de nuestro territorio como se está haciendo: 500 familias de colonos, instaladas en los alrededores de Santiago; 300, en las inmediaciones de Valparaíso; 200, cerca de Concepción; 100, inmediatas á Talca, y así en todas las demás ciudades, traerían bienes incalculables á todo este país. De esta manera los mercados de los pueblos serían abundantes y baratos; y las familias de los colonos irían á la fortuna, teniendo fácil colocación para todos los producidos de sus fincas. Estos centros de trabajo bien dirigidos, serían otras tantas escuelas prácticas de agricultura y de industrias que operarían luego un cambio radical en la manera como hemos hecho hasta ahora el cultivo y aprovechamiento de nuestras tierras. No sería difícil entonces traer colonos útiles; y éstos se radicarían en un país que les ofrecía subsistencia fácil y expectativa de fortuna.

7.°—El papel moneda tenderá siempre á establecer el equilibrio de la balanza comercial. No teniendo nosotros entonces gran necesidad de adquirir oro, el mercantilismo extranjero, que se ha adueñado de estos países, tendrá que regularizarse por sí solo: no encontrando estos mercaderes oro que coger, tendrán que ayudarnos en la tarea de explotar nuestras fuentes productoras para tener algo que llevar en cambio de la mercadería que nos traen. Ellos contribuirán entonces á nuestro enriquecimiento, en vez de llevarnos á la ruina como acontece hoy en estos pueblos.

8.°—Este nuevo orden de cosas traerá grandes estímulos para el trabajo; y el ocio, el vicio y la empleomanía desaparecerán de de nuestras ciudades.

9.° Mientras subsistan las aduanas, sólo se recaudará en oro

el todo ó parte de los derechos de exportación del salitre; y el Estado venderá en licitación pública el oro que le sobre, después de llenar las obligaciones que el servicio de la deuda externa, la diplomacia y la adquisición de algunos elementos en el extranjero le impongan.

Hemos dicho *mientras subsistan las aduanas*, porque siempre hemos creído que convendría suprimir, en un país como Chile que es todo playa, este costosísimo é imperfecto mecanismo. Se daría así puerta franca á la importación; y la odiosa contribución aduanera podría ser reemplazada por una patente fiscal impuesta á los establecimientos de expendio de mercaderías extranjeras. Estas se clasificarían de una manera más sencilla que como se hace en los aforos: habría patentes diversas para los expendios de tejidos de seda, de hilo, de lana, de algodón, de cáñamo, etc.; otros objetos menudos se clasificarían como de paquetería, y así todo lo demás. Es posible que el comercio sólo se dividiría entonces en especialidades para no tener que pagar sino una sola patente; y esto sería ya una conveniencia para el comprador. Creemos que esta contribución sería así más equitativa, más cuantiosa y más fácil de vigilar y de recaudar que en la forma establecida actualmente.

Consideramos este punto muy digno de estudio; y nosotros nos limitamos á lanzar una idea que podría ser tomada en cuenta si llegara el caso de que se intentara semejante reforma.

La supresión de las aduanas traería, entre otras ventajas, la de borrar esa fuente de males que ha sido imposible corregir; la de convertir en dinero valiosas propiedades que hoy ocupan las aduanas, los resguardos y otras oficinas fiscales; y, la más importante, de entregar al trabajo tantas inteligencias y tantos brazos que se hallan hoy adormecidos por los dineros mismos de la Nación.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

Cap.		Págs.
I.	—Preliminares	3
II.	—Influencia del papel moneda sobre el tipo del cambio	6
III.	—Id. de la especulación sobre id. id.	15
IV.	—Id. de la depreciación de la plata sobre id. id.	18
V.	—Id. del desequilibrio de la balanza comercial sobre id. id.	21
VI.	—Ideal de nuestro progreso	24
VII.	—Presentación del Comercio de Valparaíso al Presidente de la República	26
VIII.	—Carácter social de la crisis	29
IX.	—Elementos productores y consumidores del país	31
X.	—Situación de los tres gremios sociales	33
XI.	—Lo que era la vida en tiempo de nuestros padres	38
XII.	—Lo que es hoy	41
XIII.	—El imperio de la moda.	44
XIV.	—Deficiencia de la instrucción en el dia	46
XV.	—Carestía de todo servicio	47
XVI.	—Defectos de nuestros hábitos sociales	48

SEGUNDA PARTE

XVII.	—Fines que persiguen con este trabajo	54
XVIII.	—Reformas aduaneras que convendría llevar á cabo.	59
XIX.	—Estudios sobre transportes por mar y tierra	64
XX.	—Inconvenientes de las propiedades grandes y ventajas de las pequeñas	65

Cap.		Pags.
XXI.	—Condición actual de nuestros operarios.	70
XXII.	—El secreto de la Francia para su engrandecimiento	74
XXIII.	—Ejemplos que debemos imitar	77
XXIV.	—Regiones agrícolas de Chile y sus productos	80
XXV.	—Fauna de Chile.	87
XXVI.	—No producimos para nuestra alimentación.	89
XXVII.	—Conveniencias de la subdivisión de la propiedad rural	91
XXVIII.	—Creación de un «Banco Colonial Hipotecario»	94
XXIX.	—Manera de llegar á la inmigración libre	99
XXX.	—Operaciones del Banco Colonial Hipotecario.	104
XXXI.	—Cultivo de la viña con abonos varios.	107
XXXII.	—Depósitos de yeso más importantes en el país	113
XXXIII.	—Abonos europeos y abonos chilenos	114
XXXIV.	—Cultivo de la papa y su importancia en Chile	126
XXXV.	—Productos de las viñas	137
XXXVI.	— Id. de la papa.	140
XXXVII.	—Cultivo de la alfalfa	144
XXXVIII.	— Id. de los árboles frutales	146
XXXIX.	—Lo que es capaz de producir un fundo de diez hectáreas	148
XL.	—Vida y trabajos de una familia en su propiedad.	150
XLI.	—Riqueza minera de Chile y su influencia sobre las costumbres y el comercio del país.	155
XLII.	—Notables antecedentes sobre la riqueza aurífera de Chile	160
XLIII.	—Alto rango que ocupó Chile en el mundo como productor de oro, y su bajo nivel actual.	167
XLIV.	—Noticias sobre algunos lavaderos de oro en el Norte	171
XLV.	—Los lavaderos de oro del sur	172
XLVI.	—El oro en el Territorio de Magallanes é islas australes.	174
XLVII.	—Alto rango que ocupó Chile en el mundo como productor de cobre, y su bajo nivel actual	182
XLVIII.	—Medidas más eficaces para levantar nuestra minería de cobre.	187
XLIX.	—El borax en Chile	193
L.	—La plata, el carbón y el salitre en Chile	196
LI.	—Necesidad de crear un cuerpo de ingenieros de Minas, forma de los trabajos que éste debe ejecutar, y otras medidas que convendría adoptar en beneficio de la minería.	198

TERCERA PARTE

Cap.		Pags.
LII.	—Carácter ficticio de la época	201
LIII.	—Sistema monetario imposible	203
LIV.	—Consecuencias inherentes á la exportación de la moneda.	206
LV.	—El secreto del capital	210
LVI.	—Peculiaridades de Chile con respecto al circulante fiduciario.	215
LVII.	—Regularización del mercantilismo extranjero.	217
LVIII.	—El optimismo chileno y sus consecuencias	220
LIX.	—Las finanzas argentinas en los Gobiernos de Roca y de Juárez Celman	225
LX.	—La deuda argentina	228
LXI.	—Prodigios realizados por el papel moneda en la República Argentina	230
LXII.	—El fantasma de la depreciación del papel	236
LXIII.	—Síntomas antimetalistas	239
LXIV.	—Temas para un programa de Gobierno	243